

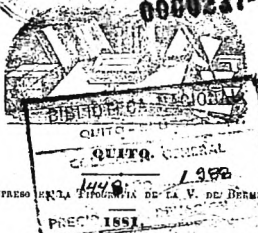
554
**HISTORIA
ECLESIASTICA**

**FOR
EL ABATE DIDON.**

**SUPERIOR DEL SEMINARIO MENOR DE PARIS,
TRADUCIDA POR**

B. N.

0000237-9



REIMPRESO EN LA TIPOGRAFIA DE LA V. DE BERMEO

PRECIO 1891

Vicaría Capitular.—Quito, á 23 de Octubre de 1881.—Im-
prima ~~Presenta obra.~~

ARCENIO ANDRADE.

PREFACIO.

La historia de la Iglesia es la continuacion natural de la historia sagrada. De este modo, los designios de Dios por la salud de los hombres son narrados sin interrupcion desde el principio del mundo hasta nuestros dias. Dios se revela á nuestros padres, en el instante mismo de su creacion; les da su ley, les enseña las verdades que deben creer, y aun en el estado de la inocencia primitiva, el camino del cielo es lo que siempre será: creer en la palabra de Dios y observar sus mandamientos. Pero el pecado hace indispensable una nueva revelacion: es necesario que el hombre sepa por que gracia le será dado encontrar la vida despues que voluntariamente se ha dado la muerte. El pequeño número de verdades reveladas en esta cuna del jénero humano está confiada á la vijilancia de la familia. La larga vida de los hombres permite que los anillos de esta cadena tradicional no sean muy numerosos, y que durante una larga série de años, el patriarca pueda repetir á la tercera y cuarta generacion de sus hijos, las verdades que él ha recibido de sus padres. Cuando la multiplicidad de crímenes hubo acortado la vida de los hombres, y la carne corrompido su camino: Dios se elije un pueblo, cuyo único destino es conservar y trasmitir el depósito de la verdad, única riqueza de la raza humana. Así la relijion no cambia; solo es á medida que los hombres la descuidan y la olvidan, Dios, cuya misericordia no quiere dejar apagar esta celeste antorcha, vela sobre ella con una solicitud mas paternal. En fin, el deseado de las naciones llega; cumple todas las promesas, y enseña toda verdad. Esta revelacion completamente desenvuelta, tanto mas fácil de alterar quanto que contiene un número mayor de dogmas, no será ya confiada únicamente á la vijilancia de la familia ó del pueblo elejido; sino que una sociedad universal ó católica, espiritual y milagrosa en su nacimiento como en su duracion, será constituida depo-

II

sitaria de lo que el Hombre-Dios ha venido á enseñar á los hombres. Así como la revelacion ha sido progresiva, del mismo modo la sociedad á la cual está confiada debe tambien perfeccionarse. La Iglesia es el desarrollo de la sinagoga, y de la familia patriarcal, como la ley evangélica es el desarrollo de la ley de Moisés, y de la ley natural, ó revelacion primitiva. Tal es la admirable armonía, de las obras de Dios, y la santa unidad de la historia de la religion. A medida que la sociedad espiritual se ha constituido mas fuertemente, los combates que ha tenido que sostener han sido mas difíciles. Bajo la ley natural, no se razonaba contra las tradiciones primitivas, los hombres se estraviaban, porque, descuidando las cosas del cielo, olvidaban lo que habia sido enseñado, y se hacian ídolo de sus pasiones. La sinagoga vió á algunas sectas herejes discutir los dogmas que estaba encargada de conservar; pero estos errores, que no aparecieron sino mas tarde, eran poco numerosos y bastante tímidos para no atravesarse á hacer una guerra abierta. La iglesia sola ha tenido que luchar contra todos los poderes y todos los recursos del espíritu humano. Se le ha hecho una guerra de violencia, una guerra de raciocinio y una guerra de corrupcion. La primera, la ménos peligrosa, fué reservada á sus primeros dias, y debe despertarse en los últimos años que ha de vivir sobre la tierra. Las otras dos no han cesado jamás, y el combate dura todavia, lo que prueba que la iglesia no será destruida jamás. Mientras que ninguna doctrina religiosa ó filosófica ha resistido al raciocinio, ninguna sociedad á la corrupcion, la Iglesia, despues de diez y ocho siglos ha permanecido invencible, enseñando siempre los mismos dogmas, predicando siempre la misma moral. Así se han cumplido las palabras de nuestro Señor:—Sereis oprimidos en el mundo, pero no desmayeis, porque yo he vencido al mundo.



COMPENDIO.

DE

LA HISTORIA ECLESIASTICA.

PRIMERA EPOCA.

[COMPRENDE 270 AÑOS.] ;

Desde la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, el año 33 despues de Jesucristo, hasta la conversion de Constantino, el año 312.

CAPITULO I.

Los apóstoles se retiran al cenáculo.—Eleccion de San Matías.—Venida del Espíritu Santo.—Pedro predica el evangelio, primero que todos.—Cura á un cojo de nacimiento.—Los apóstoles citados ante el conejo, son encarcelados y milagrosamente librados.—Son azotados.

Despues de haber visto á su maestro subir al cielo, los apóstoles obedeciendo á su palabra, se encerraron en el cenáculo con María, madre de Jesus, con el objeto de esperar al Espíritu Santo, que les habia sido prometido. Pasaron diez dias en el recojimiento y la oracion. Pedro, que presidia el colegio apostólico, propuso á sus hermanos que escojiesen entre los que habian vivido con el Señor, un testigo que sucediera al apostolado que Judas habia merecido perder por su traicion. Se echaron suertes entre Matías y Barsabé, rogando al Señor hiciera conocer aquel de los dos á que él habiese elegido. La suerte designó á Matías, y fué colocado en el número de los doce.

El décimo día, domingo de Pentecostés, [aniversario de la publicacion de la ley sobre el monte Sinai,] por la mañana, se hizo sentir un fuerte viento que penetró por todas las habitaciones. Inmediatamente aparecieron lenguas de fuego por el aire, las cuales posaron sobre la cabeza de todos los discípulos, y en el instante mismo se sintieron llenos del Espíritu Santo.

Luego salieron del cenáculo alabando en alta voz y en diferentes lenguas las grandezas del Señor. La multitud que la solemnidad de esta fiesta habia atraído de todas partes del Asia, rodeó, y escuchó con asombro á estos hombres sin instruccion que hablaban innumerables lenguas. Cada uno daba una interpretacion distinta á este prodigio. Pedro tomó entónces la palabra y dijo:—"Veis cumplirse entre vosotros esta prediccion del profeta Joel: vendrá un tiempo en que derramaré mi espíritu sobre toda carne, y que vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán." Les predicó entónces la doctrina de Jesucristo y la necesidad del bautismo. Tres mil almas se convirtieron y fueron bautizadas.

Dios confirmaba con milagros la predicacion de los apóstoles. Pedro y Juan al entrar en el templo vieron un cojo que pedía limosna. Pedro se detuvo y le dijo:—"No tengo oro ni plata; pero lo que tengo te lo doy en nombre de Jesucristo, levántate y camina." Inmediatamente el cojo, se levantó y los siguió al templo para dar gracias á Dios. Toda la ciudad conocia al pobre mendigo; al verlo curado el pueblo se reunió tumultuosamente y rodeó á los apóstoles. Pedro reprochó á esta multitud que los admirase como si fueran los autores de aquel milagro; les dijo que este prodigio era debido al poder de Jesucristo á quien habian crucificado, y que habia resucitado de entre los muertos. Cinco mil se convirtieron, y fueron colocados en el número de los discípulos.

Mientras tanto los príncipes de los sacerdotes, que habian condenado á Jesucristo, se irritaron al ver desparramarse de aquel modo la gloria de su nombre. Los

apóstoles, como su maestro se los habia predicho, fueron llevados ante el concejo ó interrogados sobre su doctrina. Pedro respondió que predicaba en nombre de Jesucristo, á quien los judios habian crucificado. Admirados de esta enerjía de parte de unos hombres del pueblo, sin instruccion y naturalmente tímidos, los grandes de la nacion se contentaron con imponerles silencio. Los apóstoles respondieron. "Juzgad vosotros mismos si es justo obedeceros ántes que á Dios; nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído."—Se les dejó ir y continuaron anunciando la palabra divina. Los milagros y las conversiones se multiplicaban. El pueblo tenia una confianza tal en el poder de los apóstoles, que ponía á los enfermos frente á las puertas de las casas, á fin de que cuando San Pedro pasase, su sombra se extendiese sobre ellos y los curase. Por otra parte, las virtudes de los primeros fieles los hacian queridos á todos los habitantes de Jerusalem. El príncipe de los sacerdotes hizo encarcelar por segunda vez á los apóstoles; el ángel del Señor los libertó durante la noche, y les ordenó que fuesen á predicar al templo. Al otro dia por la mañana, cuando el príncipe de los sacerdotes ordenó que condujeran á los prisioneros ante su tribunal, se encontraron las puertas cerradas, las guardias en su puesto, pero la prision vacía. Entónces vinieron á anunciar que los presos estaban en el templo rodeados por el pueblo, ávido de escucharles. El príncipe de los sacerdotes envió soldados con órden de traerlos sin violencia por temor de exitar una sedicion. Los apóstoles se dejaron conducir, y á los reproches de los jueces opusieron siempre la misma respuesta.—"Vale mas obedecer á Dios que á los hombres."—Muchos propusieron que los condenaran á muerte; pero un fariseo nombrado Gamaliel, habiendo hecho presente que si la obra venia de Dios seria envano oponerse, y que si venia de los hombres caeria por sí misma, todos se adhirieron á su opinion, y se dejó ir á los acusados, despues de haberlos azotado, intimándoles de nuevo la

prohibicion de predicar en nombre de Jesucristo. Los apóstoles se retiraron llenos de gozo por haber sido juzgados dignos de padecer por el nombre de Jesucristo.

CAPITULO II.

Pedro predica el primero el evangelio á los Jentiles.—El Centurion Cornelio es bautizado.—Vocacion de S. Pablo.—Sus trabajos.—Va á Roma donde sufre el martirio el mismo dia que San Pedro.—Constitucion de la Iglesia.—Concilio de Jerusalem.—Virtudes de los primeros fieles.—Martirio de San Estévan.—La Iglesia se estende por todo el mundo.

La persecucion sirvió á los progresos del Evangelio; obligó á los apóstoles y á los discípulos á dispersarse, y llevar por todas partes la nueva de salvacion. Al principio no predicaron el Evangelio sino á los judios; pero una revelacion hizo saber á Pedro que los Jentiles estaban igualmente llamados al conocimiento de la verdad, y el Centurion Cornelio fué el primer idólatra de naci-
miento que recibió el bautismo, y fué admitido en el seno de la Iglesia. Dios no tardó en hacer aparecer al hombre á quien habia destinado, particularmente para predicar la fé á los paganos. Saulo, judio y fariseo, perseguia á la Iglesia con furor. Un dia fué milagrosamente derribado del caballo en el camino de Damasco, y oyó la voz del Señor que le decia: "Saulo, por qué me persigues?" La gracia cambió desde aquel momento su corazon y exclamó como dócil discípulo:—Señor, qué quereis que haga?—El Señor le ordenó que fuese á Damasco, y que se viese con un discípulo nombrado Ananias, quien le diria lo que debia hacer. Saulo se levantó ciego y fué necesario conducirlo de la mano. Permaneció tres dias sin comer, al cabo de los cuales recuperó la vista y recibió el bautismo. Las tinieblas que hasta entónces habian envuelto su alma se disiparon; desde aquel dia no hubo trabajo ni sufrimiento que él no aceptase por la gloria de Jesucristo y la pre-

dicacion de la verdad. Recorrió el Asia y la Grecia, y fué á Roma á reunirse con San Pedro, que habia establecido la cátedra apostólica en esta capital de la idolatría. Allí fué donde tuvo la dicha de dar su sangre por la fé. Fué martirizado el mismo dia que San Pedro. La cátedra que San Pedro fundó en Roma ha recibido el nombre de Cátedra Apostólica, porque la mision extraordinaria de los apóstoles, que les daba el derecho de predicar la fé por toda la tierra y establecer iglesias en todas partes, pereció con ellos, y solamente Pedro, siempre en su Cátedra, trasmitió solo su jurisdiccion universal á sus sucesores.

Así, desde el principio, la Iglesia estuvo constituida bajo esa forma de gobierno que los siglos no debian alterar. Cuando el Evangelio empezó á estenderse entre los paganos, se suscitó una cuestion; algunos querian obligar á los jentiles á observar la ley de Moisés. Pablo y Bernabé se opusieron. No se perdió el tiempo en argumentar, sino que la controversia fué inmediatamente sometida á los apóstoles reunidos en concilio en Jerusalem. Pedro presidia, y luego que la cuestion fué espuesta, se levantó y decidió que los jentiles no estaban obligados á observar la ley de Moisés. Todos se callaron, y luego hablaron entre sí de los progresos del Evangelio en las naciones extranjeras. Santiago, obispo de Jerusalem, donde tenia lugar el concilio, tomó en seguida la palabra, y despues de haber confirmado la decision de Pedro con el testimonio de los profetas, propuso la forma del decreto que fué aprobado por toda la asamblea, y enviado á las iglesias, empezaba así.—"Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros."—En todas partes la decision del concilio fué recibida con la misma sumision que si fuese la palabra misma de Dios, y los siglos futuros aprendieron de qué modo debian resolverse todas las cuestiones de doctrina que se suscitasen en el seno de la Iglesia.

La virtud de los primeros fieles era un seguro garante de su sumision hácia los pastores. ¿Cómo hubieran

roto la unidad de la fé cuando todos no tenían sino una alma y un corazón? Lo que poseían, no lo miraban como su propiedad, sino que venían á poner su precio á los pies de los apóstoles, el que se distribuía á cada familia segun sus necesidades. Al principio los apóstoles se encargaron personalmente de este cuidado; pero cuando el número de los fieles se acrecentó, se vieron obligados á confiarlo á diáconos, á quienes consagraban con la imposición de manos reservándose ellos para la oración y la predicación de la palabra. Estéban uno de los siete primeros diáconos, lleno de fé y del Espíritu Santo, no se contentaba con vijilar la distribución de limosnas, sino que tambien anunciaba el Evangelio, confundiendo á los judios con la autoridad de los profetas, cuyos escritos reverenciaban. Su celo le valió la gloria de verter el primero su sangre por Jesucristo, que ha derramado la suya por redimirnos á todos. Fué lapidado y al morir; á ejemplo de su maestro, rogó por sus perseguidores. Su ruego fué escuchado, y obtuvo la conversión de Saulo que habia cooperado á su muerte.

Así, la sangre de los mártires era una fuente fecunda de cristianos. El primer mártir dió á la Iglesia al-ele-jido por Dios, para traer innumerables pueblos al conocimiento de la verdad. Todos los apóstoles, escepto San Juan, sellaron con su sangre la fé que habian anunciando, y su muerte, léjos de hacer callar la palabra que habia resonado por todos los ámbitos de la tierra, dió una fuerza invencible á su testimonio; y los esfuerzos de los reyes y emperadores fueron impotentes para detener los progresos del Evangelio.

CAPITULO III.

Los judios persiguen á los cristianos.—Martirio de Santiago.—Signos precursores de la ruina de Jerusalem.—Es sitiada por los romanos.—Horrible hambre.—La ciudad es tomada y destruido el templo.

Los judíos eran los mas ardientes perseguidores de los fieles: Jerusalem colmaba así la medida de sus crímenes y parecia llamar el terrible castigo que Jesucristo le habia anunciado. Hallándose vacante el puesto de gobernador romano en la Judea, el gran sacerdote Ananus hizo citar ante su tribunal á Santiago, llamado el justo, á quien los apóstoles habian instituido Obispo de la Ciudad Santa. Le ordenó que valiéndose de su ascendiente sobre el pueblo, lo impidiese creer en la divinidad de Jesucristo, y con el objeto de que su testimonio fuese oido de todos, lo hizo subir á una terraza del templo. El Apóstol, á la intimacion de decir sobre Jesucristo lo que pensaba, contestó profesando en alta voz su fé. Los fariseos enfurecidos precipitaron al venerable anciano desde lo alto del templo, y como conservase aun bastante fuerzas para ponerse de rodillas y rogar por sus verdugos, aquellos ciegos gritaron que era preciso lapidarlo; entónces un batanero lo hirió con su mazo en la cabeza, y le dejó muerto.

Esta horrible violencia pareció al pueblo, que tenia en gran veneracion la santidad del apóstol, una de las causas de la ruina de Jerusalem, que tuvo lugar muy luego. Era por otra parte, una especie de rebelion contra los romanos, que habian quitado á los judios el derecho de la vida y muerte. Pero parecia que el vértigo se hubiese apoderado de toda la nacion. Despues de haber renegado al Mesías, los judios que sabian que habia llegado la época de su venida, se dejaban engañar por el primer impostor, y se mostraban siempre dispuestos á sublevarse, porque esperaban que la mision de Cristo seria libertarlos del yugo extranjero, y hacerlos señores del mundo.

Bien pronto terribles presájos debian desvanecer todas sus dudas de que las amenazas de Jesucristo y de los profetas estaban próximas á realizarse. El dia de Pentecostés se sintió un ruido espantoso en todo el templo, y se oyeron estas palabras:—*Salgamos de aquí, Salgamos de aquí!* Los ángeles abandonaban

aquel lugar donde Dios habia establecido por tanto tiempo su morada, que iba á ser reprobado. Josefo, historiador judio, cuenta, que cuatro años ántes de la ruina de Jerusalem, un hombre nombrado Jesus empezó á gritar:—"Ay del templo! Ay de Jerusalem!"—Desde entónces, no cesó ni de dia ni de noche de recorrer la ciudad, repitiendo los mismos gritos. Se le azotó para imponerle silencio, pero él continuó gritando:—"Ay de Jerusalem, ay de Jerusalem!" sin proferir una sola queja.—A todas las preguntas no contestaba sino con el mismo grito siniestro, y su voz firme y robusta, no decayó jamás. En el último sitio se encerró en la ciudad, y daba vuelta los muros gritando con nueva fuerza:—"Ay del templo, ay de Jerusalem!"—Por último añadió:—"Ay de mí"—Y una piedra disparada por una máquina lo dejó muerto.

Los cristianos no se engañaron sobre estas señales precursoras de la ruina de Jerusalem. Cuando vieron que se acercaba el momento fijado por el Señor, se retiraron á las montañas. Los judios, seducidos por loras esperanzas, se revelaron contra los romanos; y una lijera ventaja obtenida sobre ellos les dió nuevos bríos. Pero habiendo tomado Vespasiano el mando del ejército romano, la ciudad fué vivamente estrechada, y las disensiones internas, que derramaban mas sangre que la espada enemiga, se multiplicaron. Nada mas horroroso que los males que entónces sufrió aquel pueblo, que habia hecho caer sobre su cabeza la sangre del justo. El hambre fué tal que una madre degolló á su hijo, lo asó, y se comió la mitad. Los facciosos que corrían la ciudad á mano armada, con el objeto de arrebatar los víveres que encontrasen en las casas, entraron atraídos por el olor. A este espectáculo se detuvieron inmóviles de asombro y de espanto. La mujer les ofreció los restos de su horrible banquete diciéndoles: "Podeis comer, es mi hijo! Sois mas delicados que una mujer, ó mas tiernos que una madre?" —Tito, que habia sucedido á su padre Vespasiano en

el mando del ejército, no pudo oír tales atrocidades sin deplorar los estravios de este pueblo. Queriendo terminar aquellos exesos, dió un asalto que lo hizo dueño de la ciudad. Deseoso de conservar las riquezas del templo, había prohibido que se quemase; pero un soldado, arrastrado, dice Josefo, por una inspiración divina, arrojó un tizon ardiendo al recinto de los edificios, y en un momento todos los esfuerzos fueron vanos para detener la violencia del incendio. El edificio entero fué consumido por las llamas; el furor de la soldadezca no perdonó nada á la ciudad; 1.100,000 de habitantes perecieron en este sitio, cuyos accidentes todos fueron tan milagrosos, que el mismo Tito reconoció que no había sido sino el instrumento de la venganza divina.

CAPITULO IV.

Primera persecucion bajo Neron.—Segunda persecucion bajo Domiciano.—Martirio de San Juan.—El apóstol escribe su Apocalipsis y su Evangelio.—Carta de San Clemente á los Corintios.—Tercera persecucion bajo Trajano.—Martirio de San Ignacio.

Neron fué el primer emperador que publicó un edicto contra los cristianos; es glorioso para la religion poder colocar un mónstruo semejante á la cabeza de sus enemigos. Habia querido darse el bárbaro placer de ver á Roma incendiada, y en seguida, para apaciguar la efervescencia del pueblo, imputó este crimen á los cristianos, y los entregó al odio supersticioso de los idólatras. Los suplicios que inventó fueron tan horribles que exitaron la piedad de los mismos paganos. Los cristianos cubiertos de túnicas impregnadas de pez eran atados contra un poste; se les quemaba en seguida, y el tirano se paseaba á la luz de estas antorchas vivas.

Las guerras que dividieron al imperio despues de Neron, dieron una tregua á la Iglesia. Domiciano renovó las crueldades de Neron. Esta segunda persecucion, que

fué muy violenta, es sobre todo célebre por el martirio del apóstol San Juan. Este discípulo predilecto, destinado á sobrevivir á sus hermanos en el apostolado, fué conducido á Roma por orden del emperador, y arrojado en un caldero de aceite hirviendo. Dios permitió que nada le sucediese. El tirano lo desterró á la isla de Patmos, donde el apóstol escribió su Apocalipsis. Este libro es la parte profética del nuevo testamento, destinado á fortificar á los fieles en las pruebas de los últimos tiempos. Los obispos del Asia, incitaron al apóstol San Juan, último testigo de las obras del Señor, á escribir su evangelio, con el objeto de fortificar la fé de la Iglesia contra los herejes, que ya surjian de todas partes, y se atrevian á negar la divinidad del Salvador.

Siendo ya extremadamente viejo, San Juan no podia dirigir á los fieles largas exhortaciones; se hacia conducir á la Iglesia, y repetía estas palabras:—"Hijos míos, amaos los unos á los otros!"—Sus discípulos lo preguntaron un dia por qué no les daba otra lección.—"Es que, respondió el anciano, este es el precepto del Señor, y con tal de que lo cumplan, basta."

En vano se esforzaban las herejías en inficionar la Iglesia, ella se conservaba unida y pura por la fuerza del gobierno divino que Jesucristo le habia dado. Atentos á prevenir las menores divisiones, los sucesores de Pedro no olvidaban que habian heredado solos la vijilancia sobre todas las iglesias, y que ninguna debia estar fuera de su solicitud pastoral. Habiendo estallado un cisma en Corinto, San Clemente, entónces soberano Pontífice, y que habia sucedido á San Pedro despues de San Lino y San Cleto, escribió una carta á los fieles de esta Iglesia. Esta prudente epístola de un padre que sabe enseñar y reprender, fué recibida con la mas profunda veneracion y mucho tiempo despues la leian públicamente en las asambleas de los fieles.

San Evaristo, sucesor de San Clemente, vió estallar la tercera persecucion que duró largo tiempo, y tuvo muchos mártires. El emperador Trajano, de quien sin em-

bargo la historia elojia las virtudes, autorizó estas crueldades. Consultado por Plinio el jóven sobre la conducta que debía observar respecto de los cristianos, contestó que no era menester perseguirlos; pero que cuando fuesen denunciados y persistiesen en su error, era necesario castigarlos de muerte. Decision insensata! si los cristianos son culpables por qué no perseguirlos? si son inocentes por qué castigarlos? Por lo demas, los mismos paganos confesaban que el único crimen de estos innumerables próseritos era el ser cristianos. "Todo su error, dice Plinio el jóven, consiste en que en un día señalado, se reúnen ántes de salir el sol, y cantan en dos coros himnos en honor del Cristo, á quien miran, como á un Dios; por lo demas, se obligan por juramento, no á cometer un crimen, sino á no cometer robo ni adulterio, á no faltar á su promesa y á no negar un depósito." San Simeon, obispo de Jerusalem, y pariente cercano de nuestro Señor, tuvo la gloria de recibir en esta persecucion, á los ciento veinte años de edad, la corona del martirio.

El emperador Trajano no se contentó con ordenar persecuciones, él mismo condenó á muerte á muchos fieles. A su pasada por Antioquia, le señalaron á San Ignacio, Obispo de la ciudad, como al jefe de los cristianos. Lo hizo comparecer ante su tribunal, y despues de haber procurado vanamente hacerlo renegar de su fé, lo condenó á ser conducido á Roma, para servir de pasto á las bestias. Al oír esta sentencia el santo exclamó:—"Gracias os doy ¡ Oh Dios mio! que me habeis dado un perfecto amor por vos y que me honrais con las mismas cadenas con que honrasteis al gran Pablo, vuestro apóstol predilecto."—El mismo se puso las cadenas y apresuró la partida. A su pasada por las ciudades vecinas los obispos venian á conferenciar con él, y comparaban la doctrina que enseñaban á su pueblo con la que profesaba el venerado doctor; tan convencidos estaban entónces de que la perpetuidad y uniformidad de la tradicion, ya oral, ya escrita es la única fuente pura de la

verdades de la fé. Los fieles de Roma, al saber la llegada de San Ignacio, manifestaron estar dispuestos á hacer sacrificios considerables para sustraerlo al suplicio que le esperaba. Ignacio, que anhelaba el martirio con todo su corazon, les escribió una elocuente carta para suplicarles que no pusieran obstáculos á su felicidad.—“Os ruego, les decia, que no me profeseis una afeccion que me seria perjudicial; dejadme servir de pasto á los leones y á los osos; es un camino demasiado corto para llegar al cielo... Espero encontrar á mi llegada á Roma las bestias dispuestas á devorarme; puedan no hacerme esperar mucho tiempo! Emplearé las caricias, y si esto no bastare, les irritaré para que me quiten la vida. Perdonadme estos sentimientos: nada me afecta sino la esperanza de poseer á mi Dios. Que el fuego me reduzca á cenizas, que espire sobre la cruz con una muerte lenta, que arrojen sobre mí tigres y leones furiosos, que mis huesos sean despedazados, yo sufriré todo alegremente, con tal de gozar de Jesucristo.”—Los cristianos salieron reanidos á recibir al santo Obispo al tiempo de su desembarque; rogaron todos juntos por la paz de la Iglesia, y el anciano fué inmediatamente conducido al anfiteatro. No esperó mucho la muerte: dos leones se precipitaron sobre él y lo devoraron. Habia rogado al Señor que no permitiese que las bestias feroces lo respetaran, como á algunos confesores ante quienes todo su furor se habia cambiado en una trémula sumision. Los huesos mas grandes, los únicos que perdonaron los dientes de los leones, fueron recojidos por los fieles, y conservados como un rico tesoro.

CAPÍTULO V.

Apolojía de San Justino.—Quinta persecucion bajo Marco.—Aurelio.
—Martirio de San Policarpo.

No faltaban sin embargo defensores á la religion cristiana, tan oiegamente perseguida. Muchas apolojías se

publicaron en su favor. La mas antigua que haya llegado hasta nosotros es la de San Justino, filósofo convertido al cristianismo á la edad de 30 años. Conmovido primero por la invencible constancia de los mártires, la lectura de las santas escrituras, y sobre todo de los profetas, acabó por convencerse de la verdad de la ley cristiana. Pidió que no se condenase á los cristianos sin probarles los crímenes de que se les acusaba, y desafió á los infieles á que demostrasen que eran culpables:—“Porque, decía, ántes éramos esclavos de los placeres, y hoy llevamos una vida pura y casta; éramos avarientos de riquezas y hoy ponemos nuestros bienes en comun para hacer partícipes á todos; aborrecíamos nuestros enemigos, y ahora los amamos y rogamos por ellos.”—El da este cambio maravilloso, operado, no solamente con algunos individuos, sino en una multitud de hombres y mujeres, de todas clases de la sociedad, como una de las pruebas mas manifiestas de la divinidad de Jesucristo, único maestro que haya tenido tales y tan numerosos discípulos. Para responder á las calumnias que se difundian sobre lo que pasaba en las asambleas necesariamente secretas de los cristianos, San Justino expone el misterio de la Eucaristía, y explica las ceremonias de que usaban en su consagración. Su testimonio sobre la fé de la Iglesia, en época tan remota, es mucho mas precioso despues de los errores de las nuevas herejías. Posteriormente San Justino tuvo la felicidad de dar su sangre por la verdad que tan valientemente habia defendido.

La persecucion se renovó con mas rigor aun bajo Marco-Aurelio. Este emperador filósofo, fuertemente apegado, á pesar de sus virtudes, á las supersticiones paganas, cifró su gloria en destruir la Iglesia, cuyo reino se extendia por todas partes, mas allá de los límites del imperio romano. La incommovible constancia de los mártires no hacia sino irritar mas la rabia ciega de los paganos, y no hubo suplicio que no inventaran para vencerlos. Un gran número de cristianos, llevados ante el tribunal del gobernador de Smirna, perecieron en medio

de las torturas, alentados en ellas por un jóven llamado Germánico. Su juventud conmovió al procónsul quien lo exortó á tener piedad de sí mismo; pero él contestó que preferiría perder mil vidas ántes que conservarlas á precio de su inocencia, y se adelantó resueltamente hácia un leon que se le acercaba, dejando entre sus garras y dientes el despojo sangriento de su cuerpo, para volar á otro mundo mejor. El pueblo irritado por este acto heroico gritó:—“ Muerte á los impios! Que traigan al Obispo Policarpo.”

El santo Obispo de Smirna, cediendo con pesar á las instancias de los fieles, se habia retirado á una casa poco distante de la ciudad perseguido por los que fueron á prenderle, tuvo que buscar otro asilo; pero últimamente fatigado de huir de lo que él mismo deseaba, se presentó á los soldados, á los cuales habian delatado el lugar de su retiro, y que esclamaron, admirados de su firmeza y de su edad avanzada :—Qué necesidad habia de fatigarse para tomar á este pobre viejo ?—San Policarpo les hizo servir la cena, y mientras tanto se puso á orar con los ojos elevados al cielo, y con un fervor que conmovió á sus propios enemigos. En seguida fué conducido á la ciudad y presentado ante su juez. El procónsul le dijo que considerase su vejez, y que no desafiase los tormentos que estremecian aun al jóven mas audáz.—“Maldice al Cristo, añadió él, y te dejaré libre.”—Hace ochenta años que le sirvo respondió San Policarpo, y no me ha hecho jamas ningun mal: cómo podré pues blasfemar contra mi rey que me ha salvado ?—El procónsul viendo que eran vanos los ruegos y las amenazas para contrarrestar la tranquila y generosa resolucion del anciano, lo condenó á ser quemado vivo. Inmediatamente el pueblo se apresuró á disponer la hoguera. Quisieron atar al mártir, pero él dijo al verdugo :—“Dejadme libre: el que me ha dado voluntad para sufrir, me dará la fuerza para permanecer firme entre las llamas.”—I elevando sus ojos al cielo hizo esta oracion :—“Dios de los ángeles, Dios de los arcángeles, os doy gracias por haberme hecho llegar

á este bienaventurado dia en que debo entrar á la comunión de vuestros mártires y beber en el cáliz de vuestro hijo para llegar á la vida eterna. Que sea admitido hoy á vuestra presencia como una víctima grata. Os alabo, os bendigo, os glorifico por Jesucristo, pontífice eterno á quien gloria sea dada, á vos y al Espíritu Santo por los siglos de los siglos.”—Mientras tanto la llama se levantaba: los Actos escritos por los cristianos testigos del martirio, cuentan que rodeó el cuerpo del santo como una vela hinchada por el viento, y que en medio de esta bóveda de fuego el soldado de Jesucristo exalaba un olor mas agradable que el de los perfumes mas esquisitos. Los paganos viendo que el cuerpo no ardía ordenaron al verdugo que lo hiriese con su lanza; la sangre brotó entonces con tal abundancia que el fuego se apagó. Los fieles añaden que se vió salir una paloma de la hoguera y volar hácia el cielo. Los idólatras quisieron que el cuerpo fuese quemado, de temor decían, que los cristianos no abandonasen al Cristo por adorar á Policarpo. Al referir esta insensata sospecha los autores de los Actos añaden:—“No sabían ellos que nunca podrémos abandonar á Jesucristo que ha sufrido por la salvacion de todos, ni adorar á ningún otro? No honramos á los mártires sino como á sus discípulos y sus imitadores, y los reverenciamos con justicia á causa de la fidelidad que han guardado á su rey y á su maestro.”—Los cristianos consiguieron sacar algunos huesos de la hoguera, que colocaron en un lugar conveniente, con el objeto, decían ellos, que al reunirse al rededor de esas preciosas reliquias, los que viniesen despues se preparasen para entrar al combate.

CAPÍTULO VI.

Milagro de la lejion fulminante.—Mártires en Galia.—Apolojética de Tertuliano.—Sexta persecucion bajo Severo.—San Ireneo.

Un milagro portentoso suspendió por algunos años la violencia de esta persecucion. En una guerra contra los

germanos, Marco-Aurelio se halló comprometido con su ejército en medio de las áridas montañas de la Bohemia. Los bárbaros lo cercaban por todas partes, y el campo encandecido por un sol ardiente no ofrecía ni una gota de agua. Toda esperanza de salud parecía perdida, cuando los cristianos que eran numerosos en el ejército, se pusieron de rodillas, á pesar de la mofa de los enemigos y de sus propios compañeros de armas, dirijieron á Dios fervientes ruegos. Poco despues se encapotó el cielo, y una lluvia abundante cayó en el campo de los romanos. Miétras que estos apagaban su sed, los bárbaros se dispusieron para atacarlos, pero un fuerte granizo mezclado de rayos destruyó sus batallones y dió á los romanos la victoria, casi sin combate. Todos miraban este suceso como milagroso. El emperador dió cuenta al senado; y confesóle que el ejército debía su salvacion á los ruegos de los cristianos. Se dió el nombre de lejion fulminante á las tropas que habian conseguido este prodijio, que se vé aun representado en uno de los bajos relieves de la columna Antoniana.

La buena voluntad del emperador no podia impedir sin embargo las persecuciones parciales en algunas de las provincias. Por otra parte, el recuerdo de un beneficio se borra muy prontamente, y las preocupaciones recuperan su imperio. Así que, tres años despues del milagro de la lejion fulminante, las Galias se hicieron el teatro de una horrible persecucion. Parece que San Pedro habia enviado misioneros á estas comarcas, donde se cuentan muchas iglesias florecientes, fundadas en los primeros tiempos. La ciudad de Lion fué inundada de sangre. San Pothino, anciano venerable, ocupaba entónces esta silla una de las mas antiguas de las Galias. Fué una de las primeras víctimas de la persecucion. El odio de los paganos se dirijía sobre todo al jefe del rebaño, y frecuentemente los edictos de proscripcion no se dirijían sino contra los obispos y los sacerdotes. Un gran número de fieles tuvo sin embargo la gloria de verter entónces su sangre por Jesucristo. El sexo débil mostró un valor

invencible. Una joven esclava, llamada Blandina, cuya complexion delicada habia hecho temer á sus hermanos que le faltase la constancia en medio de la tortura, desplegó una resignacion tan humilde y tranquila, que su ejemplo se hizo un motivo de estímulo para los otros mártires. Fué destrozada en la arena por las astas de una vaca furiosa, y como respirase aun, tendió el cuello á la enchilla del verdugo, que acabó su sacrificio. San Sinforiano, que habia manifestado al tormento su desprecio por el culto de los ídolos, fué condenado á muerte en Autun. Al tiempo de conducirlo al suplicio su jenerosa madre salió á encontrarle, y le gritó desde lo alto de los muros:—Sinforiano, hijo mio, mi querido hijo, acuérdate del Dios vivo; manifiesta tu valor; no se debe temer una muerte que conduce con seguridad á la vida. Para no sentir dejar la tierra, levanta los ojos al cielo, y desprecia los tormentos que no duran sino algunos instantes; si tienes constancia, van á cambiarse en una felicidad eterna.”—Qué podian los verdugos contra hombres para quienes la muerte no era sino el término anhelado de su destierro. Así era que la iglesia estendia por todas partes sus conquistas. Tertuliano que vivia en esta época, trae en su Apolojética, la mas elocuente defensa en favor del cristianismo, que en el segundo siglo llenaba ya todo el imperio.

«No necesitamos combatiros, decia él, nos bastaría abandonaros, y retirarnos fuera del imperio, os es-
»tremeceríais al veros solos. Somos de ayer, y ya lo lle-
»vamos todo: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestros
»castillos, vuestras aldeas, vuestros campos, el palacio,
»el senado la plaza pública, sin dejaros á vosotros mas que
»vuestros templos.»—Para justificar á la cristiandad de
las calumnias que el odio de los idólatras multiplicaba
contra ella, osó interpelar á los mismos paganos sobre la
inocencia de los fieles.—«En qué pregunta ói, merecemos
»nosotros la muerte? Vosotros que juzgais á los crimi-
»nales, hablad; hay uno solo que sea cristiano? Interro-
»gad el registro de los acusados que se condenan todos los

»días; ninguno es cristiano, ó si alguno se encuentra es
»solamente á causa de su nombre. Si estuviesen por otra
»causa no serian cristianos.»

Los paganos no contestaron sino con suplicios á una justificación tan gloriosa. La sexta persecucion que fué ordenada por el emperador Severo, se ejerció con tal violencia, que los cristianos creyeron que habian llegado los tiempos del Antecristo. Comenzó en Egipto. Entre los mártires se cita á una esclava llamada Potamiana, que fué condenada porque no queria ceder á los deseos culpables de su amo. Temer herir la virtud de la pureza, era en aquel siglo de corrupcion, declararse cristiano. El juez se esforzó vanamente en doblegar la resistencia de esta vírjen jenerosa; irritado por su negativa ordenó que la arrojasen á una caldera de pez ardiente. Los verdugos se disponian á despojarla de sus vestidos, pero aquella víctima de la castidad les suplicó que le ahorrasen aquel ultraje, y les ofreció por compensacion entrar lentamente al líquido inflamado. Consintieron con esta condicion, que halagaba su crueldad, y supieron prolongar tan bien el suplicio que duró tres horas.

La persecucion en las Galias tuvo tambien un gran número de mártires. Es probable que San Ireneo, Obispo de Lion, fué una de las víctimas. Este célebre doctor, una de las lumbreras de la iglesia galicana, era discípulo de San Policarpo. El nos cuenta con qué religiosa atencion recojia las verdades que le enseñaba este anciano venerable, discípulo á su vez del apóstol San Juan.—»Conservó un recuerdo mas vivo, dice él, de lo que esperimentaba entónces, que de los sucesos mas recientes, porque lo que aprendemos en la infancia se desenvuelve con la razon, y se liga inseparablemente á ella. Es tanto que podria señalar el sitio en que el bienaventurado Policarpo se sentaba para instruirnos; lo veo aun oyendo y viniendo; me acuerdo de todas sus habitudes, de su exterior, de su fisionomia; le oigo hablar á su pueblo, y contar sus conversaciones con San Juan, y los demás que habian visto al Señor. Repetia sus palabras,

by todo lo que habia aprendido de ellos sobre la doctrina y las acciones de Jesucristo. Hablaba de sus milagros y de sus lecciones con el testimonio de los mismos que habian conversado con el Verbo de vida. Dios me hizo la gracia de hacerme escuchar todas sus palabras con f  y sumision, y que las conservase todas ellas no sobre el papel sino en mi corazon, y por la misericordia de Dios, las repaso continuamente en mi memoria.»—La ciudad de Lion fué bañada en sangre. El emperador Severo la hizo cercar, y ordenó que sacrificasen   todos los que se declarasen cristianos. No debemos, pues, admirarnos que una iglesia fundada por la sangre, permanezca hasta nuestros días tan fiel   la fé de sus padres.

CAPÍTULO VII.

Orígenes.—Séptima persecucion bajo Maximino.—Gnosticismo y Maniqueismo.—Prescripciones de Tertuliano.—Octava persecucion bajo Decio.—San Gregorio Taumaturgo y San Cipriano.—San Pablo el primer ermitaño.—San Hipólito.—Novena persecucion bajo Valeriano.—Martirio de San Lorenzo.

Con el objeto de confundir   la humana sabiduria, Dios permitió que al principio los pequeños y los pobres de espíritu, casi únicamente, abriesen sus ojos   la luz de la verdad. El apóstol San Pablo pudo asegurar que entre todos los fieles de su tiempo no habia sino muy pocos nobles, muy pocos sabios: pero luego el jénio fué admitido á tomar la defensa de la f , y hacerse servidor del Evangelio. Orígenes, hijo de Leonidas mártir, admir    los mismos paganos por su saber y su elocuencia. Habia exhortado   su padre para que perseverase en la confesion de la f .—“No os aflijais por vuestros hijos, le escribia él; Dios cuidar  de ellos.” Quiso ofrecerse espontáneamente   los perseguidores, y fué necesario ocultarlo sus vestidos para impedirle que se reuniese con su padre. Hallándose confiscados todos sus bienes, fundó una escuela de gramática, y se hizo tan célebre que fué colo-

cado al frente de la ilustre escuela de Alejandría, á donde iban de todas partes á estudiar las letras y las ciencias. Tuvo por discípulos un gran número de mártires; él mismo iba á exortarlos, y frecuentemente hubo de ser preso. Ultimamente fué encarcelado, y se esforzaron en abatir su paciencia por medio de los rigores de un largo cautiverio, con la esperanza de que la caída de tan ilustro doctor acarrearía la de muchos fieles. Pero habituado desde su infancia á una vida austera, no le fué difícil resistir á esta prueba. La obra mas célebre de Orígenes es la que compuso contra Celso, filósofo pagano, que habia procurado combatir la religion cristiana con las armas de la ciencia y del raciocinio. Es notable que las objeciones de Celso, perfectamente refutadas por Orígenes, hayan sido renovadas casi en su mayor parte por nuestros modernos filósofos, que ni aun han sabido dar á sus sistemas impíos, el triste mérito de la novedad.

La Iglesia gozó algunos dias de paz, bajo el reinado de los sucesores de Severo. Maximino renovó la persecucion, pero sus edictos no condenaban á muerte sino á los obispos y á los sacerdotes. La proscripcion total de los cristianos se habia hecho imposible, tan considerable era su número. Muchas iglesias fueron quemadas, pues ya se habian levantado un gran número de edificios en que las ceremonias de la religion se practican públicamente. Los fieles se habian apresurado á aprovechar el tiempo de tranquilidad que se les habia concedido. Esto no quiere decir que la Iglesia haya gozado jamás de una paz absoluta. A las guerras de sangre empezaban ya á mezclarse las guerras de doctrina. Los escritores católicos de esta época no tenian solamente que combatir las ideas del paganismo: numerosas herejías habian surgido, que parecian nacer ménos del seno de la Iglesia que de las escuelas de los filósofos paganos. Estos sabios orgullosos se daban el nombre de Gnósticos, es decir, sabios. Sin someterse del todo á lo que enseñaba la fé, se servian de las nuevas luces que ella habia derramado para inventar una extraña es-

plicacion del orígen del mal, este problema insoluble para toda filosofía puramente humana. La mayor parte de ellos negaba el dogma de la unidad de Dios y admitia mas ó ménos dos principios. El gnosticismo no sobrevivió á los tiempos de persecucion, y vino á perderse en el maniqueismo, que apareció á fines del siglo III y se perpetuó ocultándose bajo el velo de sociedades secretas, hasta el siglo XV. Mucho ántes de esta herejía, una de las mas vergonzosas que hayan deshonrado el espíritu humano, Tertuliano, en su admirable libro titulado *las Prescripciones*, da un medio seguro y jeneral de confundir todas las innovaciones. Los citó ante el tribunal de la tradicion, mostrándoles la época en que habian comenzado, mientras que la Iglesia católica, fundada por los apóstoles, les precedia siempre. Es la única que no data de un hombre que haya dado su nombre á una doctrina desconocida ántes de él, como todas esas sectas designadas constantemente por el nombre de sus autores. Ella no reconoce por fundador sino á Jesucristo y los apóstoles.

A medida que las victorias de la Iglesia se multiplicaban, sus enemigos hacian mayores esfuerzos para destruirla. Las últimas persecuciones fueron las mas violentas. El emperador Decio renovó los decretos sangrientos de sus predecesores, y ordenó su rigurosa ejecucion. El Papa San Fabian fué una de las primeras víctimas: rara vez los que eran elevados á esta alta dignidad, acababan su vida de otro modo que en el martirio. Colocados bajo la vista de los tiranos, conocidos como los jefes supremos de la Iglesia, eran los primeros designados del odio de los perseguidores. Por esto fué necesario esperar á que el furor de la persecucion se apaciguase ántes de elejir un sucesor á San Fabian. La Santa Sede estuvo vacante por espacio de año y medio. Los mas ilustres obispos tuvieron que librarse por la fuga del encarnizamiento de los paganos, que pedian su muerte.

San Cipriano Obispo de Cartago, y San Gregorio

Taumaturgo, Obispo de Neocesaria, no temieron dar este ejemplo, obedeciendo en esto al precepto del Señor, que habia dicho á sus discípulos:—"Cuando seais perseguidos en una ciudad, huid á otra."—Éstos santos obispos continuaron dirigiendo desde su retiro á sus rebaños, que, en aquellos tiempos de borrasca tenian mas necesidad de no verse privados de la solicitud pastoral. Era necesario velar por la conservacion de la disciplina, que aquellas difíciles circunstancias tendian á debilitar. Muchos cristianos habian cometido la cobardía de renegar su fé á presencia de los verdugos; la mayor parte se arrepentia casi inmediatamente de una apostasia que solo el temor habia podido arrancarles. Se les sometia sin embargo á una larga penitencia ántes de recibirlos á la reconciliacion. El gran número de los culpables, en medio de una persecucion tan violenta, hizo mas penoso el ejercicio de esta prudente severidad. Por otra parte, el respeto que se tributaba á los mártires habia introducido la costumbre de que á recomendacion suya se acortase el tiempo de la penitencia. Los apóstatas iban á las prisiones, y solicitaban de los que habian sido constantes en la confesion de la fé, billetes de reconciliacion, que aquellos jenerosos mártires concedian frecuentemente con demasiada facilidad. San Cipriano escribió á su clero desde su retiro con el objeto de contener este abuso, y aunque permitia que se relajase un poco la antigua severidad, ponia límites sin embargo, á un peligroso exeso de indulgencia.

El temor de sucumbir á la persecucion llevó á muchos fieles á huir á los desiertos inmediatos del Egipto. Un jóven, llamado Pablo, propietario de una fortuna considerable, y de la edad de quince años, se retiró á los desiertos de la Baja-Egipto. Su primer intencion fué únicamente esperar el fin de la persecucion, pero pronto empezó á gustar de la soledad. Internándose mas y mas en el desierto, encontró una caverna regada por una fuente á la que daba sombra una palma. Allí fijó su residencia, y vivió hasta la edad de ciento trece

años, dando así el primer ejemplo de la vida ermitaña, que mas tarde debia poblar aquellas mismas soledades con tantos venerables y fervientes solitarios.

La muerte del emperador Decio entibió la persecucion, sin hacerla cesar enteramente; porque vemos aun á Galos, su sucesor, desterrar al Papa San Cornelio, que habia sido elevado por fin á la cátedra pontificia, despues de haber estado vacante tanto tiempo la Santa Sede. Bajo este mismo emperador murió San Hipólito en un suplicio, que fué sujerido á la crueldad caprichosa de sus jueces por el nombre que llevaba. En memoria del hijo fabuloso de Teséo, lo ataron en potros indómitos que lo arrastraron por entre bosques y rocas. Las últimas palabras que se le oyeron pronunciar fueron estas:—"Señor, ellos destrozan mi cuerpo, recibid vos mi alma!"—Los fieles lo siguieron, y derramando lágrimas, recojieron como preciosas reliquias los fragmentos ensangrentados que iba dejando en su camino.

Valeriano renovó todas las crueldades de la persecucion de Decio. El Papa San Sixto, que reinaba entonces, tuvo, como sus predecesores, la felicidad de preceder á sus hermanos en la gloriosa via del martirio. Al tiempo de marchar al suplicio, el diácono San Lorenzo, que le ayudaba jeneralmente en la oblaçion del santo sacrificio, le siguió y le dijo:—"A donde vais, padre mio, sin vuestro hijo? Vos no acostumbrais á ofrecer el sacrificio sin ministro; en qué os he podido desagradar?"—El santo anciano le respondió:—"No soy yo quien te dejo; un combate mayor te está reservado; dentro de tres dias me seguirá."—El prefecto de Roma hizo en efecto citar á su tribunal á San Lorenzo, y, persuadido de que la Iglesia rómana tenia grandes tesoros, le exijió que le entregase las riquezas cuya administracion debia estarle confiada. San Lorenzo prometió enseñarle los tesoros de la Iglesia, pidiéndole un poco de tiempo para ponerlos en órden. El prefecto le concedió tres dias. En este intervalo San Lorenzo reunió todos los pobres á quienes la Iglesia alimentaba, y

á la espiracion del término se presentó á su juez y le dijo que todo estaba pronto. El prefecto le siguió, y á vez de vasos preciosos, encontró una sala llena de liegos, ciegos y mendigos. A este espectáculo echó una mirada de furor al santo diácono.—“Por qué os enojais? le dijo San Lorenzo, el oro no es mas que un vil metal causa de todos los crímenes. El oro verdadero es la luz de la que estos pobres son discípulos. La enfermedad de su cuerpo deja mas libertad á su espíritu para oír los preceptos de la verdad. Las perlas y las pedrerías son estas vírgenes y estas viudas que forman la corona de la Iglesia. He aquí las riquezas que os habia prometido, utilizadlas para Roma, para el emperador y para vos mismo.”—“Así te burlas de mí! dijo el prefecto; yo sé que vosotros los cristianos desprecias la muerte, por eso no te haré morir muy brevemente.”—Ordenó que trajesen una cama de fierro bajo la cual hizo colocar un fuego lento. El santo fué despojado de sus vestidos y atado sobre aquella parrilla. Mientras duraba este suplicio pareció á los cristianos que su rostro resplandecía con una luz celeste. Despues de haber permanecido largo tiempo de un mismo lado, se volvió al prefecto y le dijo:—“Hacedme dar vuelta del otro lado que ya de este estoy asado.”—Y cuando le dieron vuelta añadió:—“Está bien cocido podeis comer.”—En seguida levantando los ojos al cielo rogó por la conversion de Roma y entregó su espíritu. Varios senadores convertidos por el ejemplo de esta admirable constancia, llevaron su cuerpo sobre sus hombros y lo sepultaron decorosamente.

CAPITULO VIII.

Martirio de San Cipriano.—San Saturnino, San Dionisio.—San Cirilo.—Muerte de Valeriano.—Males del Imperio.—Aureliano.—Pablo de Samosata.

San Cipriano que fué igualmente víctima de esta per-

sécucion ilustró á la Iglesia tanto por sus escritos como por sus ejemplos. Habia sido educado en el paganismo, y no se convirtió sino á una edad muy avanzada.—»Me parecía muy difícil, dice él, renacer para llevar una nueva vida y volverme otro hombre conservando el mismo cuerpo. Cómo es posible decia yo, despojarse súbitamente de hábitos arriagados é inveterados? »Cómo acostumbrarse á la frugalidad despues de estar »habituado á una mesa abundante y regalada? Cómo »del que ha vestido ricas telas cubiertas de oro y plata, »puede abatirse hasta cubrirse con un traje sencillo y »toso? Así me hablaba yo á mi mismo desesperando »de encontrar el bien, y amaba el mal que era en mí como natural. Pero cuando el agua vivificante hubo lavado las manchas de mi vida pasada, y que mi corazón petrificado recibió la luz y el espíritu celeste, me »admiré de que mis dudas se desvaneciesen; todo era »claro, todo luminoso, y encontré fácil lo que me habia »parecido imposible.» Despues que recibió el bautismo adelantó tan rápidamente en la práctica de las virtudes cristianas, que fué elevado al sacerdocio siendo aun neófito; y poco despues los votos del pueblo lo exaltaron al episcopado. Su solicitud no se limitaba á velar sobre el rebaño. Habiendo sabido que Novaciano disputaba la silla apostólica al Papa legítimo, San Cornelio, escribió contra el cismático un tratado donde hace un homenaje á la suprema autoridad del Obispo de Roma.—»No hay, dice él, sino un Dios, sino un Jesucristo, sino una silla episcopal orijinariamente fundada sobre San Pedro, por orden de nuestro Señor. La Iglesia de Jesucristo es esencialmente una, ella no puede »ser dividida. Jesucristo nos dice que no hay sino un »redil. Para ser esta unidad mas sensible, Jesucristo »ha fundado su Iglesia sobre uno solo; sobre San Pedro á quien ha dado el poder de las llaves.»

Despues de haberse librado de la persecucion de Decio, San Cipriano fué citado al tribunal del procónsul, bajo el reinado del emperador Valeriano. Primero se

contentaron con desterrarle, pasó un año en el destierro, y luego volvió á Cartago, con permiso del Emperador, pero no lo dejaron mucho tiempo en paz: un nuevo procónsul lo citó por segunda vez á su tribunal, y á su negativa de sacrificar á los ídolos lo condenó á que le cortasen la cabeza. Los fieles que amaban á su Obispo, exclamaron en medio de la asamblea:—«Que nos corten tambien la cabeza.»—Lo acompañaron en tumulto hasta el lugar del suplicio y recojieron su sangre en lienzo que conservaron como reliquias. La persecución continuó con violencia en África. En las Galias fueron martirizados, durante esta época, San Saturnino primer Obispo de Tolosa, y San Dionisio, Obispo de Paris. En Cesarea de Capadocia, un niño llamado Cirilo, desplegó un valor extraordinario. Tenia incesantemente en los labios el adorable nombre de Jesus. Su padre que era idólatra lo castigó sin poder impedir que se declarase cristiano. Por último lo arrojó de su casa. Habiendo sido informado el juez del suceso, hizo llamar al niño y le prometió reconciliarlo con su padre si quería ceder.—«Estoy contento con haber sido echado de mi casa, contestó el generoso niño; tengo una mas grande. No temo la muerte que me ha de llevar á mejor vida.»—El juez ordenó que lo intimidasen con la apariencia, del suplicio. Lo ataron é hicieron el ademán de arrojarlo al fuego. Cuando lo condujeron de nuevo ante el tribunal el juez le dijo:—Hijo mio, has visto el fuego, has visto la cuchilla, ten juicio y volverás á tu casa y gozarás de la fortuna de tu padre.»—Cirilo respondió:—«Tirano, haces mal en recordármelo. Tu fuego y tu cuchilla son inútiles. Voy á otra casa mas grande, y á gozar riquezas mas excelentes, acaba pronto para que yo empiece á gozar.»—Los espectadores vertian lágrimas al oirlo, pero él les dijo.—«Deberíais reir y conducirme alegremente al suplicio; no sabeis la ciudad que voy á habitar, y cual es mi esperanza.»—Así marchó á la muerte. Los Actos no expresan el género de tormento por el cual recibió la corona del

martirio.

Dios, que preparaba el triunfo de su Iglesia, descargó la severidad de su justicia sobre la cabeza de Valeriano, uno de los mas ardientes perseguidores del cristianismo. Fué vencido, y tomado por Sapor, rey de Persia, quien lo trató del modo mas indigno. Cuando Sapor queria montar á caballo hacia encorbar al emperador cautivo, y se servia de su espalda como de un estrivo. Acabó por hacerlo desollar vivo, y su piel teñida de rojo fué suspendida como un trofeo en un templo de la Persia. Los paganos para quienes Valeriano era uno de los mejores príncipes que hubiera ocupado el trono, se admiraban de su desgracia. Pero los cristianos no pudieron ménos que reconocer la mano de Dios. El imperio todo era presa de las mas grandes calamidades. Invalido por los bárbaros en todas direcciones, se veia á la vez desgarrado por divisiones intestinas. Cada ejército brindaba á su jeneral con el imperio, y llegaron á levantarse hasta treinta tiranos á la vez. A estos males tan grandes vino la peste á agregar sus estragos. Desoló sobre todo á Roma y Alejandría. Los cristianos mostraron en esta ocasion cuan noble y desprendida es la caridad que inspira la fé. Los sacerdotes y un gran número de virtuosos laicos se consagraron á la asistencia de los pestíferos, ya fueran paganos ó cristianos. Muchos perecieron sin que su muerte desalentase la abnegacion de los que sobrevivian. Los idólatras no podian comprender aquel sacrificio, cuando ellos abandonaban sus prendas mas queridas, las arrojaban á la calle ántes que hubieran muerto, y dejaban su cuerpo sin sepultura, por temor del contájo, que sin embargo no evitaban. La Iglesia honra aun como mártires á los que murieron víctimas de su celo por socorrer á los enfermos.

El emperador Aureliano se manifestó al principio de su reinado tan favorable á los cristianos, que los fieles del oriente apelaron á su justicia para reprimir los avances de Pablo de Samosata. Este heresiarca, á quien

dos concilios particulares habian condenado, se apoyaba en Zenobia reina de Palmira para permanecer en posesion de la silla de Antioquia, y de las propiedades de la Iglesia. Aureliano ordenó que la casa episcopal fuese entregada á quien dispusiese el Obispo de Roma, tan notorio era entónces aun para los mismos paganos, que los Obispos legítimos eran solo aquellos á quienes el soberano Pontífice reconocia. Aureliano, muy apegado al culto de los ídolos, renovó las persecuciones á fines de su segundo reinado, para hacerse propicios á los dioses. Pero la muerte le impidió sacrificar un gran número de víctimas. Fué asesinado despues de haber ocupado el trono durante cuatro años y cuatro meses.

CAPITULO IX.

Décima persecucion bajo Diocleciano y Maximiano.—Traidores.—Martirio de San Quintín.—Lejion Tebana.—Martirio de San Víctor.

Hacia cerca de tres siglos que el imperio romano luchaba con el cristianismo que lo invadia por todas partes. Los cristianos, fieles á la palabra de su maestro,—“os envio como corderos en medio de los lobos,”—no habian cesado de tender el cuello á sus perseguidores, sin oponerles la menor resistencia; y sin embargo, cada dia mas numerosos y mas fuertes, veian al paganismo perder terreno. Este antiguo culto, que por tanto tiempo habia corrompido al mundo, parece que quiso buscar por última vez en la sangre de su enemigo la vida que se le escapaba. Muchos príncipes, que parecian haber jurado abolir el cristianismo, se sucedieron en el trono ó se dividieron el imperio, hasta el momento que la Providencia habia fijado para el triunfo definitivo de la Iglesia. La necesidad de defender al imperio habia obligado á darle dos señores. Diocleciano reinaba en Oriente, y afectó al principio alguna moderacion. Maximiano, á quien le habia tocado el Occiden-

te, fué el que dió la señal de la persecucion. Se mandó destruir las iglesias y quemar los libros santos. Se designaba bajo el nombre de traditores á los cristianos que tuvieron la cobardía de entregar las santas escrituras, y este crimen fué mirado como una especie de apostasía. Las Galias que estaban gobernadas por un prefecto, digno ministro de la crueldad del emperador, tuvieron la gloria de dar á la Iglesia muchos mártires ilustres: San Quintin que predicaba la fé en Amiens, con mucho suceso, fué tomado, y encerrado en un calabozo, despues de haber sufrido muchas torturas. Un ángel lo visitó en su prision y le ordenó que fuese á instruir al pueblo. Salió sin que nadie lo detuviese y fué á predicar á la plaza pública. Este milagro y la elocuencia de sus palabras, á que sus recientes padecimientos daban mas uncion, convirtieron á un gran número de infieles y aun á sus propios guardianes. Fué citado por segunda vez ante el prefecto, que inventó nuevas torturas para vencer su constancia. Despues de haber agotado inútilmente su furor sobre él, lo hizo conducir entro su comitiva á la capital del Vermandois, á la cual este ilustre mártir ha dado su nombre. En esta ciudad fué donde despues de muchos suplicios le cortaron la cabeza. Dios no permitió que las hondas del Somma, al que los paganos habian arrojado los restos del santo, se tragasen tan preciosas reliquias: fueron recojidas por una piadosa señora, y enterradas decorosamente.

Habiendo estallado una insurreccion en las Galias, Maximiano se dirigió á ellas, y á fin de reforzar su ejército, hizo venir del Oriente á la lejion Tebana; compuesta en su totalidad de cristianos. Quiso emplearlos como á los otros soldados en perseguir á los cristianos, pero ellos se negaron á hacerlo. Irritado por esta resistencia el emperador ordenó que los diezmasen. Estaban acampados al pié del monte San Bernardo, en un lugar en que la resistencia les era fácil. Sin embargo se dejaron diezmar tranquilamente. Como persistiesen en negarse á cometer el crimen que se les orde-

naba, el emperador mandó diezmarlos por segunda vez. Los que sobrevivían se alentaban unos á los otros al sufrimiento. Las exortaciones de sus tres principales jefes, Mauricio, Exúpero y Cándido los afirmaban en su determinación. Por su consejo dirijieron al emperador esta representación:—"Señor, nosotros somos vuestros soldados, pero servidores de Dios, nosotros lo confesamos libremente. Os debemos á vos el servicio de la guerra, pero á él le debemos la inocencia. Recibimos de vos la paga, él nos ha dado la vida. No podemos obedeceros renunciando á Dios; nuestro criador, nuestro Señor, y el vuestro, aun cuando no lo queráis. No nos pidáis nada que le ofenda, y os obedeceremos como lo hemos hecho hasta aquí. De otro modo le obedeceremos á él ántes que á vos. Os ofrecemos nuestras manos contra todo enemigo, pero no creemos que debemos bañarlas con la sangre de los inocentes. Hemos hecho juramento á Dios ántes de hacérselo á vos. No debéis fiaros en el segundo si violamos el primero. Vos nos ordenáis que busquemos á los cristianos para castigarlos, no tenéis que hacer buscar á otros, aquí estamos nosotros. Confesamos á Dios, Padre, autor de todo, y á su Hijo Jesucristo. Hemos visto degollar á nuestros compañeros sin compadecerlos, y nos hemos regocijado del honor que les ha cabido de sufrir por su Dios. Ni esta estremidad ni la desesperación han podido arrastrarnos al motin. Tenemos las armas en la mano y no resistimos porque preferimos morir inocentes ántes que vivir culpables."—Una representación tan prudente no produjo otro efecto que el de exaltar mas el furor del tirano. Ordenó á sus tropas que rodeasen á la lejon y acabaran con todos sus jenerosos soldados, los que se despojaban de sus corazas, arrojaban sus armas, y tendían el cuello á los verdugos. Se cree que eran como seis mil hombres.

En Nantes sufrieron el martirio dos jóvenes hermanos, San Donaciano y San Rogaciano. San Víctor que ocupaba un puesto elevado en el ejército fué enviado al

tribunal del emperador en Marsella. Maximiano lo hizo arrastrar ignominiosamente por toda la ciudad. Creía que un militar no podría soportar este ultraje; pero no sabía que el ejemplo de Jesucristo ha dado precio á las afrentas. Víctor fué llevado de nuevo ante el tribunal, alentado por la victoria que acababa de conseguir. En vano se ensayaron nuevas torturas; el mártir levantaba sus ojos al cielo y le pedía paciencia. Jesucristo se le apareció, y todos sus dolores se desvanecieron. Por un subterfugio que usaban con mucha frecuencia, los jueces hicieron conducir á San Víctor al altar de los ídolos, para que la multitud creyese que había sacrificado. Pero el Santo mártir que comprendió cuanto importaba á la gloria de la religión que no se pudiese poner en duda su constancia derribó el altar con el pie. El emperador ordenó que le cortasen el pie, y en seguida lo hizo moler bajo la piedra de un molino. Habiéndose roto el instrumento de la tortura en medio del suplicio y respirando al parecer el mártir, le cortaron la cabeza. Una voz del cielo hizo oír entonces estas palabras:—"Has vencido Víctor, has vencido!"

CAPÍTULO X.

Constancio Chloro y Galeriano y Maximiano.—Abdicacion de Diocleciano.—Constantino sucede á su padre.—Muerte de Galerio.—Cruz milagrosa.—Constantino vencedor de Majencio.—Muerte de Maximino.

Dos Césares, Constancio Chloro y Galerio Maximiano, fueron llamados á participar con los dos emperadores el peso de los negocios. El imperio tuvo mucho que sufrir de tantos señores celosos de asegurar su poder. Hasta entónces solo Maximiano había perseguido á los cristianos. Diocleciano, naturalmente tímido y supersticioso, les había sido tan favorable, que muchos de sus oficiales practicaban abiertamente el cristianismo, pero

habiendo bastado su presencia para turbar los sacrificios por medio de los cuales el emperador esperaba conocer el porvenir, se irritó, y quiso obligar á todos los oficiales de su casa, y muy luego á los soldados de sus ejércitos, á que sacrificasen. Su primera intencion era no inquietar á los demas cristianos. Pero habiendo venido verlo el César Galerio á Nicomedia, consiguió este de pues de grandes esfuerzos determinarlo á publicar edictos de proscripcion jeneral. El emperador comunicó á Maximiano y Constancio Chloro una resolucion tan importante, tomada sin su consentimiento. Así fué que los edictos de persecucion no causaron tantas víctimas en Occidente como en Oriente. Maximiano veia que su poder perdía terreno ante el de Constancio, príncipe severo y favorablemente dispuesto á la religion. Pero en Oriente, donde Galerio no tardó en hacerse el único señor, obligando á Diocleciano á abdicar, los mártires fueron innumerables. Maximiano se vió tambien obligado á renunciar á la púrpura. Se acercaba el momento que el Señor iba á levantar su cruz sobre la corona de los emperadores. Ya las iglesias de Oriente reparaban sus pérdidas bajo el gobierno de Constancio. Este príncipe no reinó sino quince meses como emperador, pero transmitió su poder á su hijo Constantino, mejor dispuesto que él en favor del cristianismo.

El primer acto de Constantino al subir al trono, fué conceder á los cristianos el libre ejercicio de su religion. Galerio que temia á Constantino habia procurado alejarlo del trono, y aun hacerlo perecer. Mucho le costó reconocerlo por emperador, y no quiso seguir su ejemplo; pero la medida de sus crímenes estaba colmada, y la venganza divina estalló sobre su cabeza de una manera terrible. Se apoderó de él una úlcera de la que la ciencia de la medicina no pudo detener los progresos. Presa de los mas horribles dolores, devorado en vida por los gusanos, comenzó á comprender que era necesario plegarse bajo la mano poderosa del Dios que lo castigaba. Publicó en favor de los cristianos un edicto en el

cual les encargaba que rogasen por su salud, pero su penitencia forzada como la de Antioco, no bastó para desenojar al cielo. Murió miserablemente, despues de haber llegado á ser un objeto de horror para todos los que le rodeaban.

El imperio estaba entónces dividido entre Licinius, Majencio hijo de Maximiano, Maximino sobrino de Galerio, y Constantino. A pesar del edicto de Galerio, Maximino continuó por algun tiempo la persecucion en el Oriente. Constantino se vió obligado á condenar á muerte al anciano Maximiano, quien, despues de haber abdicado poco ántes de Diocleciano, habia vuelto á tomar la púrpura, tratando de asesinar al mismo Constantino, yerno suyo. Bajo el pretesto de vengar á su padre, Majencio declaró la guerra á Constantino. No se atrevia á salir de Roma porque un oráculo le habia anunciado la muerte si dejaba esta ciudad; pero como tenia buenas tropas y hábiles jeneralès empezó por conseguir algunas ventajas. Constantino, resuelto á acabar aquella guerra se decidió á entregar su suerte al azar de una batalla decisiva. Marchó sobre Roma, y conociendo la inferioridad de sus fuerzas, puso toda su confianza en el socorro del cielo. Habia visto morir miserablemente á todos los príncipes idólatras. Solo su padre que fué constantemente favorable á los cristianos, habia terminado felizmente su carrera. Se decidió, pues, á invocar al Dios de los cristianos creador del cielo y de la tierra. Despues de haber rogado mucho tiempo con fervor, vió aparecerse en el cielo en la mitad del dia, una cruz luminosa y una inscripcion que decia:—"Tú vencerás con este signo."—Los soldados que lo rodeaban fueron igualmente testigos de esta maravilla, que llevó de asombro al emperador. A la noche siguiente Constantino apareció con el mismo signo, y le ordenó que hiciese una semejanza para servirse de él contra los enemigos. Al otro dia Constantino mandó hacer un estandarte idóntico al que se le habia presentado. El mismo coronó su casco con la cruz y la hizo distribuir á todos los solda-

dos. Este estandarte milagroso recibió el nombre de *Labarum*, y su custodia, fué confiada á cincuenta hombres de los mas valientes del ejército. Mientras tanto Majencio se abandonaba en Roma á toda especie de excessos. Constantino alentado por la vision celeste, se acercó á la ciudad y formó sus tropas en batalla. Majencio hizo salir las suyas; el combate se trabó reñidamente por una y otra parte. Entre tanto Majencio consultaba á los oráculos en Roma. Estos contestaron que el enemigo de Roma debía perecer en aquel día. Creyéndose entonces seguro de la victoria, salió de la ciudad. A la vista, sus tropas que empezaban á cejar se reanimaron. Pero este último esfuerzo no pudo detener el triunfo del ejército de Constantino. El desorden cunde entre todos los soldados de Majencio, que huyen despavoridos en todas direcciones. El mismo emperador quiso atravesar el Tiber en un puente de barcas que habia mandado construir, pero el puente demasiado cargado, se perdió en el rio. Se encontró entre los ahogados el cadáver de Majencio, al que cortaron la cabeza para enviarlo á Roma. Esta ciudad abrió inmediatamente sus puertas al vencedor. Se levantó en medio de la plaza pública una estatua de Constantino, que quiso ser representado con una cruz en la mano, y puso al pié esta inscripcion:—"Con este signo saludable, verdadero símbolo del valor, he libertado vuestra ciudad del yugo del tirano, y restablecido el pueblo y el senado á su antiguo esplendor."—Maximino, aliado de Majencio, se puso en campaña para vengarlo; pero vencido por Licinius, y abandonado por sus tropas, se dió la muerte. Su fin fué horrible. Se envenenó estando harto de vino y de viandas. Durante cuatro dias fué presa de torturas tan atroces, que se pegaba la cabeza contra las paredes, lanzando gritos, é invocando de vez en cuando á Jesucristo, á quien creia ver venir para juzgarlo. Toda la raza de los perseguidores no tardó en perecer de muerte violenta.

SEGUNDA EPOCA.

[COMPRENDE 164 AÑOS.]

*Desde la conversion de Constantino. Año de J. C.
312, hasta la caída del Imperio de Orien-
te. Año de J. C. 476.*

CAPÍTULO XI.

Esplendor de la Iglesia.—Los cuarenta mártires.—Muerte de Licinius.—Santa Helena.—Invencion de la verdadera cruz.—A las persecuciones suceden las herejías.—Arius.—Concilio de Nicea.

Nada mas esplendente que el cuadro de la prosperidad de la Iglesia, tal cual nos lo pintan los historiadores contemporáneos. Los cristianos, al verse libres despues de tantas persecuciones, miraban con asombro las maravillas de la potestad divina. Una santa alegría resplandecía en sus rostros. En lugar de las iglesias arruinadas se edificaban otras mas grandes y mas bellas. Sus dedicaciones eran fiestas magníficas. Los obispos se reunian en gran número. Personas de todo sexo y edad, venian de todos los pueblos á asistir á estas fiestas. La reunion de los amigos y parientes que se encontraban despues de una larga separacion, hacia mas sensible la tierna union de los miembros de la Iglesia. Todos entonaban á una voz cánticos de alegría. Los prelados se consagraban á las santas ceremonias que llenaban religiosamente sobre todo el sacrificio conmemorativo de la pasion y muerte del Señor. Ocupaban al pueblo con el canto de los salmos y la lectura de las sagradas escrituras. El mas elocuente de ellos pronunciaba discursos de alabanza y de accion de gracias para conservar santamente el gozo de la asamblea. Constantino hacia restituir á los cristianos sus bienes confis-

cados, enriquecía las iglesias y manifestaba á los obispos el mas profundo respeto; frecuentemente los admitía á su mesa por humilde y pobre que fuese su exterior.

Licinius, que al principio se habia mostrado tan celoso como Constantino en proteger la religion, empezó pronto á perseguirla, en odio á su colega. En Sebasta, pueblo de Armenia, cuarenta soldados de diferentes países se presentaron espontáneamente al tribunal del gobernador, y declararon que eran cristianos. Para vencer su constancia, se inventó un nuevo suplicio. El invierno era muy riguroso y el país naturalmente frío; los mártires fueron despojados de sus vestidos, expuestos durante toda una noche en un estanque helado. Muy cerca de él se colocó un baño caliente pronto para recibir á los que consintiesen en apostatar. Los soldados se animaban alegremente diciéndose que una mala noche les valdria la eternidad. Todos elevaban el mismo ruego:—"Señor hemos entrado en el combate, que no falte uno solo." Sin embargo uno de ellos cedió y fué á arrojar al baño caliente, donde encontró la muerte. El guardian que se habia colocado de centinela para vijilar sobre los mártires, presencié entonces un espectáculo admirable. Vió á muchos ángeles distribuyendo coronas á aquellos cristianos jenerosos. Una sola parecia esperar la cabeza que debia recibirla. El soldado conmovido se despojó de sus vestiduras, y se reunió á los defensores de Jesucristo para participar su triunfo. Al otro dia por la mañana como respiraban aun los arrojaron al fuego. El Señor no permitió que esta persecucion fuese de larga duracion. Ofuscado por una ambicion envidiosa, Licinius obligó á Constantino á declararle la guerra. Fué vencido y desterrado; pero como no cesaba de ajitar fué muerto por Constantino un año despues.

Entre las muchas liberalidades de Constantino, se deben contar los gastos que hizo para honrar los santos lugares, testigos de los misterios de la pasion y de la resurreccion del Salvador. Los paganos habian colmado

la gruta del Santo Sepulcro, y edificado sobre ella un templo á Venus. Santa Helena, madre de Constantino, que debía á su hijo la felicidad de conocer la verdad, quiso ir á Jerusalem con el objeto de presidir personalmente á los trabajos que se habian ordenado. Por todo el camino fué distribuyendo limosnas. Apénas llegó: empezó por hacer derribar el templo de Venus, que profanaba aquellos lugares santificados por tan grandes misterios. Al lado de la gruta se encontraron tres cruces. Con el objeto de reconocer cuál de ellas habia sido el instrumento de nuestra redencion, Macario Obispo de Jerusalem, las hizo llevar á casa de una dama que estaba espirando. En vano se le aplicaron las dos primeras, pero al sentir el contacto de la tercera se sintió súbitamente curada. Cerca de la cruz se encontró tambien el título, así como los clavos que Santa Helena envió al emperador con una parte considerable de la cruz. Dejó la otra en Jerusalem y la hizo colocar en una caja de plata. Una vez al año en la solemnidad del viérnes santo, el Obispo la hacia adorar de los fieles despues de haberla adorado él mismo. La construccion de la Iglesia del Santo Sepulcro duró seis años. A su alrededor se levantó una nueva ciudad, que es la parte que hoy forma á Jerusalem, de manera que los santos lugares se encuentran actualmente en medio de la ciudad, aunque la escritura nos diga que el Salvador sufrió la pasion fuera de los muros. Se elevó igualmente una Iglesia sobre el monte de los Olivos en el lugar de la ascencion, y otra en Betlehem para honrar la gruta donde habia nacido el niño Dios.

La Iglesia cuya vida sobre la tierra debe ser un combate continuo á ejemplo de Jesucristo que la ha fundado, no podia gozar por largo tiempo esta profunda paz. La prueba de las persecuciones habia pasado y el cristianismo habia probado que aunque los príncipes se ligasen contra él, no conseguirían destruirlo jamás. Su poder, que derriba fácilmente todas las obras humanas, ha luchado contra la religion inútilmente por espacio

de tres siglos. El mundo no habia visto jamás, ni debia ver mas adelante un imperio comparable al imperio romano, que abrazaba en su vasta dominacion todos los pueblos civilizados entónces conocidos. Este coloso con todas sus fuerzas reunidas bajo la voluntad despótica de un solo amo, es el que ha hecho la guerra á la Iglesia naciente. Hoy que él ha sido vencido, quién se atreverá á comenzar de nuevo tal combate? Está probado que la violencia nada puede contra la religion oristiana. Pero á esta guerra de sangre, cuyo furor no ha dado mas resultado que poblar el cielo de santos, va á suceder una lucha mucho mas peligrosa, guerra reservada á los dias de fuerza de la Iglesia. Su gloria es haber dado al mundo la verdad; haber evangelizado á los pobres, es decir, enseñado á los hombres la única ciencia que les interesa; miéntras que el paganismo, que no era sino un culto sin dogma, solo tenia por objeto halagar á los sentidos sin decir nada al corazon ni al espíritu. Esta es la gloria que le será disputada; la herejía le negará cada uno de sus dogmas. No es que no hubiesen surjido ya muchas herejías; pero no habian sido en su mayor parte sino una mezcla estravagante de algunas verdades cristianas con los mas monstruosos errores del paganismo. Podian ser considerados como sectas filosóficas, que, por dar mas probabilidad á sus sistemas, habian tomado algo de la revelacion, y seducian á los paganos, que empezaban á sentir el vacio de la idolatría, mas que lo que alteraban la fé de los cristianos bautizados, y plenamente instruidos en los dogmas evangélicos. Pero las herejías que surjieron despues de la paz de la Iglesia, nacieron de su seno; conservando el conjunto de las verdades reveladas, se contentaron con atacar una en particular. Hábiles para seducir el espíritu naturalmente inquieto y razonador de los pueblos en medio de los cuales la fé habia establecido su imperio, conservaban toda la apariéncia exterior del cristianismo, sin contestar siquiera la autoridad de la Iglesia para dirimir las cuestiones controvertidas; ellos se

dirijian exclusivamente á negar la legitimidad del juicio que les condenaba.

El primer heresiarca que desgarró de este modo el seno de su madre, la Iglesia, fué Arius. Era sacerdote de la Iglesia de Alejandría, y habia manifestado en muchas circunstancias lo inquieto que era, y lo dispuesto que estaba al cisma. Hallándose vacante la silla episcopal de Alejandría, esperó ser elevado á ella. Pero fué preferido á él Alejandro sacerdote de eminente virtud y de un mérito universalmente reconocido. Desde entónces se decidió á combatir á su Obispo, y como no podia atacarlo en sus costumbres, procuró contradecir su doctrina. Habiendo dicho Alejandro que habia unidad en la Santísima Trinidad, Arius pretendió que confundir á las personas divinas era seguir el ejemplo de los Sabelianos, y que era necesario reconocer una distincion de naturaleza entre el Padre y el Hijo, siendo el Hijo inferior al Padre. Al principio no se atrevió á predicar en público tan estraña doctrina, pero cuando se hubo hecho de bastantes partidarios, sobre todo en el clero, cobró nuevos bríos. Sabia afectar un exterior grave y compunjado; su edad avanzada y la sagacidad y facilidad de su palabra elocuente prevenian en su favor. San Alejandro, aterrado de los progresos de este error, reunió á su clero y dió á Arius plena libertad para esplicarse. Pero no pudiendo reducirlo, convocó un concilio de obispos de la provincia, en que el innovador fué excomulgado á unanimidad de votos. Arius, al verse condenado, se retiró á Palestina, donde encontró el apoyo de algunos obispos. Eusebio de Nicomedia, uno de sus mas poderosos partidarios, consiguió persuadir á Constantino que no era sino una disputa sin importancia, y que el mayor mal estaba en la obstinacion del Obispo Alejandro que no queria recibir á Arius á su comunión. Constantino trató en vano de persuadir al santo Obispo de Alejandría para que levantase su anatema, y comprendiendo entónces que el mal era mayor que lo que él se habia figurado, resolvió convocar un concilio jeneral.

Bajo el reinado de los emperadores paganos, la Iglesia no había podido reunir tales asambleas; pero Constantino, señor absoluto del imperio por la derrota de Licinius, no tenía ningún obstáculo para realizar un proyecto tan útil. Los obispos católicos siendo todos súbditos suyos, no podían dejar de obedecer á la voz de un príncipe cristiano, que los llamaba con el objeto de deliberar libremente sobre los mas caros intereses de la Iglesia. Se trasladaron, en efecto, en número de 318 á la ciudad de Nicea, que había sido señalado para la reunion del concilio. Ninguna asamblea fué nunca mas venerable; la mayor parte de aquellos santos obispos habían confesado la fe ante los verdugos, y muchos llevaban aun las cicatrices de las torturas que habían sufrido. San Alejandro vino acompañado de San Atanasio, diácono, que aunque muy jóven, anunciaba ya los talentos que debían hacerlo una de las primeras lumbreras de la Iglesia. No permitiéndole la edad avanzada del Papa San Silvestre, asistir personalmente al concilio, fué presidido en su nombre por Ozio, Obispo de Córdoba, y dos sacerdotes de la Iglesia Romana. Antes del día fijado para la sesion pública tuvieron los obispos varias conferencias particulares con el objeto de oír á Arius. Él esplicó sin disfraz todos sus errores. Miéntras él hablaba, los obispos se tapaban los oídos, manifestando así no atreverse á escuchar tales blasfemias. Cuando llegó el día de la sesion pública (19 de Junio del año 325), los que debían asistir se reunieron en una gran sala del palacio. En el instante en que el emperador entró á ella todos se pusieron de pié. Constantino se sentó en una silla de oro que le había sido preparada; dirigió algunas palabras benévolas á los obispos, y les rogó que discutiesen con toda libertad la doctrina en su presencia. Arius fué llamado, y renovó la exposicion de sus errores; algunos obispos de su partido lo sostuvieron, pero fueron victoriosamente refutados por la gran mayoría de los obispos católicos que propusieron muchas explicaciones que juzgaron propias para obligar á los arrianos á con-

fesar la perfecta igualdad del Padre y del Hijo. Pero en vano los padres del concilio nombraban al Hijo-Dios verdadero, imagen del Padre, semejante á Dios; los arrianos conviniendo en estas palabras encontraban siempre medios de sostener que el Hijo era una criatura. Entonces fué necesario hacer uso del término *consustancial* [es decir de la misma sustancia], que era el único que no dejaba subterfugio alguno á los herejes. En lo sucesivo se verá siempre á la Iglesia católica cuidando de precisar la expresion de su fe, de manera que no haya lugar á la menor oscuridad, mientras que la herejía procura siempre buscar términos ambiguos, que fácilmente se pueden prestar á muchos sentidos, de modo que pueda variar su significado del mismo modo que sus doctrinas. La palabra consustancial data pues del sínodo de Nicea, y llegó á ser como el signo distintivo de los católicos. Arius fué condenado con dos obispos que se negaron á suscribir á la decision del concilio. Se regularizó en seguida el día de la celebracion de la Pascua, que no todas las iglesias solemnizaban en una misma época. El concilio se disolvió despues de haber arreglado algunos cánones de disciplina.

CAPÍTULO XII.

Perdon de Arius.—San Atanasio es desterrado.—Muerto de Arius.—Constantino ántes de morir alza el destierro á San Atanasio.—San Antonio se retira al desierto.—Solitarios de la Tebaida.—San Antonio se opona al arrianismo.—Vá á ver á San Pablo.—Muerto de San Pablo.—Muerte de San Antonio.

Los arrianos cedieron á la autoridad del emperador, pero no renunciaron á sus errores. Entre los obispos que habian suscrito á la decision del concilio, habia algunos secretos partidarios de Arius, que no perdonaron nada por obtener su rehabilitacion. Lo consiguieron por la astucia de un sacerdote que supo ganar la confianza de Constancia, hermana del emperador, á la que per-

suadió que Arius habia sido injustamente condenado, sin habérsele dado la libertad de explicarse. Constancia al tiempo de morir dijo á su hermano que temia mucho que él tuviese que responder ante el tribunal de Dios, por haber perseguido á inocentes, y acabó por obtener de él que perdonase á Arius. Pero en vano se procuró obtener de San Atanasio, que habia sucedido á San Alejandro en la silla de Alejandría, que reintegrase á Arius en su Iglesia. Los arrianos declararon desde entónces una guerra mortal á San Atanasio, comprendiendo bien que era su mas terrible adversario, y no hubo esfuerzos que no hiciesen para pintarlo con los mas negros colores á los ojos del emperador. Consiguieron primero hacer deponer á San Eustaquio, Obispo de Antioquia, y celoso defensor de la fé de Nicen. Animados por este primer triunfo, obtuvieron la reunion de un concilio para juzgar á San Atanasio, que supieron componerlo haciendo entrar en gran mayoría á sus partidarios. Atanasio se defendió con calma y moderacion, y no le fué difícil probar la falsedad de todas las calumnias que se habian amontonado contra él. Pero sabiendo que su vida estaba amenazada por aquellos hombres, que sin la menor apariencia de justicia habian jurado perderlo, cifró toda su esperanza en justificarse para con el emperador. Se resolvió á no esperar la terminacion del concilio y partió secretamente á Constantinopla. Constantino se admiró al verlo, y sabiendo despues que el concilio habia pronunciado su deposicion, le negó una audiencia. San Atanasio pidió ser confrontado con sus acusadores. Los obispos del concilio fueron citados para ir á Constantinopla: solo seis de los mas ardientes perseguidores del Santo se presentaron en la corte, y consiguieron indisponerlo de tal modo con el emperador, que este príncipe creyó conceder una gracia á San Atanasio no condenándolo á muerte. Se contentó con desterrarlo á Tréveris, entónces capital de las Galias. San Atanasio se dirigió sin quejarse al lugar de su destierro. En sus escritos aun disculpa á Constantino, y dice que el emperador no

tuvo otro objeto que el de sustraerlo al odio de sus enemigos.

No contentos con este triunfo, los arrianos meditaron hacer recibir solemnemente en la comunión de la Iglesia al heresiarca condenado. Arius procuró aprovecharse de la ausencia de San Atanasio para entrar á Alejandría; pero su presencia excitó tales tumultos en la población católica de aquella ciudad, que el emperador le hizo llamar á Constantinopla, ciudad que él había fundado y en la cual residía. En vano los arrianos trataron de persuadir á Alejandro, Obispo de Constantinopla, que recibiese á Arius á su comunión, pero se negó decididamente; y como hicieron uso de amenazas, renunció á discutir con ellos, y conjuró á su pueblo para rogar al Señor pidiéndole que evitase tal escándalo á la Iglesia. El mismo Alejandro pasaba las noches prosternado al pié de los altares. Mientras tanto los herejes se disponían á restablecer solemnemente á Arius á pesar de la oposición del Obispo. La víspera del día fijado para esta profanación pasearon en triunfo al heresiarca por toda la ciudad. Repentinamente se apoderó de Arius un dolor, entró á una casa particular, y al cabo de poco rato lo encontraron muerto á consecuencia de una copiosa hemorragia. Este suceso pareció un juicio de Dios. Todo el pueblo de Constantinopla dió sinceras acciones de gracias al Señor que se había dignado proteger la santidad de su templo. Constantino, ilustrado por esta conducta de la providencia, dejó de proteger á los arrianos. La muerte le impidió reparar el mal que su error había causado. Sin embargo, al espirar ordenó que se alzase el destierro á San Atanasio.

El Señor, que vela siempre con solicitud sobre su Iglesia, preparaba mientras tanto en la soledad un pueblo de santos cuyos admirables ejemplos debían reparar los escándalos de la herejía, y continuar en el mundo las lecciones que la constancia de los mártires había dado hasta entónces. San Antonio nacido en Egipto de padres nobles y ricos, que lo educaron cristianamente, se

sintió de tal modo inclinado desde su mas tierna infancia á la vida solitaria y contemplativa, que renunciaba toda clase de estudios por no mezclarse con los niños de su edad, y permanecía solo en la casa, ocupándose en meditar sobre las verdades de la salvacion. Muy jóven aun perdió á sus padres, pero continuó siempre el mismo jénero de vida, cuidando de su patrimonio y de una hermana de tierna edad. No habian transcurrido todavia seis meses de esto, quando al entrar á una Iglesia oyó estas palabras del evangelio: —“Si quieres ser perfecto, vendó lo que tienes, dalo á los pobres y sígueme.”—El jóven Antonio se hacia notar sobre todo, por la profunda atencion con que escuchaba la palabra santa, y el cuidado que ponía en practicarla. Impresionado por lo que acababa de oír, se decidió inmediatamente á renunciar á todo lo que poseía, y á poco tiempo se retiró á la soledad, despues de haber confiado su hermana á los cuidados de personas piadosas. Cada vez que oía hablar de algun cristiano ferviente y renombrado por su santidad, iba á verlo, le pedía consejo, y se afanaba en practicar la virtud particular que le parecia brillar mas especialmente en él. Mientras tanto no dejaba de ejercitarse en la oracion y en la penitencia. El demonio trató de conmoverlo por medio de violentas tentaciones; cuanto mayores eran las grandes cosas para que estaba llamado, tanto mayores fueron las pruebas porque el Señor quiso que pasase. Despues de haber pasado quince años en la soledad, sin alejarse, sin embargo, del pueblo en que habia nacido, resolvió internarse en el desierto. Se encerró en un antiguo castillo abandonado, en el que encontró una fuente, y en donde venían á traerle pan solo dos veces al año. Entónces se hacia en la Tebaida una clase de pan que podia durar un año entero sin corromperse. Así permaneció veinte años encerrado. Lo echaban su alimento por el techo, y no salía jamás. Pero habiendo rodeado su habitacion los amigos que él habia dejado en el mundo, y queriendo participar de su jénero de vida, le amenazaron derribar sus puertas. Parece

que entónces operó muchos milagros, y admitió algunos discípulos. Aquellas vastas soledades se vieron bien pronto pobladas de monasterios, y la reputacion de Antonio y de los que estaban bajo de su direccion se estendió por todas partes. Aquellos relijiosos pasaban su vida cantando, estudiando, ayunando, orando, regocijándose con la esperanza de los bienes futuros, trabajando para dar limosnas, y practicando entre sí la caridad y la union. El desierto se habia trasformado en una region de piedad y de justicia. Nadie hacia allí mal al prójimo, nadie tenia otro deseo que el de adelantar en el camino de la virtud. Antonio vivia jeneralmente retirado en su monasterio particular, aumentando sus ejercicios de penitencia, y suspirando incesantemente con la idea de las rejiones celestes. Considerando la fragilidad de esta vida y la nobleza del alma, se avergonzaba de verse obligado á comer y dormir, y estar sujeto á las demas necesidades del cuerpo. Decia que se debía dar mas cuidado al alma que al cuerpo, y que no debe darse al último sino muy poco tiempo y solo por necesidad, y emplear todo el resto en utilidad del alma, con el fin de que no sea arrastrada por los placeres del cuerpo, y que por el contrario ella sea quien lo domine.

Cuando el arrianismo estalló, San Antonio que era ya célebre, se opuso á los progresos del error. Dejó la soledad y vino á Alejandría á protestar altamente contra tan detestable doctrina. Operó muchos milagros, y convirtió á un gran número de personas. El emperador le escribió para pedir el auxilio de sus oraciones. El santo abad le contestó con la libertad evangélica á que le daban derecho su virtud y su perfecto desprendimiento. Entre varios consejos que le dirijió, procuró disipar sus prevenciones contra San Atanasio, y obtener la revocacion de su destierro. Poco ántes de morir San Antonio supo por revelacion que habia en el desierto un santo mas perfecto que él. Confiado en Dios, se dirijió inmediatamente á verlo, y fué conducido á la caverna que hacia noventa años que Pablo habitaba. Los dos ancia-

nos hablaron del Señor, y oraron juntos. Un cuervo vino trayéndoles un pan entero, y Pablo dijo á Antonio.—“Bendigamos la bondad del Señor, que desde ahora sesenta años me envía todos los días la mitad de un pan, y que á vuestra llegada se digna doblar la porcion.”—La noche se pasó en vijilias y oraciones. Al otro día por la mañana San Pablo predijo su próxima muerte, y le rogó á San Antonio que fuese á buscar para enterarlo, el manto que San Atanasio le habia dado. San Antonio obebeció llorando, y al volver, vió á Pablo elevándose á los cielos en medio de un grupo de ángeles y de patriarcas. Cuando llegó á la caverna vió el cuerpo de Pablo arrodillado, con las manos juntas y en actitud de orar. Se puso de rodillas creyendo á primera vista que el anciano no estaba muerto; pero notando que no suspiraba como tenia por costumbre hacerlo cuando oraba, reconoció que habia dejado de existir, y lo envolvió en el manto que habia traído. No tenia ningun instrumento para cavar la fosa, pero dos leones que salieron del desierto la abrieron con sus uñas. San Antonio depositó en la tumba el cuerpo de San Pablo, despues de haberle recitado las oraciones de la Iglesia, y llevó consigo la túnica de palma que el santo ermitaño se habia hecho, y de la que posteriormente se revestia en las grandes solemnidades de Pascua y de Pentecostes. San Antonio murió á la edad de ciento cinco años, despues de visitar por última vez los monasterios que habia fundado, recomendando á sus discípulos que se precaviesen de la heresia favorecida entónces por el poder temporal.

CAPÍTULO XIII.

San Hilarión.—San Pacomio es el primero que dá una regla á los solitarios.—Vuelta de San Atanasio á Alejandría.—Es llamado á Roma.—Juicio del Papa San Julio.—Triunfo de San Atanasio.—Constancio turba la Iglesia.—San Atanasio se retira al desierto.—Destierro del Papa Liberio.—Concilio de Rímmini.—San Hilario.—Muerto de Constancio.

Entre los discípulos de San Antonio, era uno de los

mas célebres San Hilarion, que estableció en los desiertos de la Siria y de Palestina monasterios semejantes á los que poblaban los desiertos del Egipto. San Pacomio fué el primero que dió una regla comun á todos estos solitarios que habian abandonado el mundo para consagrarse á la perfeccion. Habia nacido de padres idólatras, y solo á la edad de veinte años, concibió el deseo de hacerse cristiano, conmovido por la caridad de los fieles. Poco despues de haber recibido el bautismo, supo que un anciano llamado Palemon, servia á Dios en el desierto. Partió inmediatamente á buscarlo, y fué á golpear la puerta de su celda. Palemon puso alguna dificultad para recibirlo;—"Yo no como, lo dijo, sino pan y sal; yo no bebo vino; y paso la mitad de la noche en vela empleándola en recitar los salmos, y en meditar la santa escritura; algunas veces velo toda la noche."—Éstas palabras hicieron temblar á Pacomio: sin embargo, prometió conformarse á este jénero de vida, y Palemon lo recibió entónces. San Pacomio perseveró en su resolucion, y despues de haber perdido á San Palemon, edificó en el desierto un monasterio, mas espacioso, porque le habia sido revelado que muchos vendrian á ponerse bajo su direccion.—En efecto, recibió un gran número de discípulos, á quienes hizo vivir en comunidad, dándoles una regla que parecia demasiado suave á los mas perfectos. Pero San Pacomio decía, que no se debía prescribir sino lo que todos podian observar, siendo cada uno libre de trabajar para adelantar mas en el camino de la virtud. Los desiertos á los cuales se retiraron estos cristianos celosos de su perfeccion, eran soledades horribles y estériles, ó rocas escarpadas, que frecuentemente era imposible cultivar. Sin embargo todos los relijiosos estaban obligados á trabajar con sus manos, pero preferian ejercitarse en un oficio fácil, por no embarazarse con el cuidado que da siempre la propiedad y la explotacion del menor pedazo de terreno. Se alimentaban de pan y agua; la cantidad de pan que tomaban eran doce onzas, dividi-

das en dos comidas, de las que la primera era á las tres de la tarde. En la pascua y en el día domingo en que no era costumbre ayunar, no añadían, sin embargo, nada á su alimento ordinario, únicamente tomaban al medio día su primera comida. Por lo demas no ejercitaban en su cuerpo ninguna otra austeridad, y frecuentemente esta vida tan sóbria prolongaba sus días hasta una vejez muy avanzada. Se reunían dos veces al día para orar, y en cada vez salmodiaban doce salmos y otras tantas oraciones. Un hermano puesto de pié cantaba un salmo, y todos los demas escuchaban en silencio continuando su trabajo, y así continuaban cada uno á su vez. Se retiraban en seguida á su celda, y se ocupaban de algun trabajo que no los absorbiese tanto que interrumpiese su oracion perpetua, practicando el precepto del Señor que ordena rogar constantemente. El número de los *Ascetos* fué muy considerable. Se formó un pueblo de santos que era para los fieles una mina de pastores celosos y fervientes, cuyos esfuerzos contribuían poderosamente á hacer comprender el cristianismo á las inteligencias groseras de los bárbaros, que no tardaron en invadir el Imperio.

Constantino habia dejado tres hijos, que eran Constantino, Constancio y Constante, los que se dividieron el trono entre sí. Constantino, al cual le tocaron las Galias, envió á San Atanasio á su obispado, diciendo que en ello no hacia sino llenar las intenciones de su padre. El Santo Obispo fué recibido por los fieles de Alejandría, con todas las muestras de un júbilo extraordinario. Sus enemigos se encarnizaron entónces en perseguirle mas, y tomaron por pretexto que habiendo sido Atanasio depuesto por un concilio, no podia ser restablecido por la autoridad del príncipe. Obligados ellos mismos á rendir homenaje á la suprema autoridad del Obispo de Roma, los arrianos acusaron ante el Papa al patriarca de Alejandría.

Atanasio envió diputados encargados de defender su causa, pero el Papa San Julio, con el objeto de escla-

recer mejor un negocio que turbaba toda la Iglesia, lo citó á Roma. En el interin fué muerto el jóven Constantino, y los católicos perdieron así un poderoso protector.

Los cismáticos, sin esperar la decision del Papa, elevaron á la silla de Alejandria á un Obispo intruso, llamado Gregorio. No hubo violencia que no cometiesen para sostenerlo y obligar á los fieles á reconocerlo. San Atanasio pasó mientras tanto á Roma, donde fué bien acogido por el Soberano Pontífice. Se reunió un concilio que reconoció altamente la inocencia del patriarca de Alejandria. El Papa Julio escribió una carta á los orientales para publicar y motivar su juicio. Rogó al mismo tiempo al emperador Constante que apoyase esta decision. Constante que gobernaba en Occidente, obtuvo en efecto de su hermano Constancio, emperador de Oriente, que consintiese en la vuelta de Atanasio. El regreso de este valeroso defensor de la fé, fué un verdadero triunfo. Los fieles se reunian y se escitaban mutuamente para reconocer así este gran beneficio del Señor. Muchas jóvenes consagraron su virginitad á Dios en señal de reconocimiento. Algunos de los principales enemigos de Atanasio se retractaron, y fueron recibidos en la comunión de la Iglesia; pero nuevas persecuciones estaban reservadas al santo patriarca, á quien los arrianos miraban como al primer defensor de la fé de Nicea. Habiendo sido Constante vencido y muerto por uno de sus vasallos insurreccionados, Constancio vengó su muerte, y se hizo dueño de todo el Imperio. Nadie contrarió entónces sus disposiciones, que eran favorables á los arrianos, y la Iglesia no tardó en ser turbada. Nuevas calumnias dirigidas contra San Atanasio obligaron á comenzar su juicio. Se reunió un concilio en Arlés. Uno de los legados que lo presidian, tuvo la debilidad de suscribir á la condenacion de San Atanasio. En vano el Papa Liberio, sucesor de San Julio, se negó á aprobar esta sentencia; en vano Ozius, respetado en toda la Iglesia, y que despues del concilio

de Nicea habia presidido un gran número de asambleas particulares, escribió á Constancio para hacerlo ceder; el emperador, rodeado por los arrianos, no quiso oir nada. La Iglesia en la cual Atanasio celebraba los santos misterios con todo su pueblo fué invadida por la soldadesca y se hizo el teatro de las mas horribles violencias. Se dirigió una protesta á Constancio, quien lejos de reprimir tales excesos, les dió su aprobacion. San Atanasio se vió de nuevo obligado á dejar su ciudad episcopal, y se retiró al desierto, donde los monjes lo recibieron con el respeto debido á sus virtudes y á sus sufrimientos. Lo ocultaron, y creyeron ir al martirio, exponiéndose, para librarlo de las persecuciones de sus enemigos. El retiro del santo Obispo no fué infructuoso. Confirmó á los monjes en su jenerosa resolucion, é instruidos por sus lecciones, trabajaron con nuevo celo para adelantar en el camino del bien.

Mientras tanto la Iglesia entera estaba desolada; los obispos lejitimos arrojados de sus sillas, veían á los cismáticos elevarse en su lugar. El Papa Liberio fué desterrado. Se reunieron concilios para cambiar la fé de Nicea; pero la verdad tuvo como siempre celosos defensores, y por el momento no prevaleció la herejía. Si los padres del concilio particular de Rímíni, creyeron deber abandonar el término de *consustancial*, en favor de la paz, no suscribieron sin embargo á ningun error, y pronto, testigos de los funestos efectos de su condescendencia, reclamaron contra los que los habian engañado, y protestaron su adhesion á la fé de Nicea. Ademas, ántes de su retraccion habian sido desaprobados por el Papa Liberio, y todos los obispos católicos dispersados. Así pudieron los fieles conocer siempre la verdadera ensenanza de la Iglesia. Cuando Constancio fué dueño de todo el Imperio, Dios suscitó tambien un Atanasio en Occidente. San Hilario, Obispo de Poitiers, tuvo, como el patriarca de Alejandría, la gloria de ser perseguido por haber combatido decididamente á los arrianos; y fué desterrado por órden de Constan-

cio. Pero Dios hizo servir esta injusticia á la defensa de la verdad. El santo Obispo proclamaba por todas partes donde pasaba la fé de la Iglesia; afirmaba á los débiles é ilustraba á los fuertes. Fué á Constantinopla donde solicitó del emperador una conferencia pública para confundir á los arrianos, obligándose sobre todo á probar su perpetua vacilacion en la fé, ese signo característico de la herejía. Los enemigos de la Iglesia no se atrevieron á aceptar el combate, y aun solicitaron del emperador que volviese á enviar á su diócesis á un Obispo cuyo destierro les habia sido tan funesto. Al volver á las Galias San Hilario continuó predicando la verdad. Pronto la muerte de Constancio, vino á quitar á los arrianos su principal apoyo, sin dar, sin embargo, la paz á la Iglesia, que iba á ser puesta á prueba con un nuevo jénero de persecucion.

CAPÍTULO XIV.

Juliano sube al trono.—Apostata.—San Atanasio entra á Alejandría para ser desterrado de nuevo.—Nuevo jénero de persecucion.—Juliano quiere reedificar el templo de Jerusalem.—Perece en una guerra contra los Persas.—Le sucede Joviano.—Valentiniano y Valens.—San Martín, Obispo de Tours.

Juliano, que sucedió á Constancio, era sobrino del gran Constantino, y habia sido bautizado en su infancia. Hasta la edad de veinte y tres años pareció perseverar en el cristianismo. Pero entónces su curiosidad por las ciencias ocultas de los griegos y los secretos absurdos de la májia le hizo entrar en relacion con muchos filósofos paganos, que, aprovechándose de sus disposiciones supersticiosas, consiguieron pervertirlo. Apostató, y se hizo iniciar en los vergonzosos misterios del paganismo. No siendo aun sino César, fué proclamado emperador por sus tropas. Residia entónces en Paris, del cual gustaba mucho, y al que enriqueció con un palacio. Poco despues supo la muerte de Constancio, y no te-



niendo ya nada que temer practicó abiertamente el paganismo. Aun cuando habia concebido el proyecto de destruir la religion cristiana, sin embargo, no se anunció desde luego como perseguidor. Permitió á todos los obispos desterrados que volviesen á tomar posesion de sus sillas, con la esperanza, dice un autor pagano, de fomentar las divisiones. San Atanasio no se atrevió por entónces á hacer uso de este permiso. Siendo dueño de la ciudad, Gregorio, el Obispo intruso á quien los arrianos habian elevado á la silla episcopal de Alejandría, el Obispo lejítimo debió esperar su muerte para volver. Entónces tambien fué recibido en triunfo por los fieles, pero los paganos no tardaron en denunciarlo á Juliano, como al mas temible enemigo de los dioses: —“Si se le deja obrar, dijeron ellos, pronto no habrá un solo idólatra en Alejandría.”—El emperador ordenó que fuese desterrado. Se añade que aun dió la orden de matarlo. San Atanasio dejó la ciudad, y volviendo á entrar á ella secretamente, permaneció oculto hasta la muerte de Juliano. Se vó bien que la moderacion de este apóstata era solo aparente. Hizo una guerra mas hábil y peligrosa que la de las persecuciones. Los cristianos fueron espulsados de los destinos públicos, se cerraron sus escuelas, y se les prohibió enseñar las letras. Juliano despojó las iglesias, revocó todos los privilegios acordados al clero, y quiso obligar al paganismo á imitar todo aquello que no podia ménos que admirar á la Iglesia. De manera que los sacerdotes idólatras recibieron orden de enseñar al pueblo, y se les recomendó que guardasen la castidad; pero estos vanos esfuerzos de Juliano no fueron mas felices que la tentativa que hizo de hacer fallar las profesas de nuestro Señor.

Aunque no quisiera á los judíos, el emperador ordenó que se reedificase el templo de Jerusalem, con el objeto de hacer mentir al Evangelio. Los Israelitas se dirigieron de todas partes, y todos, hombres, niños y mujeres, pusieron manos á la obra con un celo increíble. Bien pronto fueron levantadas todas las ruinas del au-

tiguo templo. Mientras tanto, San Cirilo Obispo de Jerusalen se refa de esta impía tentativa, y anunciaba que ella no serviría sino para que se cumpliese á la letra la profecía de Jesucristo, que habia predicho que no quedaria de aquel magnífico edificio piedra sobre piedra. En efecto, cuando la obra de la destruccion estuvo terminada, un violento temblor de tierra dispersó todos los materiales que ya se habian aglomerado para reedificarlo. Los obreros no se desalentaron, pero habiendo salido de los cimientos globos de fuego, les fué forzoso por último dejar de combatir contra Dios. Un gran número de ellos rindió gloria á Jesucristo y recibieron el bautismo. Este hecho está comprobado por los escritores contemporáneos, así paganos como cristianos. El mismo Juliano conviene, en un escrito que ha dejado á la posteridad, que tuvo el designio de reedificar el templo de Jerusalen, guardando silencio sobre el motivo que le impidió ejecutarlo. Semejante prodigio no hizo sino aumentar el odio de este príncipe contra la religion. Se disponia entónces á llevar la guerra á Persia, y prometió hacer perecer á todos los cristianos á su vuelta. Pero el Señor no le permitió ejecutar este designio. Juliano fué muerto muy al principio de la campaña. Uno de los oficiales del ejército llamado Joviano fué elegido emperador. Era cristiano, y aun habia incurrido en la desgracia de Juliano por negarse á abandonar su fé. Inmediatamente que fué proclamado, declaró á sus tropas que no podia mandar sino á cristianos, porque sin el socorro del cielo no esperaba poder salvarlos de la posicion difícil en que la imprudencia de Juliano los habia comprometido. Todos esclamaron que eran cristianos, y que el último emperador habia reinado bien poco para afirmar el error aun en aquellos mismos á quienes habia seducido. Satisfecho de esta respuesta, Joviano tomó el mando, y consiguió en efecto librar al ejército. Concluyó la paz con el rey de Persia, con condiciones tales que fueron miradas como muy ventajosas, visto el estado desesperado en que se hallaba el ejército romano.

La Iglesia respiró bajo Joviano sinceramente adherido á la fé católica. San Atanasio pudo presentarse de nuevo, y el emperador le acordó toda su confianza, á pesar de los esfuerzos de los arrianos. Llegó hasta pedirle una esposicion de la fé católica. San Atanasio lo contestó desenvolviéndole la fé de Nicea, y haciéndole sentir la necesidad de traer á todas las iglesias á someterse á los decretos de este santo concilio. Pero este príncipe no tuvo tiempo para trabajar en restablecer la unidad; fué encontrado muerto en su cama despues de ocho meses de reinado.

El ejército eligió por emperador á Valentiniano, que se asoció á su hermano Valens, y le dió el Oriente. La Iglesia de Occidente gozó de paz bajo el reinado de Valentiniano, que habia tenido la gloria de confesar la fé ante el mismo emperador Juliano, y que se habia sometido á las decisiones del Concilio de Nicea. La Iglesia de las Galias estaba entónces edificada por las virtudes admirables de San Martin. Este gran servidor de Dios, nacido de padres idólatras, conoció sin embargo la fé á la edad de diez años, entrando en el número de los catecúmenos. Entró en seguida á servir en el ejército, y se distinguió especialmente por su pureza y por su amor á los pobres. Un dia de invierno en que el frío era muy riguroso, encontró en las puertas de Amiens un pobre casi desnudo. No teniendo él mismo mas fortuna que su equipaje, tomó su capa, la partió en dos con su espada, y dió una mitad al pobre. A la noche siguiente se le apareció el Señor con la mitad de la capa, y dijo á los ángeles que lo acompañaban.—“Martin, catecúmeno aun, me ha revestido con este manto.”—Esta vision inspiró á Martin un deseo mas vivo de recibir el bautismo. Luego que obtuvo esta græcia, consiguió dejar el servicio, y atraído por la reputacion de San Hilario, Obispo de Poitiers, se retiró con algunos discípulos á dos leguas de esta ciudad. Salió algunas veces de su retiro para predicar la fé á los paganos. Dios se dignó autorizar su celo por medio de milagros. Su reputacion

se estendió por todas las Galias, y la ciudad de Tours lo pidió por Obispo. Fué necesario forzarlo, porque se consideraba indigno de tal dignidad. Vivió en el episcopado tan pobre y tan humilde, como cuando era simple monje. Respetado del emperador, aun de los mismos herejes, y rodeado de la veneracion de los pueblos, combatió triunfantemente todos los errores que se levantaron en su tiempo. Despues de haber gobernado veinte y seis años la Iglesia de Tours, sintió que su fin se aproximaba, y dijo á sus discípulos que no tardaría en morir. Tenia entónces ochenta años, y sin embargo, á pesar de la fiebre que lo devoraba no dejaba de pasar una parte de las noches en oracion y acostarse sobre el cilicio y la ceniza. Sus numerosos discípulos lo rodeaban anegados en lágrimas, y le decian:—"Padre mio, por qué nos dejáis? los lobos carníceros se arrojarán sobre vuestro rebaño."—Conmovido por su afliccion el mismo San Martín no podía ménos que derramar lágrimas y esclamar:—"Señor, si soy aun necesario á vuestro pueblo, no rehúso el trabajo."—Pero la hora de la recompensa habia llegado. No cesaba de mirar al cielo, á fin, decia él, que el alma tomase su vuelo para ir hasta Dios. Espiró dulcemente, y su semblante se manifestó en aquel momento revestido de un admirable resplandor. Se cuentan pocos santos cuya memoria se haya tenido en tanta veneracion en la Iglesia. Un escritor contemporáneo llegó hasta decir, que las Galias, despues de haber oido á San Martín, no tenia nada que envidiar á la Grecia, que habia oido la predicacion de San Pablo.

CAPÍTULO XV.

Valens persigue á la Iglesia.—Principios de San Basilio.—San Sabbas profesa la fé de Nicea.—Valor de los católicos.—San Basilio ante el prefecto Modesto.—Endurecimiento de Valens.—Su muerte.

Valens renovó en Oriente las persecuciones del empe-

rador Constancio. San Atanasio, siempre el primer objeto del odio de los arrianos, tuvo que huir y ocultarse por la cuarta vez; pero no permaneció sino meses en el destierro. El mismo Valens, de temor de su hermano Valentiniano, no se atrevió á perseguir por mas tiempo á tan grande hombre. Le permitió volver á Alejandría, donde San Atanasio acabó en paz los últimos seis años de su vida. No contento con espulsar á los obispos de su silla, Valens llegó hasta el extremo de derramar la sangre de aquellos que tuvieron la audacia de reprocharle su conducta. Ochenta sacerdotes, diputados por la Iglesia de Constantinopla para quejarse al emperador de las violencias cometidas por los arrianos, fueron sentenciados á muerte, y ejecutados. Sin embargo, Dios siempre fiel á su Iglesia, habia levantado sobre una de las principales sillas del Oriente á un santo Obispo cuya virtud y valor supieron imponer á Valens. San Basilio, siendo simple sacerdote de la Iglesia de Cesarea, habia resistido ya fuertemente á los arrianos. A la muerte de su Obispo, cuya autoridad ejercia él, fué elegido para sucederle, y á pesar de la oposicion poderosa que los enemigos de la verdad procuraban suscitar contra él, se condujo con tanta prudencia y tanta firmeza, que su autoridad fué respetada de todos. Escribió á San Atanasio y al Papa Damaso, para incitarlos á remediar los males de la Iglesia. Pero por muchos esfuerzos que hiciese el Soberano Pontífice, nada le era posible contra la obstinacion del emperador, que habia prometido al Obispo arriano, de cuyas manos habia recibido el bautismo, de perseguir sin tregua á los católicos. El emperador se hallaba entónces en Antioquia, donde cumplia cruelmente este ímpio compromiso. Los arrianos que nada perdonaban para combatir la fé, pretendieron apoyarse en la opinion de San Julian Sabbas, ilustre solitario. Aencio, que habia sido educado en la vida monástica, fué enviado por los obispos cerca del santo, con el objeto de invitarlo á dejar su retiro para que viniese á profesar su fé. El anciano pasó inmediatamente á Antio-

quia, donde profesó altamente la divinidad de Jesucristo, y Dios permitió que apoyase con un gran número de milagros este testimonio que daba á la verdad.

Todos los cristianos comprendieron entónces que era para ellos un deber no dejar dudas sobre la integridad de la fé. Se vió á un gran número de monjes abandonar los desiertos y recorrer las ciudades animando á sus hermanos á permanecer fielmente adheridos al símbolo de Nicea. En Edeso, Valens habia desterrado al Obispo católico, y puesto en su lugar á un pastor cismático y arriano. El pueblo no queriendo tener comunicacion con este intruso, se reunió fuera de la ciudad. El emperador ordenó al prefecto Modesto que disipase aquel tumulto. Este oficial aunque era arriano, hizo advertir secretamente á los católicos que tenia orden de castigar á todos los que se encontrasen en las asambleas. La reunion se hizo por lo mismo mas numerosa, y cuando Modesto salia con la tropa para dispersarla, encontró á una mujer que corria hácia el lugar designado. La detuvo y le preguntó si no sabia el peligro que la amenazaba. Esta mujer contestó que él le daba mas prisa, pues no queria perder la ocasion de sufrir por Jesucristo. Modesto volvió á ver al emperador, para convencerlo á que renunciase á inútiles violencias. Valens resolvió entónces contemporizar con el pueblo, pero resuelto á perseguir á los sacerdotes y sobre todo á los obispos. Despues de la muerte de San Atanasio, San Basilio era el mas ilustre defensor de la verdad. El emperador ordenó al prefecto Modesto que obligase al santo Obispo á comunicar con los arrianos. San Basilio fué citado ante el tribunal del majistrado, quien rodeado de todo el brillo de su poder, le intimó las órdenes del emperador, procurando vencer su resistencia por medio de insinuaciones: pero no pudiendo conseguir nada, se enfureció y dijo: —No temeis sentir los efectos de mi autoridad? —Cuáles son? contestó San Basilio.—La confiscacion, el destierro ó la muerte, dijo el prefecto. San Basilio contestó: “Hacedme cualquiera otra amenaza si podeis,

nada de eso me importa. No temo la confiscacion porque no poseo mas que estos andrajos que me cubren, y ademas algunos libros. No conozco el destierro, mi patria está en todas partes porque el universo pertenece á Dios. La muerte seria para mí una gracia porque me reuniría mas prontamente á Dios." Sorprendido el prefecto Modesto de semejante firmeza, exclamó: —Nadie me ha hablado jamas con tanta audacia.—"Es que, contestó San Basilio, no habreis encontrado con algun Obispo. Mansos con todos los hombres cuando se trata de Dios, no consideramos sino á él únicamente, y ningun suplicio nos hace doblegar."—Modesto le dijo entónces hablando con mas moderacion: "Contad al ménos por algo tener en vuestra Iglesia al emperador por auditor, que no os pide sino que altereis una sola palabra en el símbolo."—Basilio contestó:—"Cuento en mucho tener al emperador en la Iglesia, mucho es salvar un alma; pero no cambiaré una sola palabra al símbolo."—El prefecto Modesto despidió á San Basilio y fué á ver á Valens.—"Hemos sido vencidos, dijo al príncipe; este Obispo es superior á las amenazas, y no nos queda mas recurso que la violencia."—Valens no juzgó prudente hacer uso de ella, y pasó aun á la Iglesia para asistir al oficio. El recojimiento del Pontífice y la piedad de los fieles le hicieron tal impresion que tembló, y fué necesario que los que le acompañaban lo sostuviesen. Pero la gracia hablaba en vano al corazon de este príncipe impío. Habiendo caido peligrosamente enfermo uno de sus hijos, San Basilio obtuvo por sus ruegos la curacion del jóven príncipe, con la condicion de que seria educado en la fe católica. El emperador luego que vió su hijo sano olvidó su promesa y lo entregó á los arrianos. Poco tiempo despues otra enfermedad se lo arrebató. Invitado por los arrianos quiso firmar una sentencia contra Basilio, por tres veces la pluma se hizo pedazos en sus manos, y por último le sobrecojió un temblor tal, que él mismo hizo pedazos el decreto. A pesar de tantas advertencias perseveró en su odio contra la

verdad. Posteriormente vencido y herido en una batalla que dió á los bárbaros, pereció miserablemente en una cabaña á donde lo habian conducido, y á la cual los enemigos incedieron sin saber que en ella se hallaba el emperador.

CAPÍTULO XVI.

Graciano asocia á Teodosio al Imperio.—San Gregorio de Nazianzo.
—La herejía de Macedonius es condenada.—San Juan Crisóstomo.
—Cisma de los donatistas.

Después de la muerte de Valens, el emperador Graciano llamó á todos los obispos católicos desterrados, y volvió la paz á la Iglesia. Asoció á Teodosio al imperio, príncipe de raro mérito, y á quien Dios habia destinado para reparar los males causados por la herejía. La Iglesia de Constantinopla, era, de todas las iglesias de Oriente, la que se hallaba mas desolada. Hacía cuarenta años que los arrianos dominaban en ella, y las lecciones de la verdad casi habian cesado de hacerse oír. Por último, los católicos protegidos por el emperador, se reunieron y eligieron por Obispo á Gregorio de Nazianzo. Este santo Pontífice después de haber gobernado por algun tiempo la Iglesia de Nazianzo, vivía retirado en la soledad, exclusivamente entregado á la oracion y á la meditacion de la escritura. Íntimo amigo de San Basilio desde su mas tierna edad, habia dado siempre el ejemplo de todas las virtudes. El mismo nos cuenta cuál era su vida en Atenas cuando estudiaba bellas letras con su amigo.—“Los dos nos proponiamos el mismo fin, dice él; buscábamos el mismo tesoro, la virtud. Pensábamos hacer eterna nuestra union preparándonos á la bienaventurada inmortalidad. Nos exortábamos mutuamente á la piedad, y no teniamos relaciones con aquellos compañeros nuestros de costumbres desarregladas, sabiendo que los malos ejemplos son como las enfermedades contagiosas, que se comunican fácilmente. No

conocíamos en Atenas sino dos caminos, el de las iglesias y el de las escuelas. Desconocíamos absolutamente los que conducían á las fiestas mundanas y á los espectáculos.”—Bello ejemplo que imitar para tantos jóvenes que vienen á buscar la ciencia en medio de nuestra moderna Atenas.

San Gregorio se negó al principio á renunciar á su vida oscura y tranquila. Pero al fin se dejó vencer por las representaciones de sus amigos, y despues de muchas pruebas consiguió despertar la fe en la importante y numerosa Iglesia de Constantinopla. No solo tenía que combatir á los arrianos, sino tambien una nueva herejía enseñada por Macedonius, á quien el favor de Constancio habia elevado á la silla episcopal de Constantinopla. Este hereciarca negaba la divinidad del Espíritu Santo. San Gregorio lo refutó sólidamente en una série de discursos que se conservan todavía, y tuvo el consuelo de ver condenado este error peligroso en el concilio de Constantinopla, que él mismo presidió. Aunque este concilio no fué compuesto sino de los obispos del Oriente, se lo consideró como ecuménico, en razon á que el Papa y los obispos del Occidente le dieron su aprobacion. Confirmó el símbolo de Nicea, añadiéndolo á agregarle algunas palabras mas para expresar mas claramente aun la divinidad del Espíritu Santo. San Gregorio de Nazianzo renunció en esta asamblea el peso del episcopado, que sus enfermedades y avanzada edad le hacian casi imposible sustentar por mas tiempo. Fué reemplazado por Nectario, quien despues de haber gobernado la Iglesia de Constantinopla por el espacio de diez y seis años, tuvo por sucesor á San Juan Crisóstomo.

Esto ilustro doctor, era sacerdote de Antioquia, donde su elocuencia y sus virtudes lo habian hecho amar de todos los habitantes. No costó poco trabajo arrancarlo á la afeccion de los fieles de esta Iglesia para elevarlo á la silla patriarcal de Constantinopla. Su vijilancia pastoral y su admirable elocuencia, consiguieron co-

reír un gran número de abusos; pero por muy ilustrado que fué su celo no por eso dejó de acarrearle poderosos enemigos. Desterrado dos veces, por una sentencia injusta, apeló á la autoridad del Papa Inocencio I., quien condenó á sus acusadores. El santo prelado no dejó por eso de morir en el destierro. Así es como los obispos de las primeras sillas tanto en Oriente como en Occidente rendian homenaje á la autoridad suprema del Pontífice Romano. Se palpaban los innumerables males que resultaban del menosprecio de esta saludable autoridad. Una cuestion de poca importancia que tuvo lugar bajo el reinado de Constantino, habia introducido la mas funesta division en la Iglesia de África. Habiendo sido Ceciliano instituido Obispo de Cartago, algunos revoltosos, á cuya cabeza estaba Donato contestaron la legitimidad de ella. El asunto fué llevado al Papa, que reconoció la inocencia de Ceciliano y lo confirmó en su silla. Los donatistas se negaron á someterse á esta decision, y llegaron al extremo de pretender que la Iglesia se estraviaba, y que su partido era el único que poseía la verdad. Se entregaron á horribles exesos, saquearon las iglesias, y quisieron forzar á los fieles á recibir de sus manos un segundo bautismo, porque segun ellos, era nulo el recibido fuera de su comunión. San Agustin Obispo de Hipona, y una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, logró reducir un gran número de estos cismáticos. Debió en gran parte su buen éxito á la jenerosidad de los obispos católicos, que se prestaron á ceder sus sillas á los obispos afiliados en el cisma, con tal que consintieran volver á la unidad. Aunque el partido del cisma hubiese disminuido, sin embargo, no se apagó del todo, porque vemos dos siglos despues, al Papa San Gregorio escribir todavia al primado de África para despertar su celo contra los donatistas, que procuraban rebautizar de nuevo á los fieles.

—62—
CAPÍTULO XVII.

San Ambrosio y San Agustin. — Pelajio niega el pecado orijinal y la necesidad de la gracia.—Es condenado.—San Agustin refuta a los semipelajianos cuya doctrina es igualmente reprobada por la Iglesia.—San Gerónimo traduce la Santa Escritura.

Dios, que compensó siempre las gracias con los peligros, era entónces pródigo para con la Iglesia de grandes jénios que reunian las mas altas virtudes. Hemos visto las herejías del Oriente combatidas y refutadas por San Basilio, San Gregorio de Nazianzo y San Juan Crisóstomo. Los errores igualmente peligrosos que surjieron en Occidente, fueron atacados y confundidos por doctores no ménos célebres; tales como San Gerónimo, San Agustin y San Ambrosio. Entre los dos últimos se establecieron estrechos vínculos de amistad, que hacen recordar los que unieron á San Basilio y San Gregorio. Míentras que los doctores de la Iglesia de Oriente se habian sostenido mutuamente para preservarse de los peligros del mundo y sus pasiones, y habian continuado amándose como hermanos, relaciones de otra naturaleza fueron las que ligaron mas estrechamente á ambos doctores de la Iglesia de Occidente. Agustin dotado de una imajinacion brillante y de un jénio ardiente, se habia abandonado durante su juventud á todo el fuego de las pasiones. Vino á Milan á enseñar retórica, y allí oyó con asiduidad los sermones de San Ambrosio, cuya elocuencia lo encantaba. Así fué como la verdad penetró en su corazon. Los ruegos de su madre, y sus conversaciones particulares con el santo Obispo de Milan, acabaron por convencerle. Pero era necesario romper la cadena de las habitudes depravadas, y para resolverse á ello tuvo que hacer un violento esfuerzo. Derramaba lágrimas, arrojaba gritos, indignado de no sentirse con bastante valor para hacer aquello que estaba convencido que era bueno. Por último la lectura de un pasaje de las Epístolas de San Pablo, acabó por

determinarlo. En el momento de volver á Dios esclamó:—“Os bendigo, Señor, porque habeis roto mis lazos, y os ofreceré por ello mis alabanzas en sacrificio.”—Recibió el bautismo de manos de San Ambrosio, y despues de haber cerrado los ojos de Santa Mónica, su madre, que parecia no haber esperado sino la conversion de su hijo, para dejar al mundo, volvió á África donde habia nacido, y no tardó en ser ordenado sacerdote, á pesar de las lágrimas que le hacia verter el temor de no llenar dignamente los deberes del sacerdocio. Despues de la muerte de su Obispo todo el pueblo le llamó á sucederle.

Tales eran las luces, siguiendo la palabra de nuestro Señor, que debian ser colocadas en el gran candelero para iluminar á los fieles, á quienes la herejía se esforzaba en estraviar. Pelajio empezaba á sembrar entonces sus peligrosas doctrinas. Negaba el pecado original y la necesidad de la gracia. Esto era derribar toda la doctrina de la fé, que reposa sobre la creencia de la caída del hombre, y la necesidad de un reparador. El heresiarca predicó estas novedades en Roma, aunque con alguna reserva, de temor de alarmar los espíritus. Consiguio ganarse un discípulo llamado Celestius, mas atrevido y sagaz que él talvez, con quien pasó á África, donde Celestius enseñó abiertamente sus errores. San Agustin lo refutó en sabios escritos, y dos concilios particulares de Cartago y Milevo, lo condenaron igualmente, sometiendo sus decretos al Papa Inocencio, á quien rogaron que los confirmase. El Papa contestó por medio de una carta en que definia con exactitud la doctrina de la Iglesia y condenaba á Pelajio y Celestius. Despues de esta solemne sentencia, Agustin consideró la causa como terminada.—“Roma ha hablado, dijo este santo doctor, la causa está terminada, quiera Dios que el error tambien lo esté.”—En estas últimas palabras se ve como una triste prevision de la obstinacion de los herejes que solo hablan de sumision, y luego que son condenados perseveran en sus errores.

Habiendo muerto el Papa Inocencio, Polajio y Celestius se esforzaron en engañar á Zózimo, su sucesor, por medio de una aparente sumision. Pero los obispos de África que conocian á fondo la doblez de estos innovadores, suplicaron al Papa que sostuviese la sentencia contra los herejes dada por Inocencio, mientras que no hubiesen anatematizado clara y explícitamente sus errores. El Papa Zózimo examinó entónces la causa con mas cautela, y aprobó todas las decisiones de los obispos de África. Los herejes apelaron entónces á un concilio jeneral. Pero San Agustín demostró con mucha facilidad lo inútil ó ilusorio de esta apelacion, puesto que todos los obispos desparramados habian recibido con sumision los decretos del Papa. La herejía de Pelajio era demasiado opuesta á los principios de la fé para engañar por mucho tiempo á los que respetaban aun las Santas Escrituras. Así fué que sus discípulos trataron de suavizar su error, para alarmar ménos á los espíritus. Los semi-pelagianos, cuyos principales jefes eran algunos sacerdotes de Marsella, admitieron el bautismo y la necesidad de la redencion. Pero pretendieron que si el hombre tenia necesidad de la gracia para practicar todas las virtudes cristianas, podia, al ménos por sus solas fuerzas merecer este don sobrenatural, hacerse digno de recibir la fé y estar predestinado á la gloria. San Agustín atacó á la herejía en este refugio, y mostró que la primera gracia y la fé eran absolutamente gratuitas, que el hombre no podia merecerlas, y que no las debia sino á la pura y libre bondad de Dios. Esta doctrina claramente enseñada por el apóstol San Pablo, fué definida contra los semi-pelagianos por el Papa San Celestino y por el concilio de Oranje.

San Gerónimo á quien el amor de la penitencia habia conducido á las ardientes soledades de la Siria, despues de haberle hecho abandonar las delicias de Roma, participó tambien de los combates de San Agustín contra los semi-pelagianos. Pero este ilustre doctor se hizo célebre especialmente por sus trabajos sobre la Santa

Escritura. La antigua version itálica, que entonces se usaba en la Iglesia, no reproducía el texto original con toda la exactitud que era de desearse. San Gerónimo resolvió hacer una nueva traducción. Perseguido en su soledad por el recuerdo de los placeres de Roma, le costaba mucho trabajo alejar de sí estas imágenes peligrosas. Después de haberles opuesto las austeridades más terribles, y los más continuos ruegos, procuró distraerse entregándose á un estudio útil y árido á la vez. Aprendió el hebreo, y consiguió á fuerza de trabajo adquirir un conocimiento profundo de este idioma. La traducción que hizo de los libros Santos es conocida bajo el nombre de Vulgata. Es la única recibida en la Iglesia latina.

CAPÍTULO XVIII.

Nestorius enseña que hay dos personas en Jesucristo.—Es refutado por San Cirilo y condenado por el Papa San Celestino y el concilio de Efeso.—Herejía de Eutiques.—Carta de San Leon.—Concilio de Calcedonia.—San Leon detiene á Atila.—Fin del imperio de Occidente.

El Papa San Celestino vió levantarse en Oriente otro error no ménos peligroso, que el semi-pelagianismo, que él había condenado. Nestorius Arzobispo de Constantinopla, se atrevió á enseñar que había dos personas en Jesucristo, y que por consecuencia el Verbo no se había hecho carne, y la Virgen Santa no se podría llamar Madre de Dios. La creencia católica es que en el Salvador la divinidad está de tal modo unida á la humanidad, que no forma sino una sola persona, que es la del Hijo de Dios, y que así todas las acciones de Jesucristo son acciones divinas que pueden atribuirse realmente á Dios. Se debe, pues, decir: Dios ha sido concebido, Dios ha nacido y llamar á la Virgen Santa Madre de Dios. Así tambien el hombre compuesto de un cuerpo y de un alma no forma dos personas, sino una sola á la

cuál son atribuidas todas sus acciones, aun aquellas que son exclusivamente propias del cuerpo; y aunque la mujer no tenga participacion alguna en la formacion del alma, sino únicamente en la del cuerpo, es sin embargo llamada Madre del Hombre, porque aquel que ella da á luz es verdaderamente Hombre, como era verdaderamente Dios el que la Virgen dió á luz. Se concibe, pues, que rehusar á María el nombre de Madre de Dios, es aniquilar al misterio de la Encarnacion. Cuando Nestorius se atrevió á predicar esta doctrina á su pueblo, los fieles se taparon los oídos y dejaron la Iglesia, manifestando así su horror por tales innovaciones. Prueba manifiesta de la antigüedad de la fé católica y de la persuacion en que estaban los cristianos, que nunca se opondrian demasiado contra cualquiera que enseñase otra cosa que lo que hasta allí habia sido enseñado. Este hecho es muy importante, porque él manifiesta cuán poco derecho tienen los herejes de nuestros dias para sostener que la doctrina apostólica se ha alterado insensiblemente. Imposibilitados para asignar ninguna época fija al cambio del cual puedan hacer datar la diferencia que ellos pretenden que existe entre la doctrina actual y la de los primeros siglos, se lanzan en esta vana consuecion, que está contradicha por los hechos, la más invencible de todas las pruebas. No solamente los pastores, sino los simples fieles, velaban porque nada se cambiase á lo que se habia predicado desde el principio.

San Cirilo, Obispo de Alejandría, á quien Dios habia destinado para combatir la nueva herejía, publicó un escrito en que explicaba y defendia la fé católica. Despues de haber exortado vanamente á Nestorius, escribió al Papa San Celestino para que dirijiese su conato sobre este nuevo error. Es el Obispo de unas de las primeras sillas del Oriente que cita al mismo patriarca de Constantinopla ante el tribunal de Roma. Así la antigüedad nos suministra una multitud de pruebas del respeto y la sumision de todos los verdaderos fieles por la Santa Sede. San Celestino condenó á Nestorius haciendo

muchos elogios del celo de San Cirilo. Teodosio el Joven, emperador de Oriente, quiso reunir un concilio para dar mas solemnidad á esta decision; y lo reunió en Efeso, donde parece que la Virgen Santa fué particularmente honrada. Los Santos Evangelios fueron colocados ante los obispos. Habiendo citado á Nestorius, éste rehusó comparecer. Entónces se examinaron sus escritos. Se leyó la carta de San Celestino y los testimonios de los mas antiguos y venerados padres, y el concilio declaró que la Santísima Virgen debia ser llamada Madre de Dios, siguiendo en esto la perpetua tradicion de la Iglesia. Luego que esta decision fué conocida, las aclamaciones del pueblo manifestaron cuan amantes de María eran los fieles. Toda la ciudad resonó en alabanzas á la Madre de Dios. Es notable que poco mas de tres siglos ántes, el pueblo de Efeso se habia levantado contra el apóstol San Pablo, intentando hacerle perecer por vengar el honor de un ídolo que tenia en aquella ciudad un templo famoso en todo el Asia. Los partidarios de el heresiarca hicieron grandes esfuerzos para engañar al emperador sobre la verdadera decision del concilio. Acabó sin embargo por recibir una relacion exacta, y desterró á Nestorius, que se negaba á someterse.

El espíritu inquieto y razonador de los griegos hizo nacer una nueva herejía de la misma discusion que se opuso al nestorianismo. Eutiques, superior de un monasterio cerca de Constantinopla, al defender la unidad de la persona en Jesucristo, pretendió tambien que habia unidad de naturaleza. Es asombroso que un dogma tan absurdo haya tenido partidarios. Cómo concebir que pueda haber confusion, combinacion entre la naturaleza divina y la naturaleza humana, entre lo infinito y lo finito, que resulte el compuesto de una sola naturaleza simple? Tal es sin embargo la debilidad del hombre cuando se hace esclavo de sus propias concepciones, que esta herejía fué mucho mas tenaz que la que le era opuesta. San Flaviano, patriarca de Constantinopla, la condenó á su aparicion. Eutiques apeló al soberano Pon-

tífico San Leon, quien, luego que recibió por Flaviano conocimiento del asunto, confirmó la condenacion de este, escribiéndole una carta admirable, en la que desenvuelve el misterio de la Encarnacion. Los herejes intrigaban entre tanto, siguiendo en esto su costumbre, y consiguieron sorprender por tales medios la buena fé del emperador. Algunos obispos se reunieron en Efeso. Todo allí fué obra de la violencia. Eutiques fué absuelto y San Flaviano condenado. El Papa San Leon anuló el procedimiento irregular del concilio de Efeso, y habiendo poco despues sucedido Marciano á Teodocio, se reunió un concilio jeneral en Calcedonia. Los Padres despues de haber escuchado en silencio la lectura de la carta de San Leon á San Flaviano, exclamaron á una voz:—"Pedro ha hablado por la boca de Leon. Tal es nuestra fé, tal es la fé de la Iglesia."—Se redactó en seguida una profesion de la fé, en que despues de hacer mencion de los símbolos de Nicea y de Constantinopla, los obispos añadieron:—"Declaramos que se debe confesar un solo y único Jesucristo nuestro Señor, verdaderamente Dios y verdaderamente Hombre perfecto en una y otra naturaleza, consubstancial con el Padre en cuanto á la divinidad, y con nosotros en cuanto á la humanidad."

San Leon fué uno de los mas ilustres obispos que ocuparon la silla apostólica. Ilustró á la Iglesia por sus escritos, y tuvo la gloria de salvar á Roma de los furores de Atila. Este bárbaro, llamado el azote de Dios, amenazaba destruir la capital del mundo, á punto que San Leon le fué enviado para hacerle proposiciones de paz. El noble é imponente rostro del Pontífice impresionó al feroz conquistador, y Dios ablandó este corazon inflexible por la palabra de su ministro. Los unos se retiraron mas allá del Danubio con la promesa de ajustar la paz; pero la Italia, que no estaba ya defendida por sus emperadores, no podia preservarse por mucho tiempo de la dominacion de los bárbaros. Odoacro, rey de los Herules, dueño de Roma y de toda la Italia en 476, destruyó el imperio de Occidente. Las numerosas pro-

vincias de este vasto imperio fueron invadidas por una multitud de bárbaros, de oríjen y costumbres diferentes. La Iglesia fué la única que permaneció en pié, abriendo su seno á estas poblaciones nuevas, que consiguió instruir y civilizar al travez de los siglos de la edad media, y con las cuales formó los pueblos modernos, tan dispuestos hoy á revelarse contra su madre.



TERCERA EPOCA.

[COMPRENDE 146 AÑOS.]

*Desde la caída del Imperio de Occidente. Año de
J. C. 476, hasta la huida de Mahoma.
Año de J. C. 622.*

CAPÍTULO XIX.

Conversion de Clovis.—Santa Genoveva.—San Benito da una regla á los monjes de Occidente.—Condénacion de los tres capítulos.—San Gregorio envía al monje Agustín á Inglaterra.

Entre las útiles y gloriosas conquistas de la Iglesia en esta época, debe colocarse en primera línea la conversion de Clovis. Las Galias, abandonadas ó mal defendidas por los romanos habian sido invadidas por los francos, pueblo belicoso salido de la Germania. Clovis su rey casó con Clotilde, hija de Chilperico, rey de los Burguñones. Esta princesa llena de piedad, puso su conato en ilustrar á su esposo y hacerle abandonar el culto de los ídolos. Clovis estaba bastante dispuesto á es-

cuchar las lecciones de la verdad, y permitió á la reina que hiciese bautizar á su hijo, y aunque la muerte se lo arrebató luego, el rey no se opuso á que fuese bautizado un segundo hijo que le dió Clotilde. Pero era necesario algun acontecimiento notable que fijase las vacilaciones de un príncipe guerrero sobre todo, y que no pensaba sino en consolidar y estender sus conquistas. El Señor que sabe atraer los hombres hácia él por caminos diferentes, mostró á Clovis que era dueño de dar la victoria á quien quisiera, y desde entónces el rey bárbaro abandonó el culto de los ídolos para consagrarse al del Dios que lo habia hecho vencer. En una batalla contra los Alemanes, en las llanuras de Tolbiac, los Francos empezaban á perder terreno, cuando Clovis invocó al Dios de Clotilde, ó inmediatamente su ejército cobró nuevos bríos, el terror cundió entre los enemigos que huyeron y fueron muertos casi todos. En una manifestacion semejante, el nuevo Constantino reconoció la omnipotencia del Señor, y desde entónces no tuvo otro deseo que el de instruirse en la fé. Sus compañeros de armas, testigos como él del prodigio que les habia dado la victoria, imitaron casi todos la conversion de su jefe. La víspera de la Natividad fué el dia elegido para el bautismo de estos nuevos catecúmenos. San Remigio, Obispo de Reims, que habia instruido á Clovis, dió á esta ceremonia la mayor pompa posible. Comprendia la necesidad de horir la imaginacion grosera de los bárbaros. El Papa Anastasio recibió con mucha alegría esta feliz nueva, y escribió á Clovis felicitándolo.

La Iglesia de Francia tenia entónces un gran número de santos. Dios quiso multiplicar el ejemplo de las mas altas virtudes, con el objeto de hacer comprender á los bárbaros la pureza de la moral evanjélica. Un jóven de oscuro nacimiento se distinguió entre todos estos ilustres servidores de Dios por la santidad de su vida. Genoveva, simple pastora, habia consagrado desde su primera juventud su virginidad al Señor; practicando la penitencia y consagrándose constantemente á la oracion.

Atila marchaba sobre Paris, cuando Genoveva tranquilizó á sus conciudadanos prometiéndoles que Dios alejaría el azote. Trepidaban en creerle, pero pronto se supo que Atila vencido por Aecius, se habia visto obligado á retirarse del otro lado del Rin. Apesar de sus austeridades vivió hasta una edad muy avanzada, ó invocada siempre despues de muerta, ha continuado en proteger á la ciudad de Paris, de la que es patrona.

En medio de los desórdenes que la invasion y las conquistas de tantos pueblos bárbaros sembraban en el Occidente, la Iglesia tenia necesidad de una disciplina severa para no ver perecer sus mas santas instituciones. Dios hizo aparecer entónces á San Benito para dar una nueva forma á la órden monástica de Occidente. Los claustros eran el único asilo de las ciencias y frecuentemente de las virtudes. Respetados y enriquecidos por los bárbaros, presentaban el ejemplo de una paz profunda en medio de las perpetuas guerras que despedazaban al mundo. Cuan importante no era pues, introducir en estos santos retiros, tan indispensablemente necesarios en aquella época, todas las habitudes de regularidad del trabajo y de la obediencia! San Benito lo consiguió: su regla verdaderamente inspirada por Dios, fué adoptada por todos los monjes de Occidente. El monasterio mas célebre que haya fundado es el del Monte-Cassino, en el reino de Nápoles. Habia entónces en aquella montaña un templo á Apolo; San Benito consiguió hacerlo derribar y convertir á los habitantes de los alrededores. Dios concedió á su servidor el don de los milagros y de las profecías. La reputacion de sus virtudes se extendió á lo léjos; envió discípulos para que fundasen monasterios en Francia. Poco ántes de su última enfermedad predijo su muerte. El Papa San Gregorio ha escrito su vida, y ha hecho los mas grandes elogios de la regla que legó á sus discípulos.

Mientras tanto los herejes continuaban agitando en Oriente por debilitar la autoridad de los concilios que los habian condenado. Tres escritos, conocidos bajo el

nombre de los tres capítulos, habian sido publicados en tiempo de Nestorius en favor de su herejía. Dos de los autores habian concurrido al concilio de Calcedonia, y habiendo muerto el tercero, se habian unido á sus colegas en la condenacion de Eutiques; y como se hubiesen retractado de sus propios errores, se habia aprobado su persona sin pronunciar sobre sus obras. Los Eutiquianos, con la esperanza de debilitar la autoridad del concilio, persiguieron la condenacion de los tres capítulos. Despues de muchísimos debates se reunió un nuevo concilio en Constantinopla, que reprobó estos escritos realmente perniciosos, declarando que no por esto pretendia atacar al concilio de Calcedonia, que fué recibido con el mismo respeto que los tres que le habian precedido. El Papa, que habia condenado ya los tres capítulos, aprobó esta decision, y este concilio de Constantinopla fué considerado como el quinto concilio jeneral. Es importante ver á la Iglesia examinar y proscribir los escritos que juzgó peligrosos, y prohibir la lectura á los fieles. Este poder que ha ejercido desde la mas remota antigüedad no se ha debilitado en ella, y no ha cesado de tener derecho á la sumision de todo católico verdadero.

Apesar de los esfuerzos de la herejía, la Iglesia extendía sus conquistas; los Vándalos en España, los Burgundiones en las Galias y los Lombardos en Italia, abandonaron el arrianismo. La Gran Bretaña, llamada Iuglaterra despues que fué conquistada por los Anglo Sajones, habia caido de nuevo en la idolatría. La fú so habia establecido allí en tiempo de Tertuliano y de Orsienes, allí fué donde San Albano sufrió el martirio durante la persecucion de Diocleciano. En el concilio de Arlés, en 314, se ve á los obispos de York y de Lóndres. Pero la guerra y las conquistas de los bárbaros habian estinguido casi enteramente la fú en aquellas comarcas, que, separadas del resto del continente, estaban fuera de la sollicitud pastoral de los papas. Sin embargo la Iglesia Romana, madre de todas las iglesias, no cesaba

de velar sobre sus hijos extraviados. San Gregorio, que, antes de subir á la silla apostólica, había querido ir á predicar la fé á estas islas, envió, luego que fué Papa, al monje Agustín con cuarenta misioneros. Dios bendijo su predicación, la fé se reanimó entre los antiguos habitantes de la isla, y multitud de idólatras vino á recibir el bautismo. San Agustín queriendo dar una forma regular á esta Iglesia naciente, pasó á las Galias, con el objeto de recibir la consagración episcopal de manos del Obispo de Arlés, vicario del soberano Pontífice, y estableció su silla en Cantorbery. Operó numerosos y sorprendentes milagros, San Gregorio le escribió dándole saludables avisos, y poniéndolo en guardia contra el peligro de la vanagloria:—"Recordad, le decía, que este poder de operar milagros os es dado no para vos sino para los demás. Vos sabéis lo que dice la verdad misma en el Evangelio: Muchos vendrán á decirme: Hemos hecho milagros en vuestro nombre, y yo los diré que no los he conocido jamás."—San Gregorio ha dejado muchos escritos de excelente moral. Teniendo una salud muy débil, gobernó la Iglesia en tiempos muy difíciles, llevando á cabo reformas de la mayor importancia. Se vió obligado á hacer frente al patriarca de Constantinopla que empezaba á querer erijirse en soberano Pontífice.



Carmen Narvaes

CUARTA EPOCA.

[COMPRENDE 178 AÑOS.]

*Desde la huida de Mahoma, Año de J. C. 622, hasta,
el restablecimiento del Imperio de
Occidente, Año de J. C. 800.*

CAPÍTULO XX.

La fé se debilita en Oriente.—Mahoma.—Victorias de los Persas.
—Heracleo conquista la verdadera cruz.—Herejía de los monotélitas.
—San Bonifacio apóstol de la Alemania.

La fé decaía en Oriente. La ambición de los obispos de Constantinopla tendía á romper los vínculos de la unidad, y el espíritu indagador de los griegos multiplicaba la sutilidad y los errores sobre cada uno de los dogmas revelados. Pero un peligro mayor amenazaba á estas iglesias tan florecientes en otro tiempo que han producido tan altos jénios y tan grandes virtudes. Mahoma hijo de un idólatra y de una judía, empezó á presentarse como profeta á la edad de cuarenta años. Su religión es el culto de un solo Dios; tal es su dogma fundamental. Destruyó la idolatría entre los árabes y enseñó que no hay sino un solo Dios que en distintas épocas ha enviado profetas á los hombres, tales como Abraham, Ismael, Moisés, y sobre todo Jesus, hijo de una Virgen. Según él, los judíos y los cristianos han alterado las escrituras y Mahoma ha sido destinado para restablecer la antigua religión de Abraham, la única verdadera. El carácter particular del mahometismo es el odio al nombre de cristiano. Mahoma inspiró á sus sectarios un celo feróz de proselitismo. Tomó las armas, y á la cabeza de algunos bandidos detuvo y saqueó las caravanas. Enriquecidos con estos despojos, pudo em-

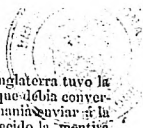
prender mas grandes cosas. Se apoderó de la Meca, su ciudad natal, de la que habia sido arrojado cuando empezó á presentarse como profeta. Los mahometanos datan desde la época de esta huida, que llaman *Ejira ó persecucion*, como los cristianos desde el nacimiento de Jesucristo. Si se pedia milagros á Mahoma, para que probase su mision, contestaba que solo habia sido enviado para extender la religion por medio de la cuchilla. Como estaba sujeto á ataques de epilepsia, persuadió á sus ignorantes discípulos que estos accesos eran éxtasis durante los cuales hablaba con el ángel Gabriel. Un monje apóstata fué quien lo sirvió de secretario para redactar estas pretendidas revelaciones, que reunidas á algunos otros preceptos morales, que es lo que compone el *Koran ó Alcoran*. Despues de su muerte, sus sucesores animados del mismo entusiasmo que él habia inspirado, aumentaron sus conquistas, y llegaron á fundar un poderoso imperio anti-cristiano.

El imperio de Oriente iba siempre en decadencia. Los Persas, conducidos por Cosroes, invadieron y saquearon muchas provincias. Penetraron hasta la Palestina y se apoderaron de Jerusalem haciendo sufrir mucho á los cristianos. La Santa Cruz, guardada y sellada en un estuche de plata, fué tomada con otra porcion de riquezas. Los persas hicieron poco caso de esta preciosa reliquia, que les pareció de poco valor en medio del inmenso botin de que se habian apoderado. Heraclio, emperador de Oriente, pidió vanamente la paz: su insolente vencedor puso por condicion que renunciase al cristianismo y adorase al sol. Heraclio exortó entónces á sus tropas y las condujo al combate como á un martirio. Despues de una guerra prolongada, consiguió triunfar completamente de sus enemigos, y trajo la reliquia de la verdadera cruz en su estuche, cuyo sello permanecia intacto. La Iglesia celebra aun este glorioso triunfo en el dia 14 de Setiembre.

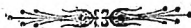
Hubiera sido de desear que Heraclio se limitase á combatir á los enemigos del imperio. Pero tambien qui-

no mezclarse en las discusiones teológicas y decidir de las controversias de la fé, lo que le condujo al error. Los Eutiquianos habian modificado su herejía para darle mayor curso: se contentaban con sostener que en Jesucristo habia una sola voluntad, quedando la naturaleza humana plenamente despojada de la suya. Serjius patriarca de Constantinopla, fué el primero que predicó esta herejía, que tendia nada ménos que á confundir las dos naturalezas en Jesucristo. El emperador publicó un edicto en favor de esta doctrina. El Papa Honorius, engañado por una carta de Serjius, mandó que se guardase silencio sobre esta discusion; sin predicar el error, parecian querer hacer callar la verdad. Esta peligrosa transaccion alarmó á los fieles. San Sofronio, Obispo de Jerusalem, escribió á Roma para instruir al Papa del verdadero estado de las cosas. Honorius habia muerto. Juan IV que ocupaba entónces la Santa Sede, condenó el error y el edicto de Heraclio que lo defendia. Heraclio negó su edicto y murió poco despues. Su nieto Constante tomó de nuevo la defensa del error. Hizo sacar de Roma al Papa San Martin, á quien ninguna amenaza podia hacer doblegar su jenerosa firmeza, haciéndolo conducir á Constantinopla, y de allí al destierro, donde acabó sus dias este venerable Pontífice, despues de dos años de cautiverio. Por último, Constantino Pagonato, sucesor de Constante, se ocupó en establecer la paz de la Iglesia. Convocó un concilio en Constantinopla, que fué el sexto concilio jeneral. Fué presidido, como de costumbre, por los legados del Papa, quienes propusieron la cuestion. En él se condenó el error de los monotélitas y partidarios de una sola voluntad en Jesucristo, así como todos los que lo habian sostenido. Esta decision puso fin á una herejía que se confundió con la de los eutiquianos.

Mientras que la fé naufragaba en Oriente, ora por las continuas disputas de los herejes, ora por las conquistas cada vez mas amenazadoras de los mahometanos, ella se extendia en Occidente, y sometia á su dominacion á los



pueblos mas bárbaros. La Iglesia de Inglaterra tuvo la gloria de dar á la Alemania el apóstol que debía convertirla. Mas adelante veremos á la Alemania enviar á la Inglaterra predicadores que han establecido la mentira en esta tierra de santos. San Bonifacio, coluado de las gracias de Dios desde su mas tierna infancia, fué ordenado á la edad de treinta años, y se sintió con un vivo deseo de trabajar en la conversion de los infieles. Fué á arrojarle á los pies del Papa Gregorio II, quien lo envió á Alemania. Los pueblos que habitaban esta vasta comarca eran todos bárbaros, y tan pobres, que el santo misionero tuvo muchas veces que trabajar personalmente para poder subsistir. Ninguna dificultad pudo desalentarlo, y Dios se dignó bendecir sus esfuerzos. Instruido el Papa de su buen éxito, lo hizo ir á Roma para darle la consagracion episcopal, y le confió el cuidado de organizar la nueva Iglesia que habia fundado. Bonifacio estableció su silla en Maguncia, y habiendo extendido su reputacion á lo lójos, un gran número de celosos servidores de Dios vino á cooperar en su obra. El buen éxito habia hecho que el trabajo fuese muy fácil para el santo apóstol, y así es que se adelantó en busca de nuevos peligros llevando la fé á pueblos que no habian oido aun la nueva de la salvacion. Operó un erecido número de conversiones; pero sus mismos triunfos fueron la causa de su muerte. Habia acampado en una llanura en la que debía reunirse una multitud de convertidos recién bautizados, con el objeto de recibir la confirmacion, cuando los paganos se arrojaron sobre él y lo inmolaron, así como á todos los que habian querido acompañarle. Su cuerpo fué encontrado luego, y sepultado, segun sus órdenes, en el monasterio de Fuldes, que él habia fundado.



—78—
CAPÍTULO XXI.

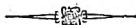
Herejía de los iconóclastas.—Progresos de los mahometanos en Oriente.—Son vencidos en Occidente por Cárlos Martel.—Carlomagno.—Su celo por extender la instruccion.

Gregorio II, á quien el éxito de San Bonifacio habia consolado, tuvo el dolor de ver levantarse en el Oriente una nueva herejía, cuyos furores sanguinarios hicieron recordar los tiempos de las persecuciones. Algunos innovadores habian reprobado ya el culto que la Iglesia tributaba á las imágenes; pero no habian podido destruir una práctica tan antigua como conforme á los sentimientos mas naturales del hombre, siempre dispuesto á honrar lo que le recuerda los seres que respeta y que le son queridos. El peligro fué mayor, cuando el emperador Leon el Isaurano quiso abolir esta costumbre. A falta de razones tuvo que recurrir á la violencia. El pueblo de Constantinopla murmuró, y el patriarca San Germano hizo inútiles representaciones al emperador. Escribió entónces al Papa, quien encomió su celo; pero persistiendo Leon en su funesto designio, destituyó al patriarca que le resistia, ó hizo poner otro en su lugar. En vano Gregorio III, sucesor de Gregorio II, escribió á este príncipe ignorante y obstinado. Las violencias se aumentaron en Constantinopla, y ellas fueron mucho mayores bajo el reinado de Constantino Coprónico, hijo y sucesor de Leon. Constantino, queriendo aparentar ciencia, hizo comparecer á su tribunal á un santo abad llamado Estóvm, á quien todo el mundo reverenciaba, y procuró probarle que no se insultaba á Jesucristo rompiendo sus imágenes.—“Si eso es así, dijo el santo, puedo tambien hollar la imagen del emperador, sin injuriar por esto en nada á la persona del emperador.”—Tomando entónces una moneda en la cual estaba grabada la effie del príncipe, la tiró al suelo, y la pisoteó. Los cortesanos se arrojaron sobre él llenos de indignacion: Qué! les dijo él, es un crimen el profanar la imagen de

an rey, de la tierra, y no lo es profanar la del rey del cielo?"—No habia nada que contestar á esto. Lo condujeron preso, y poco despues lo ejecutaron. Por último, Irene, viuda de Leon hijo de Constantino, y rejeñta del imperio durante la minoridad de su hijo, restituyó la paz á la Iglesia. Propuso al Papa la convocatoria de un concilio jeneral, el cual se reunió en Nicea, y confirmó el culto de las imágenes sagradas, declarando que el honor que se les tributa es debido á los originales que representan.

Estas divisiones eran tanto mas funestas, quanto que los Sarraconos mahometanos amenazaban cada vez mas al imperio. Se habian apoderado de la Siria, de la Persia, del Egipto y de todas las costas del África bañadas por el Mediterráneo. Muchas veces habian hecho incursiones hasta las mismas puertas de Constantinopla, é introducido el terror en el seno de esta ciudad. Así es, como el imperio del Oriente marchaba á su ruina. El Occidente, al que las herejías no conturbaban, no era una presa tan fácil para los discípulos de Mahoma. Dueños de la España por medio de la traicion, se derramaron en el mediodia de la Francia; pero fueron vencidos y rechazados por Cárlos Martel, cuya espada salvó á la Europa de la barbarie que pesa sobre los pueblos que han permanecido bajo el yugo del mahometismo. Los descendientes de Cárlos Martel heredaron su jénio, así como su celo por defender la relijion. Carlomagno, el último y el mas glorioso de estos grandes hombres, que, por un favor especial del que la historia presenta pocos ejemplos, se habian sucedido durante muchas jeneraciones, protejió á la Santa Sede contra los Lombardos; y despues de haber vencido á los Sajones, los civilizó-naciéndoles anunciar la fé. Este príncipe reunió á sus virtudes guerreras una profunda cordura que le inspiró las leyes mas útiles y un amor ilustrado por las ciencias. Comprendia lo funesto que era la ignorancia para la relijion, por la razon de que ella favorece la ferocidad y la depravacion de costumbres, y da un campo libre á la

fuerza cuyo imperio es siempre injusto y violento. Así es que nada perdonaba por extender la instrucción en sus vastos estados. Hizo venir de Inglaterra al célebre Alcuin, y, siguiendo su consejo, estableció escuelas en las principales ciudades y en las ricas abadías de su reino. Con el objeto de dar el ejemplo, fundó una en el mismo recinto de su palacio. Los niños y los grandes de su corte venían á instruirse en ella, y él mismo no desdeñaba asistir frecuentemente á las lecciones. Se cree que esta escuela es la cuna de la célebre Universidad de París, la mas antigua de toda la Europa.



QUINTA EPOCA.

[COMPRENDE 200 AÑOS.]

*Desde el restablecimiento del Imperio de Occidente,
Año de J. C. 800, hasta la Primera Cruzada,
Año de J. C. 1000.*



CAPÍTULO XXII.

Carlomagno es coronado emperador de Occidente.—Oríjen del poder temporal de los papas.—Se predica la fé á los pueblos del Norte.—Cisma de Focinas.—Octavo Concilio jeneral.

Carlomagno era dueño de la mayor parte de las provincias que habian compuesto el imperio de Occidente; los Romanos y el Papa, abandonados por los emperadores de Oriente y continuamente amenazados por los bárbaros que habian invadido la Italia, resolvieron ceñirle la corona imperial, y restablecer de este modo el imperio de Occidente. El día de la Natividad, habiendo

ido el rey á la basílica de San Pedro, el Papa lo coronó solemnemente sin haberle dicho nada de antemano. Carlomagno no vió sino los nuevos deberes que le imponía tan alta dignidad. Vuelto á Aix-la Chapelle, donde residia habitualmente, se consagró á administrar la justicia con mas cuidado, y murió penetrado de los mas puros sentimientos de piedad. Con el objeto de asegurar la independencia del soberano Pontífice, Carlomagno confirmó la donacion de los estados con que Pepino, su padre, habia formado el patrimonio de la Santa Sede. Debiendo ser la Europa dividida entre un gran número de soberanos, no convenia que el Jefe Supremo de la religion fuese vasallo de ninguno de ellos, porque se hubiese hecho fácilmente sospechoso para los demas. Dios permitió que su Vicario sobre la tierra el pastor de los reyes y de los pueblos, no se viese sometido á ningun poder temporal. Privados de esta independencia, los papas no hubieran podido de ningun modo civilizar á los bárbaros, que en el noveno y décimo siglo, invadieron de nuevo la Europa, y apagaron casi enteramente la antorcha de las ciencias y de las letras.

La fé apenas habia penetrado entónces en el Norte de la Europa. Dios se sirvió del poder de que habia rodeado á Carlomagno, para dar principio á la conversion de estos pueblos. Un rey destronado de Dinamarca se refugió á la corte de Luis, hijo y sucesor de Carlomagno, el cual rey se convirtió y fué bautizado. El emperador lo envió á su reino acompañado de un monje llamado Anscario, quien anunció la fé á los Daneses. Poco despues el rey de Suecia envió una embajada, á solicitar, entre otras cosas, misioneros que pudiesen instruir á algunos Suecos que querian hacerse cristianos. Estos pueblos durante sus excursiones llevaban consigo multitud de cautivos á quienes reducian á la esclavitud, y que introducian entre ellos el conocimiento de la verdad. San Anscario fué enviado á Suecia, y habiendo llegado á ser muy considerable el número de cristianos, se estableció, previo el consentimiento del Papa, una

silla arzobispal en Hamburgo. San Anscario fué el primer Arzobispo; y acabó su vida en medio de los trabajos de la predicacion, y las austeridades de la penitencia. Los Slavos, los Polacos, los Rusos y los Búlgaros recibieron sucesivamente la luz de la fé; pero habiendo sido estos dos últimos pueblos evangelizados por misioneros venidos de Constantinopla, y hallándose de este modo como ligados á aquella Iglesia, fueron fácilmente envueltos en su cisma que no tardó en estallar.

Mucho tiempo despues de la caída del imperio de Occidente, los patriarcas de Constantinopla habian permanecido sumisos á la Santa Sede; pero por último, el orgullo natural de los griegos, su menosprecio por los latinos, á quienes miraban como ignorantes y bárbaros, y sus herejías continuas habian preparado una escision que la ambicion y la intriga debian consumir. San Ignacio ocupaba la silla de Constantinopla, al mismo tiempo que Bardas, tio del emperador Miguel, gobernaba el Oriente bajo el nombre de este jóven príncipe. El patriarca despues de haber reprendido vanamente á Bardas por los escándalos que daba con su conducta desarreglada, acabó por segregarlo de la comunión de la Iglesia. Bardas despechado despojó á San Ignacio, y estableció en la silla patriarcal á Focius, simple laico de ilustre nacimiento y gran saber, pero devorado por la ambicion. Focius, se valió de la violencia y de la persuacion para granjearse partidarios, y escribió al soberano Pontífice Nicolás diciéndole que habia sido elevado á su pesar á la silla patriarcal de Constantinopla, que Ignacio habia renunciado voluntariamente. El Papa envió legados para examinar este asunto. Ganados por las intrigas de Focius cometieron la debilidad de consentir en la deposicion de Ignacio. Mientras tanto este santo patriarca se hallaba encerrado en una prision donde sufría todo género de malos tratamientos. Consiguio sin embargo informar al Papa de lo que pasaba. El soberano Pontífice desaprobó el consentimiento de los legados y depuso á Focius. Este sin cuidarse ya de las formas, supuso

las actas en un concilio de los obispos de Oriente, por las cuales el Papa resultaba juzgado y depuesto. Obtuvo la firma de varios obispos que suscribieron á estas actas falsas, y él personalmente las cubria de firmas tan poco auténticas como las actas mismas. Envió estas actas á Luis el Bueno, rogándole que hiciese deponer al Papa Nicolás. El mismo Focius escribió una carta circular á los obispos de Oriente, en la cual acusaba á la Iglesia latina, reprochándole sobre toda la creencia de que el Espíritu Santo procedia del Hijo del mismo modo que del Padre, bien que esta doctrina esté terminantemente en la escritura y enseñada por los padres. Tantos escándalos debian tener un término. Basilio, sucesor de Miguel, destituyó á Focius y restableció á San Ignacio. Se reunió en Constantinopla el octavo concilio jeneral presidido por los legados del Papa. Focius fué condenado y confirmados los decretos de los papas Nicolás y Adriano, su sucesor. Así, al lado de esta primera tentativa de cisma que posteriormente debia acarrear una ruptura completa, parece que Dios quiso colocar un reconocimiento solemne de la preeminencia de la silla apostólica, hecha por los obispos de Oriente; porque ellos fueron los únicos que asistieron á este concilio.

CAPÍTULO XXIII.

Destrozos de los Normandos.—Triste estado de la Europa durante el noveno y décimo siglo.—Conversion de los Normandos y de los Húngaros.—Herejía de Berengario.—Cisma de los Griegos.—San Bruno fundador de los Cartujos.

Cuando parecia que la Europa iba á descansar de los destrozos causados por los bárbaros que habian destruido el imperio de Occidente; y que empezaban á renacer las ciencias y las letras cultivadas por el clero, nuevas invasiones vinieron á detener esto progreso. Los pueblos del Norte, que, durante el noveno y décimo siglo asolaron la Italia, la Francia y la Alemania, eran

mucho mas feroces que las innumerables hordas que el Asia habia lanzado en el cuarto y quinto siglo sobre el imperio romano. Por donde pasaban estos normandos, nombre jenérico, con el cual se designaba á esta turba de bandidos, las iglesias eran arrasadas, los monasterios saqueados, profanadas las cosas mas santas. La ignorancia mas profunda sucedia naturalmente á tales desastres, puesto que los claustros eran el único asilo de las luces. Los sacerdotes y los monjes privados, repentinamente de sus medios de subsistencia, se veian en la necesidad de buscarla en ocupaciones estrañas á su vocacion. La consecuencia natural de esto era el olvido de sus deberes, olvido que era tanto mas facil á medida que poseian menos instruccion, y que la disciplina eclesiástica tenía menos vigor. Sin embargo, Dios no cesó de velar sobre su Iglesia, suscitó obispos y religiosos llenos de valor y de virtudes, que restablecieron la disciplina y reformaron los abusos, San Dunstan en Inglaterra, San Bruno en Alemania, los fundadores del monasterio de Cluny en Francia, el cardenal Pedro Damiano en Italia, consiguieron en distintas épocas atraer al clero y los monjes á las virtudes de que debian ser ejemplo. Aunque durante estos siglos de tinieblas que han sido llamados *la edad de hierro de la Iglesia*, la Santa Sede haya sido ocupada por muchos obispos indignos de esta eminente dignidad, permaneció con todo siendo siempre fiel á la verdadera fé y á la moral santa. Los papas monos instruidos y menos edificantes no erraron jamás en sus decisiones, y su autoridad no dejó de ser respetada. Muchos papas consolaron á la Iglesia por el ejemplo de sus virtudes y de su celo apostólico. San Leon IX y San Gregorio VII, combatieron valientemente los abusos. Este último pudo decir en sus postreros momentos:—"He amado la justicia y he odiado la iniquidad, y es por esto que muero en el destierro."—La Iglesia no dejó de conservar aun en esta época triste de su historia, esa maravillosa fecundidad que las sectas herejes jamás han tenido. Entónces, como en todos tiempos,

ella fué la única que hizo pasar á los pueblos de las tinieblas de la idolatría á la luz de la verdad. Los mismos Normandos que desolaron la Francia se convirtieron como por un milagro, y se vió á estas hordas de bandidos cambiarse casi repentinamente en pueblos pacíficos y religiosos. Por una gracia no ménos admirable, los húngaros, cuya ferocidad era sin ejemplo, encontraron un apóstol en uno de sus propios reyes. Este príncipe llamado Estevan, habia recibido el bautismo en edad muy tierna, habiendo sido su padre convertido á la fé, se consagró exclusivamente en dar á conocer la verdad á sus súbditos. Celosos misioneros atraídos por su solicitud y sostenidos por sus ruegos y poder, establecieron la religion en todos sus estados. Se erijieron diez obispados, y San Estevan puso su reino bajo la proteccion de la Santísima Virgen.

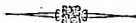
Dios quiso que durante esta época de ignorancia no hubiese casi ninguna nueva herejía que combatir. La única notable fué la de Berengario, que negaba la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía. Un grito universal, testigo infalible de la fé de la Iglesia, se levantó contra él; el Papa Nicolás II lo condenó, y el mismo heresiarca anatematizó su error, que no hizo por entónces mas progresos. Parece que la misericordia del Señor queria ahorrar á su Iglesia el dolor de ver á la herejía arrebatarle sus hijos, en momentos en que se hallaba demasiado aflijida por el cisma de los patriarcas de Constantinopla.

Miguel Cerulario consumó, bajo el pontificado de Leon IX, la obra de separacion que Focius habia comenzado. Tomó por pretesto las acusaciones mas frívolas y mas injustas. El Papa lo excomulgó, despues de haber ensayado vanamente todos los medios de persuasion. Miguel tuvo la audacia de contestar con otra excomunion contra el soberano Pontífice, y escribió cartas llenas de falsedades á los principales obispos de Oriente para comprometerlos en el cisma. Muchos se dejaron persuadir. Hobo aun algunas alternativas de union y

de ruptura ocasionadas siempre por la lijereza y suspicacia de los Griegos. Por último, un siglo despues de la empresa de Miguel, los latinos se hicieron completamente odiosos para los Griegos por la conquista de Constantinopla, y el cisma fué casi irremediable, aunque despues se haya tentado de nuevo la reunion. Algunos años despues el Señor parece que quiso consolar á su Iglesia de la pérdida del Oriente, haciendo renacer las virtudes de que habian sido testigos en otro tiempo los desiertos de la Tebaida. Bruno jóven de ilustre casa y gran saber, dejó el puesto eminente de rector de estudios en la Iglesia de Reims célebre entónces por sus escuelas, para vivir en la soledad. Pidió á San Hugo Obispo de Grenoble, un lugar de retiro en su diócesis. El Santo lo condujo á las agrestes montañas de la Cartuja; en estos lugares, entónces casi inhabitables, fué donde San Bruno fundó su primer monasterio. "Estos nuevos solitarios, dice un autor contemporáneo, son mas bien ángeles que hombres; cada uno tiene su celda rodeada de un pequeño huerto, del que no sale jamás. Se les provee de pan y legumbres de una sola clase para su alimento de toda la semana. Todos guardan un silencio perfecto, pidiendo por señas las cosas de que absolutamente tienen necesidad. Su principal ocupacion es el trabajo de manos, su único descanso la oracion. Solo se reunen el domingo para cantar el oficio comun. Su hábito es sumamente sencillo, y bajo de él llevan el cilicio. Todo es pobre entre ellos, hasta la Iglesia, cuya arjenteria se reduce á un cáliz."

San Bruno tuvo la satisfaccion de ver á su órden estenderse rápidamente. Llamado á Roma por el Papa Urbano II, rehusó las dignidades eclesiasticas que se le ofrecieron, y se retiró á morir en su nuevo monasterio que fundó en Calabria. En su lecho de muerte, hizo en presencia de sus compañeros su profesion de fé contra la herejía de Berengario.—"Creo, dijo él, en los sacramentos de la Iglesia, y en particular que el pan y el vino consagrados en el altar, son el verdadero cuerpo

de Nuestro Señor Jesuoristo, que es su verdadera carne y su verdadera sangre que recibimos para el perdon de nuestros pecados con la esperanza de la vida eterna".—El espíritu de San Bruno se perpetuó entre sus discípulos, y por un privilegio sumamente glorioso, después de ochocientos años de subsistencia, la orden de los cartujos no ha dejenado de su primer fervor.



SEXTA EPOCA.

[COMPRENDE 171 AÑOS.]

Desde la Primera Cruzada, Año de J. C. 1090, hasta la muerte de San Luis, Año de J. C. 1270.



CAPÍTULO XXIV.

Primera cruzada.—Origen de las órdenes militares.—San Norberto fundador de los Premonstratenses.—Principios de la Abadía del Cister.—San Bernardo.—Segunda Cruzada.

El pontificado de Urbano II se hizo por siempre memorable por la circunstancia de ser contemporáneo de la primera cruzada. Después que los Sarracenos sectarios de Mahoma se habían hecho dueños de Jerusalem, hacían sufrir toda clase de violencias á los cristianos que habitaban aquellos santos lugares, del mismo modo que á los numerosos peregrinos que iban á visitarlos. Un sacerdote de la diócesis de Amiens, nombrado Pedro el Ermitaño, fué, siguiendo una devoción muy común en aquella época, á hacer una peregrinación á Tierra Santa, y volvió conmovido de los sufrimientos de los cristianos. Contó al Papa los males de que había sido testigo, y

determinó libertar á la Tierra Santa del yugo de los infieles. Se resolvió un concilio en Clermont, al cual asistieron muchos príncipes y señores. El Papa habló con una elocuencia tan persuasiva que todos los que se hallaban presentes exclamaron con entusiasmo.—“Dios lo quiere!”—y la expedición fué resuelta. Pedro el Ermitaño recorrió todas las provincias, los obispos predicaron en sus respectivas diócesis, y en todas partes el resultado excedió á las esperanzas. Los grandes y los plebeyos todos quisieron tomar la cruz. Los que se consagraron á la conquista de la Tierra Santa llevaban sobre sus vestidos una pequeña cruz de paño, de donde les vino el nombre de *Cruzados*. Los distintos jefes de la expedición acordaron que el punto de reunion sería Constantinopla. Godofredo de Buillon; verdadero héroe cristiano, fué quien mejor supo mantener la disciplina en sus tropas, y llegó ántes que todos á Constantinopla. Luego que todos los jefes se reunieron se apoderaron sucesivamente de Nicea y de Antioquia, y se puso sitio á Jerusalem. Al cabo de cinco semanas, un viérnes á las 3 de la tarde, la ciudad fué tomada por asalto. Godofredo fué el primero que escaló los muros. Así que pasó el furor de la carnicería los cruzados depusieron las armas derramando lágrimas y golpeándose el pecho, y fueron á honrar los sitios que habian sido señalados por los sufrimientos del Salvador.

Godofredo fué elegido rey de Jerusalem, y solemnemente coronado. Éste príncipe religioso se negó á admitir la corona de oro que querian colocarle en la cabeza, diciendo que no usaria semejante corona en un lugar en que el rey de reyes habia sido coronado de espinas. Un establecimiento muy glorioso para la religion defendió esta conquista, que es admirable que los cristianos hayan podido conservar por mas de cien años en medio de los infieles que los rodeaban por todas partes. Hacía ya algun tiempo que existia en Jerusalem un hospicio fundado por los mercaderes del reino de Nápoles en favor de los peregrinos. Algunos jóvenes nobles, edi-

ficados por el esmero con que los enfermos eran asistidos, quisieron consagrarse á esta obra piadosa. Pero todos los brazos de sus defensores eran necesarios al reino naciente, por esto fué que no depusieron las armas, y continuaron en proteger en el exterior del establecimiento á los cristianos contra los infieles, mientras que en el interior del hospicio se servían unos á los otros con una humildad y dulzura admirable. Tal fué el origen de las órdenes militares que supieron hallar las virtudes religiosas con el espíritu guerrero. Entre todas las órdenes fundadas sobre este modelo, la primera conocida por el nombre de *Hospitalarios de San Juan de Jerusalem*, fué siempre la mas célebre. Despues de la toma de Jerusalem los caballeros se retiraron á Rodas, donde sostuvieron un sitio memorable contra los turcos. Por último, vencidos por el número, se vieron obligados á evacuar á Rodas, y Carlos Quinto les dió la isla de Malta, que conservaron hasta estos últimos tiempos, en que los franceses primero y luego los ingleses se apoderaron de ella.

Durante el siguiente siglo, la Iglesia de Francia vió levantarse en su seno muchos monasterios que se hicieron célebres por sus virtudes. Un jóven eclesiástico llamado Norberto, despues de haber llevado una vida poco conforme á la santidad de su estado, se convirtió repentinamente, como el apóstol San Pablo, por una inspiracion milagrosa de la gracia; fundó en la diócesis de Laon una sociedad de eclesiásticos regulares, que, á causa del lugar en que su institucion se había establecido fueron llamados Premonstratenses. San Norberto fué elevado despues al arzobispado de Magdeburgo, y tuvo mucho que trabajar para restablecer la reforma en su diócesis.

En la abadia de Molesmes, de la diócesis de Langres, queriendo algunos monjes observar mas severamente la regla de San Bruno, se retiraron bajo la direccion de su abad San Roberto, á Citeaux, soledad inculta y poblada de bestias salvajes á algunas leguas de Dijon. La

pobreza de estos religiosos era tal, que frecuentemente carecian de pan, porque en un sitio tan estéril el trabajo no bastaba á su subsistencia. Así fué, que apesar de la fama de las virtudes de este monasterio permaneció mucho tiempo sin acrecentarse. Pero cuando San Bernardo le prestó el apoyo de su jénio y de su santidad, el Cister no fué bastante para contener los numerosos discípulos atraídos por la palabra de este nuevo apóstol. Bernardo pertenecía á una familia ilustre, y habia recibido una educacion esmerada, su reputacion precoz y sus brillantes calidades le brindaban con grandes triunfos en el mundo. A los veinte y dos años de edad tuvo el valor, apesar de los ruegos de las personas que lo eran mas allegadas, de renunciar á tan seductoras esperanzas. Dotado ya de esa elocuencia persuasiva que debia hacerlo la admiracion de su siglo, arrastró á sus hermanos y muchos de sus amigos á entrar al monasterio del Cister. De esta época data la gloria de esta casa religiosa. Bernardo llegó á ser al poco tiempo de estar allí un hombre casi coeleste que no vivia de la vida de los sentidos, tan ocupado estaba por la meditacion y la plegaria. Su ejemplo atraía una multitud de nuevos religiosos, de manera que fué necesario construir otras casas. San Bernardo fué encargado de establecer una en Olaraval. Los orígenes de este monasterio fueron tan pobres como el de Cister. Así es que la vida de los monjes era muy austera. Bernardo acostumbraba decir á los que recién entraban:—"Es necesario que dejeis el cuerpo á la puerta, solo el alma entra aquí."—Queriendo dar á entender de este modo, que mientras en el mundo se olvida el alma por ocuparse solo del cuerpo, él deseaba que en su monasterio se olvidase el cuerpo para no ocuparse sino del alma. Apesar de este régimen severo la comunidad llegó á ser muy numerosa. En vano Bernardo queria enterrar en la soledad sus talentos y sus virtudes, su reputacion se extendió á lo lejos, y de todas partes iban á oirlo. Era consultado por los príncipes y los pontífices, y se veía obligado á tomar

parte en todos los asuntos importantes de la Iglesia. Dios daba á su palabra una gracia irresistible aun para los pecadores mas endurecidos.

La Tierra Santa se hallaba en peligro de caer de nuevo en poder de los infieles; Bernardo recibió órden del Papa de predicar una segunda cruzada. Obedeció, y su elocuencia apoyada por sus milagros conmovió casi toda la Europa contra el Oriente. El rey de Francia Luis el Joven, y Conrado emperador de Alemania, partieron á la cabeza de dos ejércitos numerosísimos. Pero los desórdenes de los cruzados impidieron el triunfo de la expedicion. Casi todos perecieron ántes de llegar á Siria, Luis y Conrado no habiendo podido apoderarse de Damasco con las miserables reliquias de su ejército, se vieron obligados á retirarse sin haber hecho nada. Este desastre esparció la consternacion en la Francia y la Alemania. Se acusó de él al que con su palabra habia arrastrado tantos ilustres guerreros en tan malhadada expedicion. San Bernardo se justificó atribuyendo los desastres á los desórdenes de los cruzados, lo que era cierto, que habian llamado sobre sí la cólera del cielo. Sin embargo sus últimos años fueron acibarados por los disgustos, y no sobrevivió mucho tiempo á estas desgracias. Este grande hombre, que ilustró su siglo por sus escritos y discursos, es considerado como el último Padre de la Iglesia.

CAPÍTULO XXV.

San Juan de Mata funda la Orden de los Trinitarios.—Martirio de Santo Tomás de Cantorbery.—Tercera y cuarta cruzada.—Quinta cruzada.—Los Latinos se apoderan de Constantinopla.—San Francisco de Asis funda la orden de los hermanos menores.—Santo Domingo funda la orden de los hermanos Predicadores.

La caridad cristiana, que no olvida ninguna de las miserias del hombre, inspiró á un santo padre francés la institucion de una nueva orden destinada á redimir á los

cristianos cautivos entre los infieles. Las cruzadas habían aumentado el número de los esclavos expuestos á perder su fé. San Juan de Mata fundador de la orden de los Trinitarios para la redencion de los cautivos, tuvo la felicidad de ver ántes de morir los grandes bienes producidos por su obra, que se ha perpetuado hasta estos últimos tiempos.

Por el mismo tiempo, la Iglesia de Inglaterra dió un mártir al cielo, Santo Tomás, Arzobispo de Cantorvery, se oponia á las injusticias y abusos que el rey Enrique II queria sostener; despues de haber sufrido los sinsabores del destierro, el prelado habia vuelto á su diócesis, con motivo de haber interpuesto su mediacion para con Enrique, el Papa y el rey de Francia. Pero persistiendo siempre este príncipe en sus designios, y encontrando la misma resistencia en el valeroso Pontífice exclamó transportado de cólera:—"No encontraré uno que me libre de este sacerdote rebelde?"—Cuatro señores de su corte recojieron esta palabra como una órden, y fueron á asesinar al Arzobispo en su Iglesia. Esto asesinato excitó una indignacion jeneral. Enrique tuvo que someterse á una penitencia pública, y, para espiar su falta resolvió ir á combatir á los infieles. La muerte se lo impidió; pero su hijo, Ricardo Corazon de Leon partió á esta expedicion con Felipe Augusto, rey de Francia.

Saladino, Soldan de Egipto, habia vencido á los cristianos y reconquistado á Jerusalem. Los reyes de Francia y de Inglaterra se apoderaron de San Juan de Acre. Despues de esta conquista Felipe se vió obligado á regresar á sus estados, dejando diez mil hombres de tropa á su aliado, que prolongó la guerra aun por espacio de tres años, sin hacer nada de importancia. La muerte de Saladino tuvo lugar poco despues de la vuelta de Ricardo Corazon de Leon á Europa, lo que determinó al Papa á predicar una nueva cruzada, que no tuvo resultado.

La quinta cruzada emprendida algunos años despues

por los señores franceses ó italianos, obtuvo un triunfo que fué funesto para la Iglesia. En el momento de embarcarse en Veuecia, fueron disuadidos de su expedicion por Alexis, hijo del emperador de Constantinopla, á quien un usurpador habia destronado. El jóven príncipe prometió que si le volvian su trono, facilitaria la conquista de la Tierra Santa, constituyéndose él en defensor de ella. Estas ofertas decidieron á los cruzados. Dieron la vela para Constantinopla, se hicieron dueños de la ciudad, y el jóven Alexis fué coronado emperador. Pero poco despues, uno de los oficiales del palacio lo estranguló, y se apoderó del trono. Los Cruzados, considerándose en el deber de vengar su muerte, se apoderaron de nuevo de Constantinopla, y la entregaron al pillaje. Los soldados se abandonaron á los mas horribles excesos, y los Latinos se hicieron odiosos para los Griegos. Deseosos de conservar su conquista, los vendedores elevaron al imperio á uno de sus jefes, Baudouin, Conde de Flandes, de quien los mismos griegos han reconocido las virtudes. Tal fué el orijen del imperio de los Latinos en Constantinopla. Solo duró cincuenta y siete años, no consiguió volver á Jerusalem á los cristianos, y consumió el cisma de la Iglesia Griega.

Poco tiempo despues de tan funestos triunfos, dos órdenes célebres contribuyeron á reparar las pérdidas de la Iglesia. La primera fué fundada por San Francisco de Asis con el nombre de Hermanos-Menores. Desde su infancia Francisco se habia hecho notar por su compasion hácia los pobres. A consecuencia de una peligrosa enfermedad se resolvió á renunciar al mundo, y empezó á llevar en medio de la misma casa paterna una vida solitaria y penitente. Dividia su tiempo entre los ejercicios de la caridad mas heróica, y la meditacion de los sufrimientos de Nuestro Señor. Su padre, que desaprobaba este jénero de vida, lo maltrató con frecuencia, y acabó por desheredarlo. San Francisco satisfecho de no poseer nada, dijo entónces:—"Abandonado de mi padre, que se halla sobre la tierra, me dirigiré con mas con-

fianza á mi padre que está en el cielo.”—Se retiró cerca de una pequeña Iglesia dedicada á nuestra Señora de los Ángeles, y se ocupó en prestar sus servicios á los mas repugnantes enfermos. A ejemplo de San Antonio, le conmovieron de tal modo estas palabras, dirigidas por Nuestro Señor á los apóstoles:—“No lleveis ni oro, ni plata, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston.”—que formó la resolución de practicarlas á la letra. Inmediatamente, con los pies descalzos, revestido de una sola túnica que ató con una cuerda á la cintura, sin bolsa ni baston, se puso á predicar la penitencia, en discursos tan sólidos y sencillos á la vez, que los que le oyeron no pudieron ménos de conmoverse. Numerosos discípulos se reunieron en torno de él á fin de imitar su celo y la austeridad de su vida. Una conducta tan extraordinaria les suscitó al principio muchas dificultades, pero muy luego sus virtudes les granjearon la estimacion jeneral. El Papa Inocencio III aprobó la nueva orden, que se multiplicó con suma rapidez. Francisco envió á sus discípulos á predicar á distintos países, y él partió para el Egipto, esperando encontrar allí el martirio. Pero su valor lo hizo respetar del Soldan Meledinó; y el Santo viendo que nada podia sufrir, y que sus predicaciones eran inútiles, volvió á Italia, y convocó en Asis un Capítulo jeneral de su orden, que contaba ya cinco mil miembros. San Francisco renunció el cargo de superior jeneral, y consagró á la penitencia el resto de su vida. Murió dos años despues meditando en los sufrimientos de Nuestro Señor. Por el mismo tiempo, Santo Domingo español de ilustre familia, que habia ido con su Obispo á predicar á los albijenses; herejes de distintas sectas, que decolaban con sus violencias el mediodia de la Francia, operó un gran número de conversiones notables, esponiendo frecuentemente su vida. Se vió obligado á tomar las armas para reprimir los excesos de estos sectarios. Luego que la paz se restableció en aquellas provincias, Santo Domingo, con el objeto de despertar y mantener la fé, se asoció á algunos celosos trabajadores, á los que dió una regla. El

Obispo de Tolosa, que comprendia la necesidad de este instituto, contribuyó á obtener la aprobacion del soberano Pontífice, dando á estos religiosos, que tomaron el nombre de Hermanos Predicadores, la primera Iglesia en la ciudad episcopal. Desde allí la orden se extendió á Montpellier, Bayona, Lion y Paris. Santo Domingo tuvo el consuelo de ser testigo del triunfo y de las virtudes de sus discípulos, y despues de haber anunciado su muerte, espiró estendido sobre la ceniza, y rodeado de sus religiosos, á quienes exortó á perseverar en sus trabajos apostólicos. Este Santo atribula al rosario, cuyo uso introdujo él en la Iglesia, la mayor parte de las conversiones que liizo.

CAPÍTULO XXVI.

Blanca de Castilla.—Sexta cruzada.—San Luis emprendo la séptima cruzada.—Octava y última cruzada.—Muerte de San Luis.

El trono de Francia estaba entónces ocupado por un rey á quien sus virtudes han colocando sobre nuestros altares. Luis IX, habia perdido su padre á la edad de nueve años. Su madre, Blanca de castilla, tomó las riendas del gobierno, y se dedicó particularmente á inspirar al jóven rey el amor de las virtudes cristianas. Ella le decía con frecuencia:—"Hijo mio, te amo mucho, pero preferiria verte morir, ántes que verte cometer un pecado mortal."—San Luis conservó durante toda su vida la mas tierna afeccion por una madre á la que tanto debía. Cuando se halló en estado de gobernar por sí mismo probó que la religion de los reyes es la mas segura garantia de la felicidad de los pueblos. Durante una violenta enfermedad hizo voto de ir á combatir á los infieles. Una sexta cruzada, emprendida poco despues que los Latinos se habian hecho dueños de Constantinopla, no tuvo resultado ninguno. Los emperadores Latinos de Constantinopla, obligados á pedir socorro á los príncipes de Europa para sostenerse, nada podian por

la defensa de la Tierra Santa. San Luis se decidió entonces á llevar la guerra á Egipto, cuyo Soldan era dueño de Jerusalem. Se apoderó de Damietta, y se dirigió al Cairo, capital del Egipto. Pero la espada enemiga, la falta de víveres, y las enfermedades no tardaron en disminuir su ejército. Se vió obligado á replegarse á Damietta, y durante esta retirada, que fué un continuado combate, cayó en manos de los infieles con dos de sus hermanos y lo mas escojido de sus tropas. En medio de su cautiverio, supo conservar tambien su dignidad, que sus vencedores lo respetaron. Se le pidió una suma considerable por su rescate, á lo que contestó:—“La persona del rey de Francia no se rescata á precio de oro. Daré por mi rescate la ciudad de Damietta, y por el de mis vasallos la suma que me pideis.”—Luego que se halló en libertad pasó á Palestina, cuyas plazas fortificó, y despues de libertar un gran número de cristianos cautivos, se decidió á volver á Francia, donde la muerte de su madre, hacia su presencia necesaria.

Pocos años despues de su vuelta, San Luis, afligido con la nueva de las crueldades que los infieles ejercian sobre los cristianos en Palestina, resolvió tentar por segunda vez el libertar la Tierra Santa. Despues de haber arreglado los asuntos de su reino dió la vela para Tunes, calculando, que si se hacia dueño del litoral del África, podria atacar mas ventajosamente el Egipto. Pero las enfermedades destruyeron la mitad de su ejército casi sin combatir; él mismo fué presa de la peste, y sintió muy luego que su enfermedad era mortal. Sin embargo por algun tiempo mas continuó arreglando todas las cosas como si se hallase en perfecta salud. Por último, vencido por la violencia del mal, se vió obligado á guardar cama y hacer sus últimas disposiciones. Despues de haber dirigido á su hijo primojénito una instruccion digna de un rey cristiano, y que uno de sus descendientes ha llamado con razon la mas bella herencia que San Luis ha dejado á su familia, recibió los sacramentos de la Iglesia, poseido de la mas tierna piedad, y espiró

pronunciando estas palabras del salmista:—"Señor entraré á vuestra casa, os adoraré en vuestro santo templo, y glorificaré vuestro nombre."—Felipe su hijo y sucesor, consiguió concluir un tratado honroso, y trajo á Francia los restos venerandos de Luis, á quien los milagros operados sobre su tumba, hicieron canonizar veinte años despues de su muerte.

Esta cruzada fué la última de esas empresas que han ejercido tan grande influencia en Europa, y que no deben juzgarse por las declamaciones de los filósofos del siglo XVIII. Se debe reconocer especialmente que el motivo de esta guerra tenia una nobleza que no se encuentra en los miserables intereses de ambicion ó de comercio que mas tarde han armado con tanta frecuencia los pueblos entre sí. Si no han conseguido libertar al Oriente del yugo de los infieles, han servido por lo menos para hacer cesar las guerras civiles del Occidente, y á ligar á los reyes cristianos contra los bárbaros que amenazaban invadir la Europa. No decimos nada de los resultados políticos, en su relacion con la constitucion de los Estados Europeos, porque estas consideraciones no entran en nuestro asunto.

—:o:—

SETIMA EPOCA.

[COMPRENDE 147 AÑOS.]

*Desde la muerte de San Luis, Año de J. C. 1270,
hasta el fin del Gran Cisma de Occidente.
Año de J. C. 1417.*

—•••—

CAPÍTULO XXVII.

Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura.—Reunion de los Griegos en el concilio de Lyon.—Principio del gran cisma de Occidente.—Los males que causó á la Iglesia.—Concilio de Constancia.

Los relijiosos de San Francisco y Santo Domingo con-

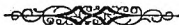
tribuyeron poderosamente á la restauracion de los estudios. Tenian necesidad de conciliarse la estimacion de los pueblos tanto por su saber como por sus virtudes. Por otra parte su vocacion los consagraba á la instruccion de los fieles únicamente, y esto les hacia aplicarse necesariamente al estudio. Pronto dieron á las universidades sus mas célebres profesores, á cuya cabeza debe colocarse á Santo Tomás de Aquino. Pertenece á una familia noble de la ciudad de Nápoles, y recibió una educacion conforme á su fortuna. A la edad de diez y siete años tomó el hábito dominico, sin el consentimiento de su familia. En vano fueron los esfuerzos que posteriormente hicieron para disuadirlo de su vocacion, permaneció inmutable. Sus superiores lo enviaron á Colonia á estudiar teología con Alberto el Grande, que era entonces la gloria de su orden. Luego que se recibió de doctor, fué encargado de ir á enseñar á Paris, donde adquirió una grande reputacion. Todos los teólogos posteriores á él no han hecho sino comentar sus obras. Compuso por orden del Papa el oficio del Santo Sacramento, y despues de haberse negado á recibir el arzobispado de Nápoles, fué enviado al concilio de Lyon, y murió en el camino.

Al mismo tiempo, San Buenaventura no arrojaba un resplandor ménos intenso sobre la orden de los Hermanos-Ménimos, á que pertenecía. A la edad de cuatro años habia debido á la interposicion de los ruegos de San Francisco, el salvar de una peligrosa enfermedad, y desde entonces su madre habia prometido al santo fundador confiárselo. A los veinte y dos años, Buenaventura, cumplió este voto. Estudió en Paris, y fué como Santo Tomás, encargado del profesorado en la célebre universidad de esta ciudad. Nombrado mas tarde jeneral de su orden, fué elevado por el soberano Pontífice á la dignidad de cardenal. Murió en el concilio de Lyon, á consecuencia de las fatigas que le ocasionaron sus trabajos para preparar las materias que debian tratarse en esta santa asamblea.

El concilio de Lyon fué convocado para poner fin al cisma de los griegos. Miguel Paleologo que habia conseguido arrojar al emperador Latino de Constantinopla y reemplazarlo en el trono, propuso al Papa por designios puramente políticos, trabajar en reunir las dos iglesias. El Papa se prestó inmediatamente á ello. Recibió en Lyon los diputados del emperador griego, que le rindieron homenaje como al jefe supremo de la Iglesia, pero esta reunion que habia colmado de gozo á los padres del concilio, duró solo lo que el príncipe que la habia juzgado necesaria para su tranquilidad. El sucesor de Miguel arrastró de nuevo los Griegos al cisma.

Durante el siguiente siglo, la Iglesia se vió alijida por un cisma, cuyas consecuencias fueron mas funestas aun. Clemente V, francés de nacimiento, lijó su residencia en Aviñon, y sus sucesores continuaron haciendo de esta ciudad su morada. Esta ausencia de los papas fué para Roma un manantial de turbulencias y desgracias. Por último, Gregorio XI, el sétimo Pontífice residente en Aviñon, volvió á Roma cediendo á las instancias de sus súbditos, y fué recibido con expresiones de la mayor alegría. El pueblo temiendo que despues de su muerte se eligiera un Papa francés que abandonase de nuevo la ciudad, rodeó el cónclave y pidió violentamente un Papa romano. Los cardenales intimidados, se apresuraron á nombrar al Arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI. Este Pontífice de un carácter duro, acabó por enjenerarse los ánimos, ya poco dispuestos en su favor. Algunos meses despues de su eleccion, los cardenales salieron de Roma, declararon nula su eleccion por falta de libertad, y nombraron otro Papa bajo el nombre de Clemente VII. La Iglesia se dividió entónces entre los dos pontífices, sin que pueda decidirse hasta ahora cual de los dos era lejítimo. Este cisma se prolongó por cerca de cuarenta años, obstinados en elegir separadamente su sucesor, los cardenales adheridos á uno ú otro Papa. Apesar de los males causados por tan funesta division, la fé no recibió por ello

lesion alguna, y la circunstancia de ser incierto el Papa lejítimo, hacia posible la salvacion en una y otra obediencia. Pero el respeto debido á la autoridad preciosa del soberano Pontífice, se alteraba en el ánimo de los pueblos, y de este modo se preparaba la insurreccion que en el siguiente siglo causó tantos males á la Iglesia y al Estado. Por fin, el concilio jeneral de Constanza obligó á abdicar á todos los pretendientes al papado, y se eligió á Martin V. que fué reconocido como el único lejítimo soberano Pontífice.



OCTAVA EPOCA.

[COMPRENDE 147 AÑOS.]

Desde la Terminacion del Gran Cisma de Occidente, Año de J. C. 1417, hasta la conclusion del Concilio de Trento. Año de J. C. 1564.



CAPÍTULO XXVIII.

Wicolf y Juan Hus.—Nueva reunion de los griegos en el concilio de Florencia.—Fin del imperio de Oriente.—Renacimiento de las letras en Occidente.—Invencion de la Imprenta.—Lutero empieza á dogmatizar.—Progreso de sus errores.—Division de los reformadores.—Zwinglio, Sócio y Calvino.

El concilio de Constanza se habia reunido con el objeto tambien de juzgar las herejías á que el cisma de Occidente habia dado orijen. Wicolf doctór de la Universidad de Oxford, condenado por el Papa Urbano V, con motivo de algunas opiniones singulares que habia vertido, atacó, para vengarse, la jerarquía eclesiástica,

su poder espiritual y aun su poder temporal. Sus obras hicieron poca sensacion en Inglaterra, pero no sucedió lo mismo en Alemania. Juan Hus, rector de la universidad de Praga, se hizo el apóstol de esta doctrina perniciosa, y la predicó con un ardor increíble. En medio de los escándalos ocasionados por el cisma, no le fué difícil predicar con suceso, sublevando al mismo tiempo la poblacion de las ciudades y de los campos. El emperador no podia dejar que se extendiese de aquel modo una herejía tan funesta á la tranquilidad pública. Juan Hus fué citado á Constanza, despues de haber declarado él mismo que consentia en sufrir el suplicio destinado á los herejes, si se le probaba que era culpable de algun error. El emperador le dió un salvo conducto, no para sustraerlo al suplicio que podia haber merecido, sino solamente para proteger su viaje hasta Constanza. Luego que Juan Hus llegó á esta ciudad se puso á dogmatizar. Envano el concilio y el emperador se empeñaron en obtener de él una retraccion, permanecié inflexible, y los padres del concilio, despues de haber reprobado su doctrina, lo abandonaron al juicio del tribunal secular. El magistrado de Constanza lo condenó á ser quemado, con arreglo á las leyes imperiales. Si se pone la atencion en los innumerables males que causan estos predicadores de subversiones, no se estrañará ver al poder temporal hacer uso de los suplicios para reprimirlos; frecuentemente son mas funestos á la sociedad que los bandidos y los asesinos. En efecto, los Husitas continuaron desolando la Bohemia, mucho tiempo despues de la muerte de su jefe, y cometieron en aquella comarca las mas atroces violencias. El emperador se vió obligado á hacerles una guerra cruenta, que se prolongó hasta el siguiente siglo.

Un nuevo concilio se reunió en Ferrara, el qual fué transferido en seguida á Florencia con el objeto de remediar de nuevo el cisma de los Griegos. El emperador Griego Juan Paleologo y el Papa Eujenio IV habian convenido en este medio. Un gran número de

obispos orientales asistió al concilio. Se esclarecieron todas las dificultades, y los orientales dieron una profesión de fé conforme á la de la Iglesia Romana: reconocieron especialmente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y que el Obispo de Roma es el jefe de la Iglesia universal. La paz parecia asegurada, pero cuando el emperador y los obispos Griegos regresaron á Constantinopla, encontraron en sus compatriotas una oposicion tal á la reunion, que no atreviéndose á contrarrestarla, volvieron á caer en el cisma. Dios prodigaba en vano sus gracias: ellos no podian vencer la contumacia orgullosa de los Griegos. Algunos años despues, el Papa Nicolás V. les advirtió que la Providencia Divina que los habia esperado hasta entónces, no tardaria en castigar su obstinacion. En efecto, Mahomet II, Sultan de los Turcos, vino en 1453 con un ejército poderoso hasta los muros de Constantinopla, y despues de un sitio sangriento se hizo dueño de la ciudad. Tal fué el fin del imperio de Oriente que habia durado mil ciento veinte y tres años. Toda la cristiandad se conmovió con este desastre. Apesar de su separacion, los Griegos eran hermanos perseguidos por su fé, y por otra parte, los Turcos, dueños de Constantinopla, amenazaban á la Europa entera.

Aunque Mahomet permitió á sus nuevos súbditos el ejercicio de la religion cristiana, y aun consintió en que nombrasen un patriarca en Constantinopla; un crecido número de Griegos abandonó su patria, y trajeron á Europa las artes y las letras, que aun en aquella época de decadencia, eran mas florecientes en Oriente que en Occidente. De esta emigracion data la nueva era de la literatura moderna. El conocimiento de la antigüedad se extendió por todas partes, y la imprenta que se inventó en la misma época, contribuyó á dar un movimiento prodijioso á los estudios. La curiosidad, el deseo de saber y de juzgar por sus propias luces, tan natural al orgullo del hombre, recibieron así un gran alimento, y la ciencia tan rara y tan difícil de adquirir en otro tiempo,

llegó á ser una cosa vulgar al alcance de todo el mundo. De aquí nació la revolucion mas profunda tal vez que se haya operado jamás en la marcha del espíritu humano. ¿Cuáles fueron los resultados? Los hechos van á decirlo.

El siglo XV habia visto el renacimiento de las letras, el descubrimiento de la América y la invencion de la imprenta. Al principio del siglo XVI un monje llamado Lutero, ofendido por una preeminencia acordada á un orden religioso á que él no pertenecía, empezó á declamar contra las induljencias. En seguida atacó los dogmas del pecado orijinal, de la justificacion y de los sacramentos. El Papa condenó estas impías innovaciones. Lutero puso en cuestion la autoridad que lo habia juzgado, y renovó los errores de Wiclef y de Juan de Hus. Pero tenia medios de propaganda con que aquellos innovadores no contaban. La imprenta derramó por todas partes sus doctrinas. Atrajo á los príncipes á su partido, ofreciéndoles la confiscacion y el pillaje de los bienes eclesiásticos; al clero, declamando contra la saludable ley del celibato; al pueblo, suprimiendo todas las obligaciones penosas que la Iglesia católica impone á sus hijos, tales como la confesion, el ayuno &c. Así fué como operó lo que él llamaba reforma, de la cual dió el ejemplo casándose con una religiosa escapada de su convento. Estos monstruosos errores se extendieron rápidamente por todo el norte de la Alemania, en Suecia, en Dinamarca y en Noruega. Lutero, enorgullecido con sus triunfos predijo que Roma, esta pequeña Babilonia, no viviria mas que dos años. Se dió así mismo el nombre de Papa de Alemania, y prodigó las mas groseras injurias al soberano Pontífice.

La libertad dejada á cada uno de interpretar la escritura segun sus propias luces, tal es el dogma fundamental del Interanismo. Con el objeto de facilitar la práctica, Lutero hizo una traduccion de la Biblia en lengua vulgar. Entónces empezaron á dogmatizar en todas partes, y las sectas se multiplicaron con una asombrosa rapidez. Lutero, inconsecuente con sus principios, qui-

so reconquistar la autoridad que habia negado á la Iglesia, é imponer una profesion de fé comun á sus sectarios. Pero solo el que ha dicho al mar *de aquí no pasarás*, puede poner límites al espíritu humano. Así fué, que mientras la Iglesia católica, única depositaria de la autoridad divina cuando impone creencias, no cesaba de conservar su admirable unidad, la pretendida reforma era un palenque de disputas y divisiones. Al cabo de algunos años eran innumerables las sectas que pretendian leer en la Escritura la justificacion de sus doctrinas, y la condenacion de la de sus adversarios. Entre estos innovadores á quienes Lutero abrió tan triste carrera, los principales son Zwinglio, en Suiza; Calvino, en Francia; Sécino, en Italia y en Polonia, &c. Méno violento que Lutero, pero mas hábil y talvez mas profundamente enemigo de la verdad, Calvino dejó la Francia, donde tomia la soberidad de las leyes, y se estableció en Ginebra, que se hizo el centro de su herejía. Ejerció un poder despótico que llegó hasta el extremo de quemar á Miguel Servet, porque habia emitido algunos errores sobre la Trinidad. Tal era la tolerancia de los apóstoles de la libertad evangélica: Tanto cuanto son respetables los juicios de la autoridad legítima á la cual, segun la palabra de San Pablo, Dios ha confiado la cuchilla para la defensa de la sociedad, son odiosas las innobles venganzas de esos hombres sin mision, que se arman de suplicios para sostener sus ideas particulares. ¿Y cuáles eran los dogmas que Calvino defendia para usar de tales rigores? Este heresiarca enseñaba que la voluntad no es libre; que olla es atraida sea por el bien sea por el mal, y que Dios ha predestinado un cierto número de hombres á suplicios eternos, no por sus malas acciones, sino porque así lo ha querido, Sécino, ó mas bien sus sectarios, llegaron á negar los misterios, y á formarse una religion mas semejante á la mahometana que á la fé católica. La Iglesia no habia visto aun estravios tan estremados.

—105—
CAPÍTULO XXIX.

Innumerables males causados por el protestantismo.—Cisma de Inglaterra.—Constitucion de la Iglesia Anglicana.—Concilio de Trento.

Las turbulencias y revoluciones en el estado estuvieron en razon del desorden de las doctrinas. Los nuevos reformados se levantaron en todas partes contra la autoridad del príncipe, del mismo modo que contra la autoridad de la Iglesia. Estos hombres, que tan altamente proclamaban la Escritura, no se creían sin embargo obligados á observar el precepto que Nuestro Señor dió á sus apóstoles cuando les dijo.—“Os envío como corderos en medio de los lobos; si os persiguen en una ciudad huid á otra.”—En Alemania y Francia el soberano se vió obligado á tomar las armas para reprimir á sus vasallos insurreccionados. Se cometieron horribles violencias; los sacerdotes y relijiosos fueron inmolados, las Iglesias saqueadas y quemadas, las reliquias de los santos y aun el augusto sacramento de la eucaristía fueron profanados. Bien sabemos que no debe hacerse responsable á una relijion de los crímenes de que se hacen culpables algunos de los que la profesan, cuando su conducta es en esto contraria á los principios de su fé. Pero lo que nos da derecho para increpar al protestantismo sobre las innumerables calamidades que ha causado, es que sus apóstoles y sus mas ilustres discípulos, lejos de detestar tales violencias, las han provocado ó explícitamente autorizado por sus decisiones sinodales, que son una consecuencia forzosa de sus primeros preceptos; porque si los deberes no están fundados sobre las creencias, si dejais á cada uno que regle libremente su fé, lo dejais igualmente libre de hacerse una moral. Este encadenamiento que reconoce la razon está comprobado por la evidencia. De esta confusion de doctrinas que el protestantismo ha acarreado, ha debido nacer una desmoralizacion no menos profunda.

La Inglaterra se izo el teatro de los mas lamentables

excesos. El protestantismo se estableció allí por el poder real, que poco despues expió en sangre esta rebelion contra la autoridad espiritual, de la que siempre se arrepentirá de haber desconocido los derechos. Enrique VIII, rey de la Gran Bretaña, habiéndose fastidiado de su primera mujer quiso casarse con otra. Vanamente solicitó del Papa una sentencia de divorcio: el soberano Pontífice no quiso hacer enmudecer la ley divina para lisonjear las pasiones de un príncipe. Desde entónces Enrique rompió con Roma, y se declaró jefe de la Iglesia en sus estados. Tomás Morn, canceller de Inglaterra, y Fisher, Obispo de Rochester, fueron decapitados, porque se negaron á reconocer en aquel príncipe el poder espiritual. Los bienes de los conventos fueron confiscados. Por lo demas, nada se cambió al símbolo, y el mismo Enrique hizo perecer en medio de suplicios á algunos predicadores de innovaciones. Entregado á los descos vergonzosos de su corazon, tuvo sucesivamente cinco mujeres; dos de las cuales perecieron en el cadalso y una fué repudiada. Eduardo VI, que le sucedió, terminó la obra de destruccion que el cisma habia comenzado: estableció el luteranismo; pero fué Isabel quien dió á la Iglesia anglicana esa forma particular que le distingue de todas las demas, y hace de ella una Iglesia única en el mundo: triste privilegio de que sus doctores han tenido la necesidad de vanagloriarse algunas veces, como si este aislamiento no fuese la prueba mas evidente de la falsedad; así como el título de católica ó universal ha sido en todos los tiempos el nombre glorioso que las sectas no han podido arrebatár jamis á la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Los protestantes condenados por Leon X, habian apelado á un concilio, prometiendo someterse á su decision. Las guerras que los príncipes se hacian entre sí retardaron por algun tiempo la reunion de esta santa asamblea. Por último el Papa Paulo III, dió la bula de convocatoria, indicando la ciudad de Trento, situada entre la Italia y la Alemania, como el punto de reunion. El

concilio se abrió en 1545. Al travez de muchos obstáculos é interrupciones, se prolongó hasta 1563, época de su terminacion bajo el pontificado de Pio IV. Todas las cuestiones promovidas por los protestantes fueron examinadas. Se empezó por fijar el cánón de las Escrituras, porque es muy notable que los protestantes, que no conocen mas juez que las escrituras, no se hallen de acuerdo sobre su autenticidad, y no tengan ningun medio infalible para discernir los escritos apócrifos de los que son verdaderamente la obra de autores inspirados. Se examinaron en seguida los dogmas del pecado original y de la justificación, y el concilio en sus definiciones se alejó igualmente de la orgullosa doctrina de Pelagio que negaba la gracia, y de los errores desconsoladores de Lutero y Calvino, que querian anonadar la voluntad del hombre y colocarle bajo el yugo de la gracia irremisible. Los padres del concilio expresaron en seguida, con una admirable precisión, la doctrina de la Iglesia sobre los sacramentos, alterados todos mas ó menos por los protestantes: cada sesion se terminaba por muchos cánones de disciplina que introdujeron saludables reformas.

—: o :—

NOVENA ÉPOCA.

[COMPRENDE 226 AÑOS.]

Desde el fin del Concilio de Trento, en 1563, hasta la revolución Francesa, en 1789.

—+—

CAPÍTULO XXX.

San Ignacio funda la orden de la Compañía de Jesús.—San Francisco Javier apóstol de las Indias.—San Carlos Borromeo.—San Francisco de Sales.—San Vicente de Paul.—Errores de Baius.—Conversión de Enrique IV.

Mientras tanto Dios hacía nacer en su Iglesia una ór-

den que debía ser el baluarte de la fú, y que, por esta misma razon, tuvo la gloria de ser combatida con un odio ciego por todos los enemigos de la verdad. Ignacio de Loyola, jóven militar entregado enteramente á las ideas mundanas, fué herido en el sitio de Pamplona. Durante el largo reposo que exijia su curacion, leyó la vida de los santos, al principio solo por entretenimiento, pero conmovido muy luego por tan nobles ejemplos, se resolvió á imitarlos. Dotado de un alma bien templada, no conocia ni dificultades, ni obstáculos, y, comprendiendo que sin el auxilio de la ciencia de nada serviria á la Iglesia, se puso á estudiar á la edad de treinta y tres años. Pasó á Paris, donde se asoció á algunos compañeros, de los cuales el principal fué un jóven profesor llamado Francisco Javier. El día de la Asuncion del año de 1534 se reunieron en número de siete en la Iglesia de Montmartre donde se ligaron por juramento. Tal fué el oríjen de la sociedad de los Jesuitas, que ha llenado el mundo con sus trabajos. San Francisco Javier fué á predicar la fú á Indias donde convirtió pueblos enteros, permitiendo Dios, haciendo uso de sus propias palabras, que la antorcha divina fuese á derramar á otras rejiones el resplandor que muchas naciones europeas repelían. El éxito de San Francisco Javier hace recordar la rapidez con que se estendió el Evangelio en la predicacion de los apóstoles. Multitud de idólatras iban á recibir el bautismo, y Javier encargaba vivamente á los misioneros que sostuviesen las iglesias numerosas que él habia fundado. Despues de haber recorrido la India pasó al Japon, y estableció la fú en estas islas que debian dar tantos mártires y santos á la Iglesia. Devorado por el celo de la casa de Dios, quiso estender mas allá aun sus conquistas, y someter la China al imperio de Jesucristo; pero hallándose próximo á pasar á aquel reino, la muerte le sorprendió en una playa desierta. Expiró al cabo de una enfermedad de doce dias, durante los cuales no recibió ningun socorro humano. Su cuerpo fué transportado á Goa, capital de los esta-

blecimientos portugueses en las indias, y operó un gran número de milagros en su tumba.

No bastaba haber dado á su Iglesia esta milicia de soldados celosos, que, no contándose por nada, no pensaban sino en estender por toda clase de medios el conocimiento y clamor de la verdad. Dios suscitó todavía algunos santos obispos que realizaron las reformas del concilio de Trento. San Carlos Borromeo se distinguió en Italia por su celo por la disciplina eclesiástica; renovó la gran diócesis de Milan que habia sido confiada á su solicitud pastoral, y los cánones que formó en los concilios de su provincia parecían recibir la sancion de la Iglesia universal por el conato que en todas partes se ponía en adoptarlos. Habiéndose declarado la peste en su ciudad episcopal, se consagró absolutamente al servicio espiritual y temporal de los enfermos, y llegó hasta empeñar sus inmensas propiedades y vender todo su mobiliario, incluso su lecho, para proporcionarse recursos que equilibrasen la miseria pública. Sobrevivió siete años á esta peste memorable, y murió llorado por su pueblo y respetado por la Iglesia entera.

Lo que San Carlos habia hecho por los eclesiásticos, San Francisco de Sales lo hizo por los seculares. Él supo hacer amable la piedad, hablando con los hombres con una dulzura que ha sido comparada con la de Jesucristo; atrajo una porcion de protestantes á la fé, y muchos pecadores á una vida regular y cristiana. Poco despues, San Vicente de Paul, simple sacerdote, sin ningun recurso personal, fundó mas establecimientos de caridad que los que hayan fundado jamás los mas poderosos monarcas. No teniendo mas riqueza que su palabra y su ardiente amor por Dios y por los pobres, encontró los medios para alimentar provincias enteras por espacio de muchos meses, de dar misioneros á los campos y asistentes á los enfermos, de recoger los niños abandonados y los ancianos lisiados, y de perpetuar con su nombre una porcion de obras de que no hacemos mencion, y de las cuales una sola hubiera bastado para

honrar toda una vida. Al mismo tiempo M. Olier instituyó la compañía de San Sulpicio, que ha recibido de Dios una gracia particular para educar á los ministros del santuario; el cardenal de Berulle, cuya ciencia igualaba su modestia, fundó la congregacion del oratorio, y M. Lasalle enseñaba á algunos jóvenes pobres á instruir á los niños del pueblo, preparando así esta congregacion, que, bajo el nombre de Hermanos de la doctrina cristiana se consagra hasta nuestros dias á una obra sin gloria, casi sin consuelo, cuando no recoge en pago de sus sacrificios mas que menosprecio ó los sarcasmos del mundo.

La Iglesia necesitaba de defensores como estos para resistir á los ataques de la herejía. Antes de la conclusion del concilio de Trento, Buius, doctor de la Universidad de Louvain, sembraba nuevos errores, que no eran sino ligeras modificaciones hechas á la doctrina de Calvino sobre la gracia. Condenado por muchos papas, y retractándose cada vez para empezar á dogmatizar de nuevo, murió dejando dudas sobre la sinceridad de su última retractacion. Sin embargo el protestantismo so-
plaba por do quiera la guerra y las turbulencias. La Holanda se habia sublevado contra su soberano al adoptar las nuevas doctrinas. En Francia se prolongaban las guerras religiosas. El calvinismo creyó por un momento triunfar en esta nacion, al ver al heredero lejítimo del trono apegado á sus errores. Enrique IV, nacido en la herejía, tuvo que combatir para conquistar la corona que por su nacimiento le era debida. Apesar de sus victorias jamás hubiera reunido la Francia bajo su cetro, á no haber entrado al seno de la Iglesia. Se hizo instruir, y cuando supo por boca de los ministros de la pretendida reforma, que la salvacion era posible en la religion católica, su juicio poco ilustrado en estas materias, pero eminentemente sano y recto, le hizo comprender desde entónces cuan falsas eran todas las declamaciones contra lo que se llamaba el papado, y sobre todo cuan lamentable era que sin ningun motivo racional, se hubiese operado un cisma de que él personalmente

palpaba las funestas consecuencias. Volvió sinceramente á la religion de sus padres, y la Francia volvió á adquirir su antigua prosperidad y paz bajo su prudente y paternal administracion.

CAPÍTULO XXXI.

Jansenio.—Condenacion de las cinco proposiciones.—Carácter artificial del Jansenismo.—Filósofos impíos del siglo XVIII.—Supresion de los Jesuitas.

Baius tuvo un sucesor que dió celebridad á su doctrina. En una obra intitulada *Augustinus*, y publicada despues de su muerte, Jansenio, Obispo de Ipres, renovó, exajerándolos todavia, todos los errores de Baius. Fué condenado por un juicio de la Sorbona, que definió á los obispos de Francia cinco proposiciones, en las cuales se resumia la doctrina del *Augustinus*. Los obispos sometieron este asunto al Papa. Despues de un examen de dos años, las cinco proposiciones fueron condenadas. La insurreccion á cara descubierta no entraba en los planes de la nueva secta, que parecia querer ensayar contra la Iglesia una guerra que la herejía no habia tentado aun. Declararon, pues, que las proposiciones eran condenables, pero que ellas no expresaban la verdadera doctrina de Jansenio, y pretendieron poder continuar defendiéndola siempre. Es claro que si la Iglesia no estuviera segura de poseer la intelijencia de los libros que juzga, seria una gaia infiel, espuesta á probar el error y condenar á la verdad. Los herejes fueron perseguidos en este atrincheramiento; buscaron otro refugio en nuevas sutilezas, y continuaron en querer conservar la máscara que se intentaba arrancarles. Por lo demas, es difícil saber á ciencia cierta cuáles eran las intenciones de estos sectarios. Su doctrina tiende á inspirar la desesperacion, y á disgustar de la piedad. Hace de Dios un amo bárbaro, que exige de los hombres lo que no está en su poder, y los castiga por no haber re-

cibido lo que solo dependia de él darles. Su moral es de una austeridad exajerada; exige para permitir acercarse á los sacramentos, una perfeccion imposible al mayor número. Por lo demás el Jansenismo se ha ligado siempre á los enemigos de la Iglesia y de la religion; se ha vanagloriado de ridículos milagros que no han servido sino para poner en duda los milagros del Evangelio: sostenido por los parlamentos, ha exitado al poder temporal á invadir la autoridad espiritual de los obispos, é inspirado á todos los monarcas de Europa una funesta desconfianza contra el Papa: aliado poderoso y fiel de los filósofos impíos del siglo XVIII, les ha proporcionado armas, como lo confiesa uno de ellos, para destruir la órden de los Jesuitas. “Propiamente hablando, dice d’Alambert, la filosofía ha pronunciado la sentencia por boca de los majistrados, no siendo el Jansenismo sino el solicitante.”

Así se manifiesta esta jenealogía de errores que ha dado oríjen á la impiedad del siglo XVIII, y por último á la duda y la indiferencia de que palpamos en nuestros dias los funestos resultados. Los excesos del protestantismo en Inglaterra proporcionaron especiosos pretextos á algunos espíritus atrevidos que atacaron en sus escritos la revelacion y las primeras verdades de la religion natural. Esta filosofía irreligiosa no tardó en invadir la Francia. Tímida al principio, apénas se atrevia á deramar su veneno en algunos libelos. Pero alentada á fines del siglo XVIII, por la proteccion de nobles de costumbres desarregladas, y de ministros ó ciegos ó corrompidos, declaró abiertamente la guerra al cristianismo, y se vanaglorió de antemano de su abolicion. No se trataba para estos amigos de las luces de enseñar al pueblo una nueva verdad que pudiera reemplazar los consuelos y las virtudes que le daba su fé. Ligados para destruir, no habia dos que se entendiesen en la profesion de una misma doctrina. Los unos deístas, los otros ateos, los otros escépticos, negaban mañana lo que habian afirmado hoy, y se puede desafiar á sus partidarios que

muestren la verdad moral desconocida ántes que ellos apareciesen en el mundo. Pero ellos no han establecido nada, poderosos para destruir, no ha dependido de ellos, segun los deseos que uno de estos pretendidos filósofos ha tenido la franqueza de espresar, que no hayan ahorcado al último de los reyes con las tripas del último sacerdote. Se ha visto por lo demas en toda la historia de la Iglesia, que negar, borrar, destruir, era el único objeto de todos los herejes ó innovadores. Manes niega la unidad de Dios, Arius la divinidad de Jesucristo, Pelajio la necesidad de la gracia, Macedonius la divinidad del Espíritu Santo, Lutero los sacramentos y la autoridad de la Iglesia, Calvino y Jansenio la libertad del hombre; y cuando todas estas verdades que el Evangelio ha revelado al mundo han sido sucesivamente contradichas, vienen los filósofos del siglo XVIII, que niegan hasta la revelacion, niegan á Dios, niegan que exista ninguna verdad para el hombre.

¿Qué quedaba por hacer? perseguir de nuevo á los defensores del inmutable símbolo que la Iglesia ha proclamado en todos los siglos. La secta filosófica, que parece inspirada por aquel de quien la Escritura espresa tan bien el poder de destruccion, llamando al príncipe de las tinieblas y al ángel de la muerte, no desertó á esta segunda parte de su obra. Los Jesuitas habian llevado la fé á todas las rejiones del mundo, habian fundado iglesias en Indias, en la China, en las costas de África, y en las vastas selvas de la América; habian ilustrado á la Europa con sus escritos, consagrados á la educacion de la juventud, trabajaban por inspirarle respeto á todos los poderes que Dios ha creado. Eran estos motivos para pedir su destruccion? Se obtuvo, sin embargo, primero de la ceguedad de los reyes, y despues de muchas inútiles negociaciones, de la prudencia de un Papa, á quien los soberanos declararon que era el único medio de restablecer la paz entre la Iglesia y el Estado. Los sofistas habian atemorizado á los príncipes esponiéndoles enan peligroso era para su autoridad el poder, las

riquezas y las intrigas de una corporacion que se extendia por todas partes. Y sin embargo, los Jesuitas fueron despojados de sus bienes y desterrados sin oponer la menor resistencia, y la caida de esta congregacion tan temida no dió lugar al mas lijero movimiento de insurreccion. Es probable que si los reyes de la Europa hubiesen querido tratar de este modo á la secta filosófica, cuyos odios participaban con tanta complacencia, no hubieran encontrado en ella tanta sumision y tanta paciencia.

CAPÍTULO XXXII.

José II ensaya en Alemania funestas innovaciones.—Triunfo de la secta filosófica.—Revolucion francesa.—Culto de la diosa de la razon.—Iglesia constitucional.—Concordato de 1802.—Cautiverio de Pio VII.—Restauracion.

La paz no se restableció entre la Iglesia y el Estado. El emperador José II procuró introducir en Alemania las mas funestas innovaciones; tendia especialmente á emanciparse de la autoridad del soberano Pontífice. Pio VI hizo inútiles representaciones, y por último se decidió á pasar á Viena con el objeto de ilustrar al emperador; fué recibido con los honores debidos á su dignidad, pero José no consintió sino en muy lijeras concesiones. El cisma estaba próximo á estallar, cuando la muerte vino á detener al emperador en sus proyectos, y aun á ilustrarlo sobre sus funestas consecuencias. Antes de ir á dar cuenta de su administracion al soberano juez, revocó la mayor parte de sus reglamentos.

En Francia, el partido filosófico se hacia cada vez mas audáz. Rico de un crecido número de obras irreligiosas, puso todo su conato en desparramarlas. Voltaire servia para corromper las costumbres y ridiculizar la fé; á los espíritus serios se les ofrecia á Rousseau con sus sofismas y teorías insensatas sobre la educacion; Diderot y d'Alambert y una multitud de discípulos igualmeto

celosos sostenian, cada cual con sus medios, á los dos jefes de la escuela filosófica. Estos enemigos de todo orden y de todo poder, habian unido sus trabajos para la confeccion de la Enciclopedia, que debia ser el resumen de toda la ciencia humana, y que no fué en realidad sino una compilacion informe de todo lo que la semi-ciencia y el odio pueden objetar contra la fé. Hábiles para hacerse valer, los filósofos supieron ensalzar de tal modo todo escrito que contenia algun tinte de incredulidad, y prodigaron de tal modo las injurias y los sarcasmos á los escritores que se atrevian aun á tomar la defensa de la religion, que la impiedad llegó á ser de moda. Invasió los salones y teatros, y dominó sobre todo en las altas clases de la sociedad.

La filosofía no tardó en hallarse en estado de realizar sus promesas de libertad, de orden, de civilización y de felicidad. Los hombres que habia nutrido con sus principios y que los habia propagado, fueron llamados al poder. No juzgaremos los trastornos que operaron en el orden social; pero en lo que corresponde á la historia de la Iglesia, es un cuadro de inconcebibles locuras lo que pusieron en lugar de nuestra antigua fé.

Luego que arrojó á los sacerdotes y profanó los templos, la filosofía debió revelar la doctrina que contaba enseñar el pueblo. El pueblo francés fué informado por un decreto de sus representantes, que reconocia el Ser Supremo y la inmortalidad del alma. La diosa de la *Razon*, representada por una mujer sin pudor, se sentó sobre los altares y recibió los homenajes de estos idólatras del siglo XVIII. Qué se puede añadir á este rasgo, y cómo dudar que el hombre no puede abandonar á Dios sin formarse para sí un culto tan impío como insensato? Los paganos al divinizar las pasiones habian arrojado una especie de velo sobre esta apoteosis del hombre. Pero he aquí que nuestros modernos reformadores de los antiguos son mucho mas francos. No se toman el trabajo ni aun de disfrazarse bajo nombres convencionales. Es la razon representada por el vicio lo que se ha

de adorar. Así es como Dios los abandonó á las vergonzosas concepciones de su corazón.

La Iglesia tuvo sus mártires, y fiel así á las virtudes como á la fé de sus primeros siglos, dió admirables ejemplos de valor y caridad. Al principio se procuró separar al clero francés del centro de unidad, exigiendo un juramento sistemático; la gran mayoría de los eclesiásticos rehusó someterse á ello, y la Iglesia constitucional creada en virtud de esta ley civil, probó por su corta duracion y por sus escándalos cuan importante es la sumision al primer pastor. Despues de diez años de persecucion, hubo al fin que recurrir á esta autoridad tutelar para dar una nueva forma á la Iglesia de Francia, y el Concordato de 1802 restableció el ejercicio del culto, y fijó otra circunscripcion á las diócesis. Un deseo insaciable de poder arrastró al hombre de quien la Providencia se habia servido para levantar los altares en Francia, á hacerse, algunos años despues, el perseguidor del soberano Pontífice que lo habia bendecido. Pío VII fué arrancado de su palacio y detenido como cautivo. Dios mostró al fin su brazo, y derribó al hombre á quien su mano poderosa habia levantado para dar lecciones á los reyes y á los sabios de la tierra. Despues de cinco años de sufrimientos Pío VII, volvió á Roma en medio de las aclamaciones de todo su pueblo, y uno de sus primeros actos fué el restablecimiento de la compañía de Jesus.

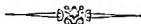
Terminaremos aquí este bosquejo rápido de la historia de la Iglesia. La vida de esta Santa esposa del Salvador es una guerra continua, y es necesario que defendiendo cada una de las verdades que anuncia al mundo. Pero todos los esfuerzos del infierno no han conseguido arrebatárle uno solo de sus arseñales de fé. Siempre la misma, ella se presenta despues de tantos combates, con todo lo que su divino fundador le ha dado desde el principio. Solo ella ha salvado del torrente de los siglos y de los trastornos de las revoluciones sus creencias, sus instituciones y hasta la forma de su culto. Ella

tranquiliza hoy á sus hijos contra los escándalos que los rodean, recordándoles los escándalos que han visto sus padres. Confiando en las promesas que Dios le ha hecho, no se aterra al oír predecir á sus enemigos su próxima caída, que tantas sectas ya olvidadas le han anunciado sucesivamente. Segura de que el tiempo acabará por darle la razón, espera tranquila que pase la tempestad, sin dejar de predicar á todos la verdad. Bendigamos á Dios que nos ha dispensado la gracia de ser hijos de esta Iglesia inmortal, y, si á ejemplo de nuestra Madre, nos toca sufrir en esta tierra de proscricion, no olvidemos que sus destinos y los nuestros se cumplirán en el cielo.



CRONOLOGIA.

DE LOS PAPAS, CONCILIOS, ÓRDENES RELIJIOSAS, HEREJÍAS,
SUCESOS NOTABLES, PRINCIPALES PERSONAJES &c.



PRIMERA EPOCA.

NACIMIENTO DE N. S. J.

PAPAS.	CONCILIOS &c.
San Pedro, primer papa..... en 33 muerto 60	S. Estévan, 33.... Con- version de S. Pablo 34.... Evan- jelio de S. Mateo, 36.... Vo- cacion del Centurion Corne- lio, 39.... Santiago el Mayor, 44.... Concilio de Jerusalem, 51.... Primera persecucion, por Neron, 64. Simon el Májico, 65. Ruina de Jerusalem, 70.
S. Lino 87	Segunda persecucion, por Domiciano, 93.... Evangelio de San Juan, 97.
S. Anacleto ,.... 91	Tercera persecucion, por Tra- jano, 107.
S. Clemente 100	S. Ignacio, 107.... S. Si- meon, 107....
S. Evaristo..... 109	
S. Alejandro I... 119	Cuarta persecucion, por Mar- co Aurelio, 162.... S. Policar- po, 166.... S. Justino, 167..
S. Sixto I.. 127	Montanistas, 171.... Lejion fubminante, 174.
S. Telésforo 139	S. Pothino, 177.... S. Sinfo-
S. Hijinio 142	
S. Pio I..... 167	
S. Aniceto..... 168	
S. Soler 177	

PAPAS.

CONCILIOS &

		riano, 179.... Mision á las In-
		dias, 189.
S. Eleuterio	192	Quinta persecucion, por Séti-
S. Víctor I.	202	mo Severo, 202.
S. Ceferino	210	S. Ireneo, 203.... Santa Per-
		petua, 206.... S. Clemente de
S. Calisto	222	Alejandro, 220.
S. Urbano I	230	San Hilarión, 220....
		S. Gregorio Taumaturgo,
		231.
S. Ponciano	235	Sexta persecucion, por Maxi-
		mino, 235.
S. Anthero	236	Mision á las Galias, 245.
S. Faviano	250	Tertuliano, 240.
		Sétima persecucion por De-
		cio, 250.... Cisma de los No-
		vacianos, 251.
S. Cornelio	252	
S. Lucio	253	Orígenes, 253.
S. Estévan I	257	Octava persecucion, por Va-
		leriano, 257.... S. Cipriano,
		258.
S. Sixto II	259	
S. Dionicio	269	
S. Félix	274	Novena persecucion por Au-
S. Eutiquiano ...	283	reliano, 272.... Maniqueos,
		277.
S. Cayo	296	Lejion Tebana, 280.
		S. Sebastian, 298.
S. Marcelino	304	Décima persecucion por Dio-
		clesiano, 302.... S. Vicente,
S. Marcelo	310	304.
S. Eusebio	310	

SEGUNDA EPOCA.

CONVERSION DE CONSTANTINO.

PAPAS.	CONCILIOS &
S. Melquiades ... 314	Donatistas, 314...Arianos, 316....Primer concilio jeneral de Nicea, 325...Invencion de la Santa Cruz, 327...Conversion de las Etiopas, 330...Persecucion de los Arianos, 337...Persecucion de Sapor, 340.
S. Silvestre 325	S. Pablo 1. ^o ermitaño, 341.
S. Márcos 330	S. Antonio, 350 Osius, 357....Persecucion de Juliano, 361.
S. Julio I 352	Macedonius, 363..San Atanasio, 375..S. Basilio, 379..Segundo concilio jeneral de Constantinopla, 381....Traduccion de la Vulgata, 383.
Liberio..... 366	S. Gregorio de Nacianzo, 380.
S. Dámaso..., .. 384	Teodósio, 397..S. Ambrosio, 398.....Misiones á los Scithas, 399...S. Martin, 400.
S. Ciricio.... 398	Pelajios, 402.....S. Juan Crisóstomo, 407.
S. Anastasio I... 402	S. Gerónimo, 420.
S. Inocencio I... 417	Nestorianos, 420.
S. Zócimo..... 418	S. Agustin, 430.
S. Bonifacio I ... 422	Tercer concilio jeneral de Éfeso, 431..S. Cirilo de Alejandría, 444. Eutiquianos, 448.
S. Celestino I.... 432	Cuarto concilio jeneral de Calcedonia, 451....Persecucion de los Vándolos, 457....
S. Sixto III..... 440	
S. Leon el grande. 401	

PAPAS.

CONCILIOS &

S. Hilario 408 | S. Simeon Stilita, 451.

: 0 :
—————

TERCERA EPOCA.

CAIDA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE, 476.

S. Simplicio	483	
S. Félix III.. ..	492	
S. Gelasio	490	Conversion de Clovis, 406.
S. Anastacio II..	498	Santa Genoveva, 511
S. Simmaco	514	Institucion de las Rogaciones,
S. Hormides	525	511.
S. Juan I.... ..	520	Concilio de Orange, 520.
Félix IV.....	540	Fundacion del Monte Casi-
Bonifacio II... ..	532	no....S. Benito, 530..S. Re-
Juan II.....	535	mi, 530.
		Primer uso de la Era cristia-
S. Agapito	536	na, fué el año 535.
Silvestre.....	538	Santa Clotilde, 543.
Vijili.....	555	Quinto concilio jeneral se-
Pelajio.....	560	gundo de Constantinopla, 553.
Juan III.....	573	Conversion de los Visogo-
Benito I.....	578	dos, 558.
Pelajio II.....	590	Conversion de los Ingleses,
S. Gregorio el...		579.
Grando	604	San Agustin de Cantorbery,
Sabiniano.....	606	607.
Bonifacio III..	607	
Bonifacio IV ..	615	
S. Deodato I....	618	S. Juan el Limosnero, 616.

CUARTA EPOCA.

HUIDA DE MAHOMA, 622.

Bonifacio V... 622 |

PAPAS.		CONCILIOS &	
Honorio I	638	Exaltacion de la Santa Cruz,	629.
Severino	640	Monotelitos, 630.	
Juan IV	642	Mision á los Países-Bajos,	648.
Teodoro I	649	Santa Gertrudis, 650.	
S. Martin I	655		
S. Eujenio I	667	San Máximo, 662 San	
Vitaliano	672	Eloy, 663.	
Deodato II	676		
Donus I	678		
Agathon	680	Sexto concilio jeneral 3.º de	
S. Leon II	683	Constantinopla, 680.	
Benito II	683		
Juan V	686		
Conon	687	Mision á Frisa, 690.	
S. Sergio I	701		
Juan VI	703		
Juan VII	707		
Sisinio	707		
Constantino	715		
Gregorio II	731	Moros en España, 711.	
Gregorio III	741	Conversion de los Alema-	
Zacarías	752	nes, 719.	
Estévan II	752	Iconóclastas, 724.	
		Patrimonio de S. Pedro, 736.	
Estévan III	757	Conversion de los Búlgaros,	
		736.	
Pablo I	767	Persecucion de los Iconó-	
Estévan IV	772	clastas, 766.	
		Sétimo concilio jeneral 2.º	
		de Nicea, 787 Conversion	
Adriano I	795	de los Sajones, 778.	

—123—
QUINTA EPOCA.

CORONACION DE CARLOMAGNO, 800.

PAPAS.		CONCILIOS &	
Leon III.....	816	Gran hospital de Paris, ántes, 810.	
Estévan V.....	817	Conversion de los Daneses,	
S. Pasenal I.....	824	820.	
Eugenio II.....	827		
Valentin.....	827		
Gregorio IV....	844		
Sérjio II.....	847	Conversion de los Saccos,	
Leon IV.....	855	830.	
Benito III.....	858	Persecucion de los Moros en	
Nicolás I.....	867	España, 850.	
Adriano II.....	872	Octavo concilio jeneral 4.º	
		de Constantinopla, 869.	
Juan VIII.....	882	Conversion de los Bohemios,	
Martin II.....	884	880.	
Adriano III....	885	Hiucmar, 882.	
Estévan VI.....	891		
Formosa.....	896		
Bonifacio VI..	896	Focius, 892.	
Estévan VII....	897		
Roman.....	897	Fundacion de la órden de	
Teodoro II....	898	Cluny, 910....	
Juan IX.....	900	Conversion de	
Benito IV.....	903	los Normandos, 910.	
Leon V.....	905		
Sérjio III.....	911		
Anastacio III..	913		
Landon.....	914		
Juan X.....	925		
Leon VI.....	929		
Estévan VIII..	931		
Juan XI.....	936		

PAPAS.

CONCILIOS &c.

Leon VII.....	939	
Estévan IX...	943	
Martin III....	946	
Agapito II....	955	Persecucion de los Moros en España, 950.
Juan XII.....	964	
Leon VIII....	965	
Benito V.....	965	Conversion de los Polacos, 964.
Juan XIII....	972	
Benito VI.....	974	Flódoardo, 966.
Bonifacio VII..	974	
Donus II.....	974	
Benito VII....	983	
Juan XIV....	984	
Juan XV.....	998	
Juan XVI.....	999	
Gregorio V....	999	Conversion de los Rusos, 980.
Silvestre II... 1003		Conversion de los Húngaros, 1001.
Juan XVIII.. 1005		
Juan XIX... 1009		Invencion de la Gama por Guy de Arezzo por el año 1005.
Sérjio IV.... 1012		
Benito VIII.. 1024		
Juan XX.... 1033		
Benito IX ab-		Establecimiento de la tregua de Dios, 1041.
dica..... 1044		
Gregorio VI.		
abdic..... 1046		
Clemente II.. 1047		Conmemoracion por las almas de los fieles, 1040.
Benito IX, res-		Herejía de Berenger, 1050
tablecido ... 1048		..Cisma de los Griegos, 1055
Dámaso II... 1048		La eleccion de los papas reservada á los Cardenales, 1054.
S. Leon IX..... 1054		Santo Domingo el encorozado, 1062.
Víctor III.... 1057		Orden de los Cartujos por
Estévan X... 1058		
Nicolás II.... 1062		
Alejandro II.. 1073		

PAPAS.

CONCILIOS &

S. Gregorio VII. 1085	San Bruno, 1084.
Víctor III.... 1087	Concilio de Olermont, 1095.
	Orden de Citeaux, 1098.

SEXTA EPOCA.

PRIMERA CRUZADA, 1099.

Urbano II.... 1099	Godofredo de Bonillon, 1100 .. Orden de Fontevraud, 1103 ... Pedro el ermitaño, por el año de 1103.. Orden de Mal- ta, 1110.. Orden de los Tem- plarios, 1118.
Pascual II.... 1118	Orden de los Premonstres,
Gelasio II.... 1119	por San Norberto, 1121.. No- veno concilio jeneral 1.º de Latran, 1129.
Calisto II.... 1124	Segunda cruzada, 1147....
Honorio II... 1130	Albigentes, 1147.
Inocencio II.. 1145	San Bernardo, 1158.
Celestino II.. 1144	Vaudoses, 1160.
Lucio II..... 1145	Santo Tomás de Cantorbe- ry, 1170.
Eugenio III... 1153	Undécimo concilio jeneral 3.º de Latran, 1179.
Anastacio IV. 1154	
Adriano IV.. 1159	Orden Teutónica, 1190.
	Tercera cruzada, 1191.
	Cuarta cruzada, 1197.
Alejandro III. 1181	Quinta cruzada, 1204.. Or- den de los carmelitas, 1209...
Lucio III.... 1185	Orden de los hermanos-míni- mos por San Francisco de,
Urbano III... 1187	
Gregorio VIII. 1187	
Clemente III. 1191	
Celestino III.. 1198	

PAPAS.

CONCILIOS &

Inocencio III.. 1210	Asis, 1210 ... Universidades, por el año 1210.... Orden de las Claras por Santa Clara, 1212.... Duodécimo concilio,
Honorio III.. 1220	4.º de Latran, 1215.... Orden de los Hermanos-Predicadores, por Santo Domingo, 1216.
Gregorio IX.. 1241	
Celestino IV.. 1243	Misión á Prusia, 1224.
Inocencio IV. 1254	Décimo tercero concilio jeneral 1.º de Liyon, 1245... Sé- tima cruzada, 1248... Orden de los Agustinos, 1250... Sor- bona, 1250. ...
Alejandro IV. 1261	Fiesta del Santo Sacramen- to, 1264.
Urbano IV... 1264	Octava cruzada, 1270.
Clemente IV.. 1208	

SETIMA EPOCA.

MUERTE DE SAN LUIS, 1270.

Gregorio X... 1270	Décimo cuarto concilio jene- ral 2.º de Lyon, 1274.... San- to Tomás de Aquino, 1274.... San Buenaventura, 1274.... Reunion de los griegos, 1274.
Inocencio V.. 1276	
Adriano V.... 1276	
Juan XXI.... 1277	
Nicolás III... 1280	
Martin IV.... 1285	Vuelven los griegos al cisma, 1283.
Honorio IV... 1287	
Nicolás IV... 1293	
S. Celestino V.. 1293	Milagro de los billetes, 1296. Institucion del Jubileo, 1299.

PAPAS.

CONCILIOS &

Bonifacio VII. 1303	Mansion de los papas en Avignon, 1309.
S. Benito XI... 1303	Décimo quinto concilio jeneral en Viena, 1311.
	Supresion de los Templarios, 1311.
Clemente V... 1314	Fiesta de la Trinidad, por el año de 1320.
Juan XXII... 1334	Mision á la Tartaria, 1370.
Benito XII... 1342	Santa Bríjida, 1373.. Vuelta de los papas á Roma, 1376.
Clemente VI.. 1352	
Inocencio VI.. 1362	
Urbano V.... 1370	
Gregorio XI.. 1378	Gran cisma de Occidente, 1378.
	Santa Catalina de Sienne, 1380.
Urbano VI... 1380	Fiesta de la Visitacion, 1380.
Bonifacio IX. 1404	
Inocencio VII. 1400	
Gregorio XII,	
abdicó..... 1409	Husitas, 1409.
Alejandro V.. 1410	
Juan XXIII, ab-	Décimo Sexto concilio jeneral en Constancia, 1414.
dica..... 1413	

—:o:—

OCTAVA EPOCA.

FIN DEL GRAN CISMA DE OCCIDENTE, 1417

Martin V..... 1431	Décimo sétimo concilio jeneral en Florencia, 1439.
	Reunion de los griegos, 1439.
	Vuelven al cisma, 1440.
Eugenio IV... 1447	Toma de Constantinopla por

PAPAS.	CONCILIOS &c.
Nicolás IV... 1455	los Turcos, 1453.....
Calisto III.... 1458	Orden de los Mínimos, por San Francisco de Paula, 1454.
Pío II..... 1464	Tomás en Kempis, 1471.
Pablo II..... 1471	Fiesta de la Concepcion, 1476.
Sixto IV..... 1484	Fin de la dominacion de los Moros en España, 1492.
Inocencio VIII. 1492	Mision al Congo, 1504.
Alejandro VI. 1503	Luteranos, 1517.
Pío III..... 1503	Anabaptistas, 1520.
Julio II..... 1515	Mision á Méjico, 1524.
Leon X..... 1521	Orden de los Capuchinos, 1525.
Adriano VI... 1523	Confesion de Augsburgo, 1530.
Clemente VII.. 1534	Orden de los Recoletos, 1532.
Pablo III..... 1549	Calvinistas, 1533....Cisma de la Inglaterra, 1534.
Julio III..... 1555	Compañía de Jesus, por San Ignacio de Loyola, 1540....
Marcelo III.,. 1555	Misiones de las Indias, 1541..
Pablo IV..... 1559	Apertura del décimo octavo concilio en Trento, 1545..
	Socinianos, 1540....Misiones al Japon, 1540....San Francisco Javier, 1552.....Misiones á Etiopia, 1554.
	S. Felipe de Neri, 1558.
	Primera insurreccion de los calvinistas en Francia, 1500..
	Orden de las Carmelitas, por Santa Teresa de Jesus, 1563.
	Establecimiento de los Seminarios, 1563.

NOVENA EPOCA.

CONCLUSION DEL CONCILIO DE TRENTO, 1564.

PAPAS.

CONCILIOS &

		Orden de los Carmelitas descalzos, por San Juan de la Cruz, 1568.
Pio IV.....	1568	San Bartolomé, 1572.
		Misiones á la China, 1580.
S. Pio V.....	1572	Reforma del Calendario, 1582.
		San Carlos Borromeo, 1584.
Gregorio XIII.	1585	S. Luis Gonzaga, 1591.
		Orden de las Ursulinas, 1591.
Sixto V.....	1590	Abjuracion de Enrique IV; 1593.
Urbano VII...	1590	Persecucion del Japon, 1597.
		Bendiciones de Saint-Vannes, 1600.
Gregorio XIV.	1591	Misiones del Paraguay, 1602.
		Orden de la Visitacion por San Francisco de Sales, 1610.
Inocencio IX..	1591	..Misiones del Canadá, 1611.
		Congregacion de la oratoria, por Bérulle, 1613....Mision del Levante, 1616.
Clemente VII..	1605	Belarmino, 1621....Benedictinos de San Mauro, 1621..
Leon XI.....	1605	Congregacion de los Lazaristas, por San Vicente de Paul, 1625....Voto de Luis XIII, 1658....S. Francisco de Regis, 1640....Jansenistas, 1640.
Pablo V.....	1621	Hermanas de la Caridad, por San Vicente de Paul, 1644.
		Congregacion de los Sulpicianos, 1648.
Gregorio XV..	1623	

PAPAS.	CONCILIOS &.
Urbano VIII.. 1664	Quákaros, 1653... Reforma de la Trapa por Rancé, 1662..
Inocencio X.. 1665	Persecucion de la China, 1662. Hermanos de las escuelas cristianas, 1679... Revocacion del edicto de Nantes, 1684..
Alejandro VII. 1667	Quietistas, 1687.
Clemente IX.. 1669	Insurreccion de Sevenues, 1700.
Clemente X... 1670	Bossuet, 1704.... Flechier, 1710.. Bula <i>Unigenitus</i> , 1715.... Fenelon, 1715... Deistas, 1720.. Huet, 1721... Fleury, 1723.
Inocencio XI.. 1689	Massillon, 1742.
Alejandro VIII. 1691	De Belzances, 1755.
Inocencio XII.. 1700	Dom Calmet, 1757.
Clemente XI.. 1721	Franc-Masones, 1760.
Inocencio XIII. 1724	Bridaine, 1767.. Supresion de la compañía de Jesus, 1773.
Benito XIII.. 1730	Gabriel de la Mothe, 1774.
Clemente XII.. 1740	Cristoval de Beaumont, 1781.
Benito XIV.. 1758	
Clemente XIII. 1769	
Clemente XIV. 1774	

DECIMA EPOCA.

REVOLUCION FRANCESA, 1780.

Pio VI..... 1799	Cisma constitucional, 1791. Persecucion, 1794 y siguientes. Concordato, 1802.. Cautiverio de Pio VII, 1809.. Libertad de Pio VII, 1814.
Pio VII..... 1800	Restablecimiento de la Compañía de Jesus, 1814.

NOTA.—Las fechas de esta tabla cronológica, indican el principio de las persecuciones, herejías, órdenes religiosos &c. &c. En cuanto a los papas y personajes ilustres, indican la época de su muerte.

TABLA CRONOLÓGICA.

PRIMERA ÉPOCA.

[COMPRENDE 279 AÑOS.]

*Desde la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, el año 33
después de Jesucristo, hasta la conversión de Constantino, el año 312.*

CAPÍTULO I. Los apóstoles se retiran al cenáculo.—Elección de San Matías.—Venida del Espíritu Santo.—Pedro predica el Evangelio, primero que todos.—Cura á un cojo de nacimiento.—Los apóstoles citados ante el Consejo, son encarcelados y milagrosamente librados.—Son azotados. 1

CAP. II. Pedro predica el primero el Evangelio á los Gentiles.—El Centurion Cornelio es bautizado.—Vocacion de San Pablo.—Sus trabajos.—Va á Roma donde sufre el martirio el mismo día que San Pedro.—Constitucion de la Iglesia.—Concilio de Jerusalem.—Virtudes de los primeros fieles.—Martirio de San Estévan.—La Iglesia se extiende por todo el mundo. 4

CAP. III. Los judíos persiguen á los cristianos.—Martirio de Santiago.—Signos precursores de la ruina de Jerusalem.—Embasiada por los romanos.—Horrible hambre.—La ciudad es tomada y destruido el templo. 6

CAP. IV. Primera persecucion bajo Neron.—Segunda persecucion bajo Domiciano.—Martirio de San Juan.—El apóstol escribe su Apocalipsis y su Evangelio.—Carta de San Clemente á los Corintios.—Tercera persecucion bajo Trajano.—Martirio de S. Ignacio. 9

CAP. V. Apolojía de S. Justino.—Quinta persecucion bajo Marco-Aurelio.—Martirio de S. Policarpo. 12

CAP. VI. Milagro de la lejon salmianante.—Mártires en Gaula.—Apolojética de Tertuliano.—Sexta persecucion bajo Severo.—San Ireneo. 15

CAP. VII. Orígenes.—Sétima persecucion bajo Maximino.—Gnosticismo y Maniqueismo.—Prescripciones de Tertuliano.—Octava persecucion bajo Decio.—San Gregorio Taumaturgo y San Cipriano.—San Pablo el primer ermitaño.—San Hipólito.—Nove-

—132—

na persecucion bajo Valeriano.—Martirio de San Lorenzo.....	19
CAP. VIII. Martirio de San Cipriano.—San Saturnino, San Dionisio.—San Cirilo.—Muerte de Valeriano.—Males del Imperio.—Aureliano.—Pablo de Samosata.....	24
CAP. IX. Décima persecucion bajo Diocleciano y Maximiano.—Truidores.—Martirio de San Quintin.—Lejion Tebana.—Martirio de San Víctor.....	28
CAP. X. Constancio, Cloro, Galerio y Maximiano.—Abdicacion de Diocleciano.—Constantino sucede á su padre.—Muerte de Galerio.—Cruz milagrosa.—Constantino vencedor de Majencio.—Muerte de Maximino.....	31

SEGUNDA ÉPOCA.

[COMPRENDE 164 AÑOS.]

Desde la conversion de Constantino. Año de J. C. 312, hasta la caída del Imperio de Occidente. Año de J. C. 476.

CAP. XI. Esplendor de la Iglesia.—Los cuarenta mártires.—Muerte de Licinius.—Santa Helena.—Invencion de la verdadera cruz.—A las persecuciones suceden las herejías.—Arius.—Concilio de Nicea.....	35
CAP. XII. Perdon de Arius.—San Atanasio es desterrado.—Muerte de Arius.—Constantino antes de morir alza el destierro á San Atanasio.—San Antonio se retira al desierto.—Solitarios de la Tebaida.—San Antonio se opono al arrianismo.—Va á ver á San Pablo.—Muerte de San Pablo.—Muerte de San Antonio..	41
CAP. XIII. San Hilario.—San Pacomio es el primero que da una regla á los solitarios.—Vuelta de San Atanasio á Alejandría.—Es llamado á Roma.—Juicio del Papa San Julio.—Triunfo de San Atanasio.—Constancio turba la Iglesia.—San Atanasio se retira al desierto.—Destierro del Papa Liberio.—Concilio de Rimini.—San Hilario.—Muerte de Constancio....	46
CAP. XIV. Juliano sube al trono.—Apostata.—San Atanasio entra á Alejandría para ser desterrado de nuevo.—Nuevo género de persecucion.—Juliano quiere reedificar el templo de Jerusalem.—Perece en una guerra contra los Persas.—Le sucede Joviano.—Valentiniano y Valens.—San Martin Obispo de Tours..	51

CAP. XV. Valens persigue á la Iglesia.—Principios de San Basilio.—San Sabbas profesa la fé de Nicea.—Valor de los católicos.—San Basilio ante el prefecto Modesto.—Endurecimiento de Valens.—Su muerte. 55

CAP. XVI. Graciano asocia á Teodosio al Imperio.—San Gregorio de Nazianzo.—La herejía de Macedonius es condenada.—San Juan Crisóstomo.—Cisma de los donatistas. 59

CAP. XVII. San Ambrosio y San Agustín.—Pelajio niega el pecado original y la necesidad de la gracia.—Es condenado.—San Agustín refuta á los semipelagianos cuya doctrina es igualmente reprobada por la Iglesia.—San Jerónimo traduce la Santa Escritura. 63

CAP. XVIII. Nestorius enseña que hay dos personas en Jesucristo.—Es refutado por San Cirilo y condenado por el Papa San Celestino y el concilio de Efeso.—Herejía de Eutiques.—Carta de San Leon.—Concilio de Calcedonia.—San Leon detiene á Atila.—Fin del imperio de Occidente. 65

TERCERA ÉPOCA.

[COMPRENDE 146 AÑOS.]

Desde la caída del Imperio de Occidente. Año de J. C. 476, hasta la huida de Mahoma. Año de J. C. 622.

Conversion de Clovis.—Santa Genoveva.—San Benito.—La regla de los monjes de Occidente.—Condernacion de los tres cuantos Gregorio envia al monje Agustin á Inglaterra. 69

CUARTA ÉPOCA.

[COMPRENDE 178 AÑOS.]

Desde la huida de Mahoma. Año de J. C. 622, hasta el restablecimiento del Imperio de Occidente. Año de J. C. 800.

CAP. XX. La fé se debilita en Oriente.—Mahoma.—Victorias de los Persas.—Heraclio conquista la verdadera cruz.—Herejía de los monoteístas.—San Bonifacio apóstol de la Alemania. 74

CAP. XXI. Herejía de los iconoclastas.—Progresos de los mahometanos en Oriente.—Son vencidos en Occidente por Carlos Martel.—Carlomagno.—Su celo por extender la instruccion. . . . 78

—134—
QUINTA ÉPOCA.

[COMPRENDE 290 AÑOS.]

Desde el restablecimiento del Imperio de Occidente. Año de J. C. 800, hasta la primera Cruzada. Año de J. C. 1099.

CAP. XXII. Carlomagno es coronado emperador de Occidente.—Oríjen del poder temporal de los papas.—Se predica la fé a los pueblos del Norte.—Cisma de Focius.—Octavo concilio jeneral. 80

CAP. XXIII. Destrozos de los Normandos.—Triste estado de la Europa durante el noveno y décimo siglo.—Conversion de los Normandos y de los Húngaros.—Herejía de Berengario.—Cisma de los Griegos.—San Bruno fundador de los Cartujos..... 83

SEXTA ÉPOCA.

[COMPRENDE 110 AÑOS.]

Desde la primera Cruzada. Año de J. C. 1099, hasta la muerte de San Luis. Año de J. C. 1270.

CAP. XXIV. Primera cruzada.—Oríjen de las órdenes militares.—San Norberto fundador de los Premonstratenses.—Papa Gregorio VII. 35

CAP. XXV. San Juan de Mata funda la orden de los Caballeros de Santiago.—Murtilio de Santo Tomás de Contrebois.—Solitarios de la cuarta cruzada.—Quinta cruzada.—Los Latinos en Constantinopla.—San Francisco de Asís.—San Domingo.—Los hermanos menores.—Santo Domingo funda la orden de los Hermanos Predicadores..... 91

CAP. XXVI. Blanca de Castilla.—Sexta cruzada.—Octava y última cruzada.—Muerte de San Luis..... 95

SÉTIMA ÉPOCA.

[COMPRENDE 147 AÑOS.]

Desde la muerte de San Luis. Año de 1270, hasta el fin del Gran Cisma de Occidente. Año de J. C. 1417.

CAP. XXVII. Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura.

1448-'88

D557

Didon, ABATE

Historia Eclesiástica

[illegible]

26(091)

1448-'88

D557

Didon, ABATE

Historia Eclesiástica